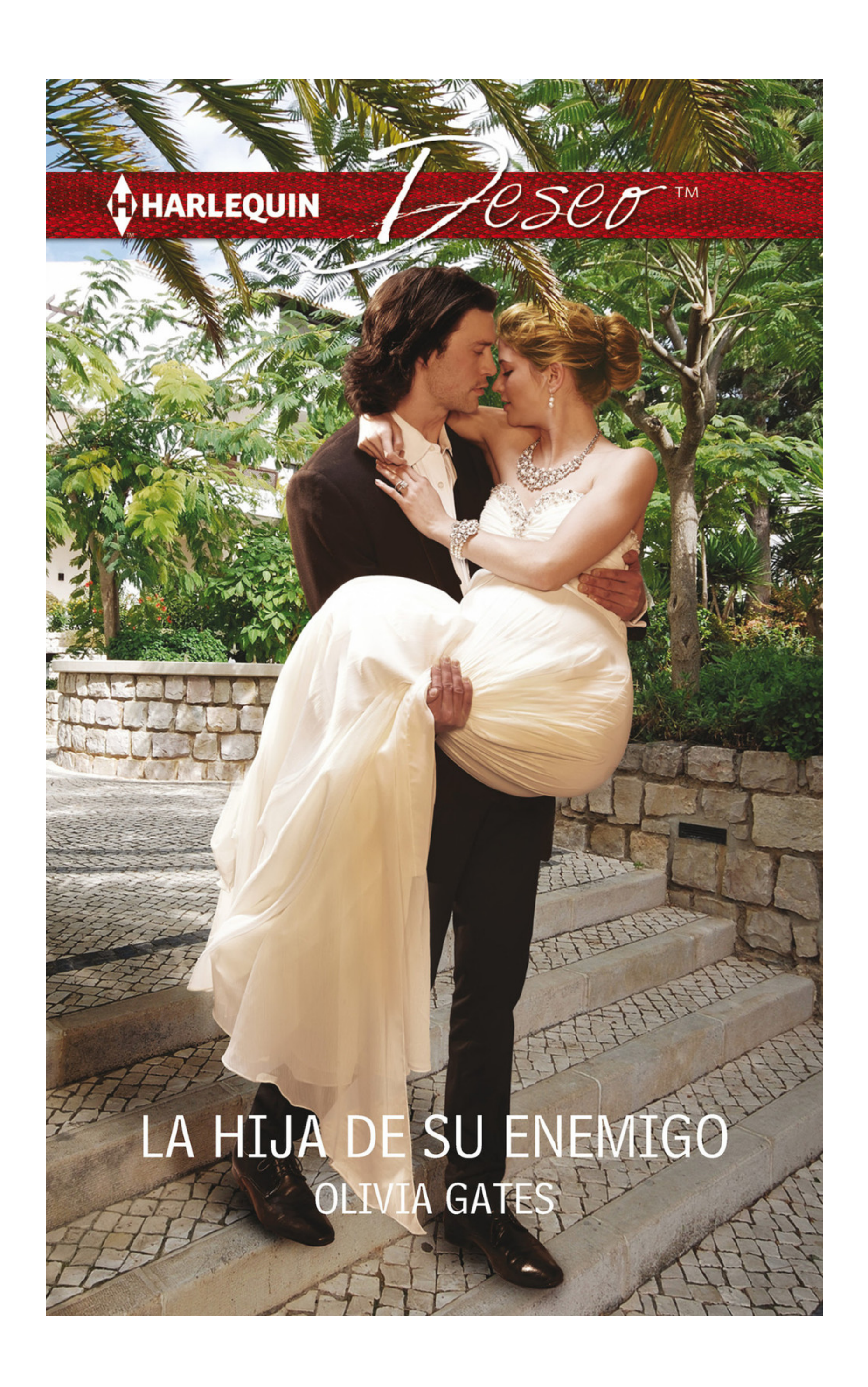

HARLEQUIN
Deseo™
LA HIJA DE SU ENEMIGO
OLIVIA GATES



LA HIJA DE SU ENEMIGO

OLIVIA GATES



Editado por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

La hija de su enemigo, N.º 2041 - mayo 2015
Título original: From Enemy's Daugther to Expectant Bride
Publicada originalmente por Harlequin Enterprises, Ltd.

I.S.B.N.: 978-84-687-6272-2

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

Índice

Prólogo

De nuevo, despertó sobresaltado en medio de la noche. Con las mejillas mojadas, el corazón latiéndole como loco dentro del pecho y el grito por sus padres aún quemándole en la garganta.

–Levántate, Números.

La horrible voz hizo que el terror se le extendiera por todo el cuerpo. La primera vez que la escuchó se había asustado, pensando que había un extraño en su habitación, pero pronto se dio cuenta de que era aún peor. Ya no estaba en su casa sino en un sitio largo y estrecho sin ventanas ni muebles. Estaba en el suelo, helado, con las manos atadas a la espalda. Esa voz, con fuerte acento extranjero, había dicho lo mismo entonces.

Y así fue como empezó la pesadilla.

–Parece que Números quiere recibir otra paliza.

Era la voz de otro hombre. Había pensado que jamás volvería a ver a nadie más que a aquellos monstruos, que lo llamaban Números. Por eso lo habían secuestrado, porque se le daban bien los números.

Se había sentido ofendido la primera vez que dijeron eso. Él no era bueno con los números sino un prodigio matemático. Eso era lo que decían sus padres, sus profesores y todos los expertos que se habían puesto en contacto con él.

Cuando intentó corregirlos recibió la primera bofetada. Una bofetada que estuvo a punto de partirle el cuello, enviándolo contra la pared. El dolor hizo que entendiese que aquello era real. Ya no estaba a salvo, ya no estaba protegido.

Al principio, incrédulo y furioso, propuso no contarle a nadie que se habían atrevido a ponerle la mano encima si lo llevaban de vuelta a casa. Los dos hombres se habían reído, y uno le había dicho al otro que podría ser más difícil de lo que pensaban doblegar a Números.

Él había insistido en que ese no era su nombre y el hombre había vuelto a golpearlo.

Mientras estaba tumbado en el suelo, temblando de miedo, uno de ellos le había dicho lo que debía esperar a partir de aquel momento:

–No volverás a ver a tus padres y no saldrás de aquí. Ahora eres nuestro. Si haces todo lo que te pedimos, no serás castigado. Al menos, no demasiado.

Había desobedecido todas las órdenes, por mucho que lo castigasen, esperando que dejasen de hacerlo y lo enviasen de vuelta a su casa, agotados. Pero se habían vuelto más brutales. Parecían disfrutar haciéndole daño, y la esperanza de que aquella pesadilla terminase se desvanecía cada vez más.

–¿Dejamos que Números elija hoy su castigo?

Apenas podía ver la silueta de sus torturadores, con los dos ojos hinchados, y en ese momento decidió rendirse. Por fin entendió que aquella pesadilla no iba a terminar.

Sus captores nunca dejarían de golpearlo, sus padres no iban a rescatarlo y no habría ayuda de nadie. Y si era así como iba a vivir a partir de ese momento, ya no quería seguir haciéndolo.

Pero ni siquiera podía suicidarse. Lo único que había en su celda era un cuenco metálico con agua sucia y el cubo que usaba como inodoro. No había forma de escapar, salvo tal vez…

Lo había intentado todo salvo seguirles el juego. Quizá si lo hacía lo sacarían de la celda. Y entonces podría escapar.

O morir en el intento.

Uno de los gigantes le dio una patada en las costillas.

–Arriba, Números.

Apretando los dientes para contener el dolor, se levantó.

–Ah, por fin obedece.

–Vamos a ver si es verdad –el otro monstruo se acercó–. ¿Cómo te llamas, chico?

Él se tragó la bilis que le subía a la garganta.

–Números.

Recibió una bofetada, pero no tan fuerte como de costumbre. Lo castigarían de todas formas, obedeciese o no.

–¿Y por qué estás aquí?

–Porque se me dan bien los números.

–¿Y qué vas a hacer?

–Todo lo que digáis –otra bofetada hizo que le pitasen los oídos–. Cuando me digáis.

A la sucia luz que entraba por algún sitio vio que los dos hombres intercambiaban maliciosas sonrisas de satisfacción. Creían haberlo vencido, y así era, pero no pensaba vivir lo suficiente como para que disfrutasen de la victoria. Hicieron lo que él pensaba que harían, sacarlo de la celda. Demasiado débil para caminar, colgaba entre ellos, los pies descalzos y las rodillas rozando el suelo de piedra.

Apenas capaz de levantar la cabeza para comprobar dónde lo llevaban, le pareció ver unas columnas ennegrecidas y un cielo gris entre ellas. Parecía la fortaleza medieval de uno de los videojuegos que su padre le compraba, pero los muros entre las columnas eran lo bastante bajos como para saltarlos. Escapar o morir.

–Si te acercas a los muros te pegaremos una paliza que no olvidarás nunca –le advirtió uno de los captores.

De modo que incluso ese plan era imposible… pero no podía seguir así. No podría soportarlo.

Cuando estaba a punto de suplicar que lo matasen para terminar con todo, los hombres abrieron dos enormes puertas y lo lanzaron.

Cuando por fin consiguió levantar la cabeza, vio que estaban en una especie de comedor con varias filas de mesas ocupadas por chicos silenciosos que giraron la cabeza para mirarlo.

–Este gusano es el nuevo recluta. Si hace algo que no está permitido,

informadnos. Os daremos un extra de comida.

Después de eso, los dos carceleros salieron y cerraron las puertas. Pero la esperanza que había sentido al ver que no estaba solo desapareció. Él sabía que los niños podían ser crueles con los más débiles, y seguramente era el más joven.

Se levantó del suelo, intentando no tocarse las doloridas costillas para no mostrar debilidad y suspiró aliviado al ver que se volvían para seguir comiendo, hablando en voz baja entre ellos.

Incluso tenían miedo de levantar la voz. Aquellos niños eran prisioneros como él.

Le llegó el olor a comida caliente, casi mareándolo, pero intentando mostrarse firme se dirigió a una de las mesas. Iba a levantar la tapa de una cacerola cuando una mano lo hizo por él.

Era un chico mayor, más alto que su padre, con la cabeza rapada y penetrantes ojos oscuros. Pero en lugar de sentirse intimidado por su estatura y su aspecto fiero, su presencia le daba cierta tranquilidad.

–Mi nombre es Fantasma. ¿Cuál es el tuyo?

Él estuvo a punto de decir su verdadero nombre, pero se mordió la lengua. Aquel chico podría estar esperando que metiese la pata para informar a los carceleros.

–Números.

–¿Esa es tu especialidad? Pero si no debes de tener más de siete años.

–Tengo ocho.

–El primer mes de encierro, o los tres primeros meses en tu caso, hacen que parezcamos más pequeños. Tienes que comer para hacerte lo más fuerte posible.

–¿Fuerte como tú?

Fantasma esbozó una sonrisa.

–Yo ya he dejado de crecer, pero estoy en ello.

El chico llenó un cuenco de algo que, comparado con la porquería que le habían dado de comer durante todo ese tiempo, olía de maravilla.

–Si tu nombre corresponde a tu habilidad siendo tan pequeño, debes de ser un prodigio.

Le gustó que aquel chico tan grande y de ojos penetrantes lo viese por lo que era y, animado, le preguntó:

–¿Cuántos años tienes?

–Quince. Llevo aquí desde los cuatro años.

Once años encerrado. De modo que lo que los carceleros le habían dicho era verdad, nunca podría escapar de allí.

Se sentaron a una de las mesas, con otros cinco chicos, todos mayores que él. Dos de ellos se apartaron para hacerle sitio mientras Fantasma lo presentaba, casi sin mover los labios para que los guardias que paseaban por el comedor no supieran que estaba hablando. Los otros chicos eran Relámpago, Huesos, Cifras, Cerebro y Comodín.

Mientras comían, le preguntaron por su vida pasada. Luego empezaron a presentarle ecuaciones, que él resolvió, por difíciles que fueran.

Cuando terminaron de comer le parecía como si conociera a aquellos chicos desde siempre, pero los guardias anunciaron el fin del almuerzo y

todos se levantaron para salir del comedor. Incapaz de controlar la ansiedad, se agarró al brazo de Fantasma.

–¿Volveré a verte?

El chico le apartó la mano antes de que los guardias lo vieran.

–Intentaré que te lleven a nuestra zona.

–¿Puedes hacerlo?

–Hay cosas que se pueden hacer, si sabes cómo.

–¿Me enseñarás?

Fantasma miró a los otros chicos, y fue entonces cuando entendió que eran un equipo. Y Fantasma estaba pidiendo aprobación para que lo incluyeran en él.

Cuando uno por uno asintieron con la cabeza, en su corazón renació una esperanza que había creído muerta para siempre.

–Bienvenido a la hermandad, Números. Y al Castillo Negro –dijo Fantasma.

Capítulo Uno

Veinticuatro años después

Rafael Moreno Salazar estaba entre las sombras, mirando desde la entreplanta de su recientemente adquirida mansión en Río de Janeiro.

La fiesta estaba en pleno apogeo, todos los nombres del mundo del marketing disfrutaban de las interminables botellas de Moët Chandon y bailaban con la elegante música de la orquesta. Y él aún no había hecho su aparición.

Quería que sus invitados se cocieran en su propia salsa, dejando que su curiosidad por él y sus intenciones llegase a un punto álgido.

Llevaba haciéndolo desde que se anunció que Rafael Moreno Salazar, el enigma que había revolucionado el mundo de las tecnologías financieras, estaba buscando un socio en el hemisferio oeste. Aunque el impacto del anuncio había sido enorme, él había aumentado el interés usando su halo de misterio y los rumores de que tras él estaba el crimen organizado. Y así era, pero no como la gente imaginaba. Al principio, sus hermanos y él habían tenido que realizar operaciones… no del todo legales.

Jefes de estado y propietarios de grandes empresas, fascinados por sus métodos analíticos, lo cortejaban, pero no sabía si los magnates del marketing a los que estaba intentando pescar querrían tener tratos con una de las más ambiguas figuras del mundo de los negocios.

Pero en lugar de sentir repulsión parecían pensar que sus relaciones con el crimen organizado lo harían un socio más interesante. Y si era tan formidable como se rumoreaba, también sería invulnerable.

Y allí estaban todos los candidatos, fingiendo disfrutar de la fiesta, intentando ser amables unos con otros, pero Rafael notaba la frustración, la impaciencia. Sabía que estaban preguntándose quién sería el afortunado cuando por fin se dignase a reunirse con ellos.

–¿Vas a hacer tu aparición esta noche, Números?

Rafael miró al hombre que había aparecido silenciosamente a su lado.

–Puede que sí, Cobra.

El inglés al que llevaba veinte años llamando Cobra esbozó una sonrisa. Rafael le había dicho lo mismo en tres ocasiones previas.

Para el mundo era Richard Graves, el nombre que había elegido cuando crearon sus nuevas identidades. A los cuarenta y dos años, con aspecto de estrella de cine, podría parecer el hermano mayor de Rafael; eran de la misma estatura y tenían el mismo color de pelo.

Pero había una gran diferencia entre ellos, y no era algo visible a simple vista. Aunque Rafael había sido entrenado para matar, su auténtico poder estaba en la mente. Él no usaba la violencia, pero era la persona a la que

acudir para liquidar económicamente a cualquier objetivo. Richard, en cambio, había recibido el nombre de Cobra porque era tan letal como esa serpiente, aunque escondía aquello que lo convertía en el mejor asesino a sueldo bajo una fachada de refinamiento. Hasta que lo examinabas de cerca o él te examinaba a ti. Rafael no conocía a ningún mortal que pudiese soportar tal escrutinio.

Pero los días de Richard como asesino habían quedado atrás. O eso decía él. Fuese o no verdad, eliminaba las amenazas en el mundo de los negocios y la política con implacable precisión. Con Richard como socio y protector, Rafael estaba seguro de que el pasado no lo atraparía y no habría problemas en el futuro.

–¿No estás jugando a esto con demasiada deliberación? Llevas años elaborando tu plan y pensé que estarías deseando ponerlo en acción.

Rafael se encogió de hombros.

–No tengo prisa.

–¿Ah, no? Lo único que has hecho los últimos dos meses ha sido prepararlo todo, y ahora te quedas mirando. ¿No crees que ya has investigado suficiente?

–Después de veinticuatro años, ¿crees que unos meses es demasiado esperar para saborear mi venganza?

–No, la verdad es que no. Parece que soy yo quien no puede contener la impaciencia –asintió Richard–. Tú siempre has sido el más metódico, el más paciente, junto con tu querido Fantasma. Pero tú siempre vas un paso por delante de todos. Ves las probabilidades como simples ecuaciones cuando para nosotros son un laberinto.

Rafael no lo contradijo. Él sabía que sus habilidades matemáticas le hacían ver el mundo de una manera diferente a los demás.

Pero dijera lo que dijera, a su manera, Richard lo veía todo igual de claro. Había matado por él y sin ninguna duda volvería a hacerlo si fuera necesario. Incluso moriría por él, y el sentimiento era mutuo.

Nunca dejaría de asombrarle haber sido bendecido no solo con tal hermano, sino con siete. Aunque ya solo quedaban seis.

Intentando olvidar el terrible recuerdo de cómo habían perdido a Cifras, Rafael suspiró.

–Tal vez he descubierto que la venganza es un plato que se sirve frío.

Rafael sonrió mientras tomaba un sorbo de champán, saboreándolo con expectación. Su venganza se serviría fría, tan amargamente fría como la prisión en la que había crecido. Tan lenta como el tiempo que había pasado allí, tan inexorable como el odio que había ido acumulando durante los años en los que había vivido esclavizado.

Doce interminables años soportando el trato inhumano de los torturadores, decididos a convertirlo en un mercenario que la organización más tarde alquilaría al mejor postor. Sus patrones eran grandes nombres de la política, del comercio, el crimen organizado o el espionaje.

Él había sido solo uno de cientos de niños elegidos por todo el mundo. Algunos, secuestrados como él; otros, comprados; muchos sacados de orfanatos, de la calle o de países en guerra. Todos física o mentalmente superdotados, como él y sus hermanos.

Después, los llevaban a una prisión en los Balcanes, donde eran apartados del mundo y encerrados en esa siniestra fortaleza que sus hermanos llamaban Castillo Negro.

La organización secuestraba a los niños lo más pronto posible para moldearlos a su antojo. Los que eran un poco mayores, como él, o jóvenes y fuertes, como sus hermanos, eran entrenados a fondo.

Aunque «entrenar» era un eufemismo para el maltrato físico y psicológico que habían tenido que soportar hasta ser convertidos en armas letales. Una vez que se graduaban, eran enviados en equipos según sus habilidades para cada misión. Lo hacían bajo la estrecha vigilancia de sus captores, y la muerte era la recompensa para cualquier intento de escapar.

Sin embargo, él había escapado y había sobrevivido a los años de abusos y palizas, aunque no por su propia fuerza. No le quedaba ninguna después de tres meses de aislamiento en la celda. Si no hubiera conocido a sus hermanos, no habría durado mucho más. Richard y sus hermanos le habían salvado la vida.

Fantasma, en aquel momento Numair Al Aswad, había cumplido la promesa que le había hecho aquel día en el comedor y desde ese momento la hermandad reemplazó a la familia que había perdido. Tras demostrar que merecía su confianza, lo habían incluido en el pacto de sangre, jurando que un día escaparían y se convertirían en hombres poderosos para hundir la organización.

Con ese fin, Fantasma había manipulado a sus captores para que formasen equipo constantemente hasta que se convirtieron en imprescindibles. Y esa unidad había sido vital para sus planes.

Fantasma los había hecho creer que habían erradicado su individualidad, que los habían convertido en armas de destrucción, pero no era verdad.

Una vez que lograron ganarse su confianza les habían dado más autonomía, hasta que por fin consiguieron escapar. Y cuando lo hicieron, usaron las habilidades aprendidas para forjarse nuevas identidades.

–¿Estás recordando?

Richard siempre había sido capaz de leerle los pensamientos. Así era como había encontrado a Rafael y a los demás cuando lograron escapar.

Richard Graves había sido asignado a su custodia cuando tenía doce años, y entre ellos se creó un lazo indestructible, un lazo del que ni sus captores ni sus hermanos sabían nada. Richard, frío como el hielo y hombre de confianza de la organización, despertaba las sospechas de sus hermanos y la decisión había sido unánime: debía morir.

Rafael no sabía a quién temer más. Richard era el operativo más letal de la organización, capaz de matarlos a todos. Y solo había una manera de evitar tan catastrófica situación.

Anunció que daría la vida por los dos bandos, de modo que si iban a matar a Richard también tendrían que matarlo a él. Afortunadamente, todos confiaban en su buen juicio, y eso había sido suficiente para que dieran un paso atrás.

Sin embargo, incluso después de demostrar que su plan de escape no habría servido de nada sin la ayuda de Richard, seguían sospechando de

él. Para que lo creyeran, había tenido que demostrar que también él era rehén de la organización y quería destruirla.

Sus hermanos habían tardado mucho tiempo en confiar en él, nunca en el caso de Numair. En lo único en lo que estaban de acuerdo era en el nombre de la hermandad, el de la prisión donde se habían hecho a sí mismos. Y así había nacido el imperio multinacional Castillo Negro.

Sus negocios se habían expandido por todo el mundo, y todos se habían hecho multimillonarios, cada uno con su propio objetivo. Algunos buscando a su familia, otros la herencia que les había sido robada, otros un nuevo propósito en la vida. Pero aparte de planear el hundimiento de la organización para salvar a otros niños de su mismo destino, tenían un objetivo en común: descubrir cómo habían terminado en las garras de la organización.

Y, en su caso, Rafael lo había descubierto recientemente, después una larga investigación.

–¿Ferreira está ahí abajo?

La pregunta de Richard interrumpió sus pensamientos.

–Por supuesto.

–¿Y cuándo vas a cargártelo?

Rafael miró a su amigo.

–¿Quieres decir literalmente?

–No, creo que tu plan es mucho mejor. A mí no se me habría ocurrido algo tan diabólico.

–Y eso lo dice el hombre que avergüenza al agente 007.

–Tú sabes que soy devoto de las torturas sutiles.

Desde luego. Desgraciar a Ferreira, arruinarlo y avergonzarlo ante la sociedad sería la peor de las torturas. Y eso solo sería el principio.

–¿Entonces estás de acuerdo?

–Tu plan es mucho más efectivo que meterle una bala entre ceja y ceja, pero me gustaría que empezase de una vez.

–¿Ya no lo desapruebas?

Richard se encogió de hombros.

–Sería perfecto si él no supiera de dónde vienen los golpes, pero eso es hablar con lógica y esto se trata de algo más. Necesitas tener la satisfacción de mirarlo a los ojos mientras le retuerces el cuchillo en el pecho.

Richard le había aconsejado que se alejase de Ferreira porque era demasiado peligroso, pero Rafael se alegraba de que su amigo entendiera esa necesidad, esa gratificación.

Y lo haría. Haría que Ferreira saborease todo lo que había anhelado durante años… para quitárselo después. Y observaría su desesperación desde la primera fila.

–No hablaré esta noche con Ferreira. Fingiré estar buscando socios, estudiando ofertas, creando misterio a mi alrededor antes de…

De repente, sintió que se le erizaba el vello de la nuca, como si una mano lo hubiese acariciado. Frunciendo el ceño, se volvió. La sensación aumentó y todo lo demás desapareció mientras se concentraba en la fuente de la distracción: una mujer.

Estaba como perdida en el umbral de la puerta del salón, mirando de un lado a otro. Iba envuelta en un etéreo vestido de color crema con un hombro al descubierto, el pelo rubio sujeto con un prendedor dejando al descubierto un rostro casi irreal…

–¿Antes de qué?

Rafael parpadeó para intentar concentrarse. Nunca le había ocurrido algo así, pero sabía lo que era: una atracción a primera vista, un reconocimiento… la mujer que convertía todas sus fantasías en gloriosa realidad.

Tenía que estar imaginándolo, pero sus sentidos le decían que no era así. Aquello era real.

Y solo había una forma de descubrirlo, acercándose.

–¿Qué estás mirando, Números?

La voz de Richard le molestó. Sabía que su reacción era exagerada, pero no quería hablar, no podía arriesgarse a romper el momento.

Como temiendo asustarla si levantaba la voz, susurró:

–A ella.

Richard dio un paso adelante.

–¿A la mujer que está en la puerta?

–¿La ves?

–Pues claro.

–Parece un sueño. Como recién salida de un cuento de hadas.

Richard lo miró, incrédulo.

–¿Hablas en serio?

–Claro que sí.

Ella había entrado en el salón, pero sus pasos inciertos revelaban que estaba incómoda. Era tan elegante, tan bella, que Rafael tuvo que pasarse una mano por la nuca.

–¿Cómo puede ser real?

–No lo es.

La respuesta de Richard le sorprendió. No sabía que hubiese hablado en voz alta.

–¿Cómo puedes decir eso?

–Puedo porque solo es otra rubia guapa.

Rafael lo miró como si le hubiera salido un tercer ojo.

–¿Estamos hablando de la misma mujer?

–En fin, da igual. Ve a iniciar la incursión.

–No será una incursión, me acercaré a ella con finura.

Richard frunció el ceño.

–Me refería a Ferreira.

–Olvídate de Ferreira. Voy a…

Rafael se detuvo al darse cuenta de algo. No podía acercarse a ella. Había hecho lo imposible para que los medios no publicasen su fotografía y no quería arriesgarse a que lo reconocieran. Además, esa noche solo le interesaba entrar en contacto con esa aparición mágica.

–Cobra, tráemela.

–¿Se puede saber qué te pasa? Nunca habías reaccionado así ante una mujer.

–No es una simple mujer.

Richard hizo una mueca.

–Ah, claro, acaba de salir de un cuento de hadas.

Rafael apretó los dientes, impaciente.

–Baja y tráemela.

–¿Quieres que yo, famoso por poner nerviosa a la gente, me acerque a una mujer a la que no conozco y le ordene que suba a conocer a un hombre del que no sabe nada? ¿Un hombre que ahora mismo parece haber perdido la cabeza? ¿Esperas que esa mujer de fantasía sea idiota?

Rafael asintió con la cabeza. Tenía razón, pero debía ver a esa mujer a solas.

Y, de repente, se le ocurrió una idea.

–Bajaré contigo y me quedaré en la puerta. Tráemela, yo me encargaré de todo a partir de ese momento.

–Soy tu protector, no tu chulo.

–Calla y baja de una vez.

Suspirando, Richard se dio la vuelta para dirigirse a la escalera, con Rafael pisándole los talones.

¿Y si al conocerla la ilusión se esfumaba? O peor, ¿y si no era así, pero ella no estaba interesada? ¿Y si estaba interesada, pero, como le había ocurrido con otras mujeres, la atracción estaba basada solo en su aspecto, en su dinero, en su poder? Y lo peor de todo, ¿y si estaba casada o comprometida?

Richard lo miró cuando llegaron a la puerta del salón, como esperando que recuperase el sentido común, pero Rafael lo empujó hacia delante. Suspirando, su amigo se abrió paso entre la gente y, con sus dos metros de estatura, a Rafael le resultó fácil ver su progreso entre la multitud.

Entonces la vio, un poco alejada, como buscando un refugio, como deseando estar en cualquier otro sitio.

Richard estaba a un metro de la joven cuando por fin ella giró su elegante cabeza y lo miró a él, directamente a los ojos.

Rafael sintió como un trueno en el corazón al ver que los ojos de color ámbar se iluminaban.

No estaba imaginándolo. Incluso a distancia y con él entre las sombras, ella sentía lo mismo.

Sin darse cuenta, Rafael levantó una mano para llamarla y vio que se ponía colorada mientras miraba alrededor, como si no pudiese creer que ella era el objetivo.

«Mírame, mírame otra vez».

Contra su voluntad, ella volvió a mirarlo y Rafael dejó escapar un suspiro de satisfacción. No era capaz de resistirse, como él. Con objeto de comprobar su teoría, la llamó de nuevo, dando un paso atrás.

Ella dio un paso adelante, sorprendida, como si no lo hiciera por voluntad propia. Rafael dio otro paso atrás y, de nuevo, ella se movió en su dirección, desconcertada.

Era como si un cable tirase de ella, llevándola hacia Rafael. Al final, no había necesitado la ayuda de Richard.

El inglés la miró cuando pasó a su lado y, al darse cuenta de que su

mediación ya no era necesaria, sacudió la cabeza, exasperado.

Pero Rafael solo estaba concentrado en ella, en aquella visión, y siguió dando pasos atrás tirando de la cuerda invisible que los unía.

Tardó una eternidad en abrirse paso entre la gente, pero por fin llegó al desierto pasillo. Rafael tomó su mano y la llevó al interior de la casa, una zona en la que nadie más podía entrar.

Era más bella de lo que había creído, y el impacto que ejercía en él más fiero estando tan cerca.

No era una simple rubia guapa. Tan mundana calificación no describía la cascada de oro de su pelo, del tono de las playas de Río de Janeiro. Por contraste, su piel era de porcelana y su cuerpo parecía esculpido en sueños para acomodarse a todos sus deseos.

Richard también se había equivocado en eso. No era guapa sino bellísima. Su belleza trascendía cualquier descripción, desde la inteligente frente a la elegante nariz o los gruesos labios, su rostro era un tapiz de perfección. Pero eran sus ojos donde residía la esencia de esa mujer: grandes, almendrados, de largas pestañas. Eran intensos, luminosos, del color del fuego e igualmente peligrosos.

Pero no eran sus atributos físicos lo que tanto le afectaba sino algo más; algo que despertaba el deseo de devorarla. Nunca había sentido algo así por otra mujer. Era incomprensible, pero lo único que quería era desnudarla y enterrarse en ella.

Por supuesto, sabía que era imposible. Aunque ella estuviera dispuesta. Y, por su agitada respiración, seguramente así era.

–*Obrigado, minha beleza.*

Aunque la mayoría de los invitados no eran brasileños, estaba seguro de que ella sí lo era.

–¿Por qué?

Rafael se quedó sin aliento. Lo había entendido y parecía sorprendida. Su voz suave, casi como una caricia, hizo que tragase saliva. Desearía murmurarle palabras al oído durante largas noches de placer…

–Por venir cuando te lo he pedido.

Ella pestañeó, como si saliera de un trance.

–¿Me lo has pedido?

Rafael quería bromear, decir algo, pero tenía un nudo en la garganta. Sosteniendo su mirada, alargó una mano para tocarle la mejilla y se quedó sin aliento al rozarle la piel.

La sintió temblar y, al ver que sus ojos se oscurecían hasta parecer carbones encendidos, estuvo a punto de perder el control.

Sin poder evitarlo, llenó sus pulmones con aquel aroma a jazmín, el deseo era tan potente que apenas podía respirar.

En los ojos de ella había un brillo de sorpresa y su agitada respiración dejaba claro que estaba excitada, no asustada. Tenía los labios hinchados, como si ya la hubiera besado.

Deseaba aquello, lo deseaba a él como Rafael la deseaba a ella.

Y no solo quería un beso. Quería mucho más, lo quería todo.

Habían intercambiado dos frases y no sabía nada sobre ella, pero no había reglas para aquello; la pasión que había explotado entre los dos no

conocía barreras.

La haría suya, como ella quería, y todo lo demás llegaría después. Satisfacer ese deseo era lo más importante en ese momento, lo único importante.

Cuando se inclinó para tomarla en brazos ella dejó escapar un gemido, pero no se apartó; al contrario, en sus ojos había un brillo de rendición.

La sensación de triunfo y una emoción desconocida lo empujaban hacia el estudio. Abrió la puerta con el pie y, después de dejarla en el suelo, la apretó contra la pared. Sus ojos enfebrecidos le decían que eso era lo que quería. Lo quería todo con él.

–Sim, beleza, sim… conmigo… agora.

Y entonces, se apoderó de sus labios.

Capítulo Dos

Ellie estaba ahogándose de placer por los besos de aquel hombre, al que había conocido solo unos minutos antes. Pero no le importaba ahogarse, porque aquello tenía que ser un sueño. En el mundo real era impensable que perdiese la cabeza de esa manera. El placer perfecto no podía existir, y menos para ella, la última mujer en el mundo que se volvería loca por un desconocido. Pero entonces había aparecido aquel hombre y él demostraba que tenía que ser un sueño. No podía ser real.

Ningún hombre de verdad podría haberla atraído de ese modo. Y se había materializado entre las sombras, como una aparición.

Después de dos días trabajando sin parar estaba agotada; otra de las razones por las que no le apetecía nada ir a la fiesta. Pero había tenido que ir a casa y ponerse algo apropiado para acudir a la mansión en Armaçao dos Búzios, los Hamptons de Brasil, que estaba a dos horas del centro de la ciudad. Y se había perdido, de modo que había tardado una hora más.

Cuando por fin llegó, alguien se encargó de su coche mientras ella atravesaba un magnífico jardín, admirando el espléndido edificio de cuatro plantas, en una finca que debía de tener más de cien hectáreas. Una iluminación indirecta alumbraba las columnas y los arcos. El edificio era de arquitectura neorrenacentista, casi con aspecto de catedral. En el interior, las luces festivas y la abundancia de lámparas de araña y antiguos apliques de bronce la hicieron pensar en un cuento de hadas. Desde luego, el salón de baile parecía sacado de un cuento.

Recordaba haberse detenido en el quicio de la puerta para mirar a los invitados antes de atreverse a entrar. Pero entonces, de repente, había sentido como si la golpease un rayo. Se encontró con aquella mirada masculina y su corazón se volvió loco cuando él levantó una elegante mano, como llamándola.

Sin aliento, había mirado alrededor para ver si de verdad se dirigía a ella. Una vez segura, ni siquiera se le había ocurrido resistirse. El hombre se apartaba de la puerta y ella se movía hacia él, sin voluntad propia. Y cuando llegó a su lado el corazón se le detuvo durante una décima de segundo.

Incluso midiendo un metro setenta y cinco con tacones, se sentía diminuta a su lado. Aparte de su gran estatura, tenía los hombros anchos, la cintura estrecha, unos muslos formidables…

Y eso llevando un elegante traje de chaqueta. No podía ni imaginar cómo sería ese cuerpo desnudo.

Su rostro era anguloso, de pómulos altos, la piel morena, los labios esculpidos. En resumen, sus facciones eran de una belleza masculina

incomparable.

Pero lo que la había cautivado era su magnetismo sexual. Ni siquiera eran esos ojos como nubes de tormenta, rodeados de pestañas tan negras como su pelo, sino el poder que había en ellos.

Y le daba las gracias por acudir a su llamada. Su tono arrogante la había molestado, aunque hubiese caminado hasta él casi en trance. Pero entonces le había acariciado la mejilla y el mundo se había evaporado.

No quedaba nada más que el roce de su mano y el deseo de estar con él. Como una pantera hambrienta, la empujó contra la pared, mareándola con el aroma de su masculino deseo.

Empezó a temblar, temiendo que el corazón le dejase de latir si no la besaba. Y cuando lo hizo, la intensidad del beso le robó la cordura.

Se había contenido hasta ese momento, pero sus ojos decían que no habría contención. No pararía en un beso. Quería más. Lo quería todo. Y se lo dijo:

–Sí, belleza, sí, conmigo. Ahora.

Sabía que aquello era una locura, pero cuando la tomó en su brazos se derritió.

Con una mano él encontró la cremallera del vestido y empezó a bajársela. Ella dejó escapar un gemido ahogado, un sonido que nunca antes había salido de su garganta, cuando empezó a acariciarle los pechos por encima de la tela, tragándose sus gemidos de placer, drogándola con sus besos.

Despertaría en cualquier momento, pensó.

Pero no despertaba.

Aquello era demasiado abrumador para ser un sueño.

Era real.

Le levantó la falda del vestido para meterle las manos bajo las bragas, empujando una erección de acero contra su centro, ahogándola en una oleada de fuego líquido mientras empezaba a empujar hacia delante, su poderoso torso aplastándole los pechos. La fricción, incluso a través de la ropa, hacía que los pezones se le levantasen en dolorosa agonía.

Ellie temblaba mientras sus labios dejaban un rastro de fuego por su cuello.

Era como si toda su existencia convergiese en él, en su cuerpo, en su aliento, sus manos y su boca. Ya no era ella misma, sino una masa de deseo, y el calor entre sus piernas progresó hasta convertirse en un incendio.

Sus gemidos parecían animarlo. Sus lenguas batiéndose en duelo mientras la devoraba con los labios, con los dientes, sin dejarla respirar. Aquello no tenía nada que ver con la lenta seducción que había imaginado de su primer encuentro íntimo con un hombre. Era una invasión y ella quería que así fuera.

Él volvió a tomarla en brazos para dejarla sobre un sofá y se irguió para mirarla. En la penumbra, se la comía con los ojos mientras ella disfrutaba admirando su increíble figura.

Entonces, por fin, se inclinó sobre ella, aprisionándola entre sus poderosos brazos.

–Estou louco de desejo por você, minha beleza.

«Estoy loco de deseo por ti, belleza».

Ella habría dicho lo mismo, si pudiera. Pero lo único que pudo hacer fue arquearse hacia arriba mientras él se inclinaba para quitarle el sujetador y acariciarle los pechos hinchados. Sus caricias mitigaban la presión, aumentando la fiebre. Pero entonces se inclinó para torturarla aún más rozando un erecto pezón con los dientes. Cuando empezó a chuparlo, tirando de él con los labios, sintió que se mareaba de gozo.

–Me has hecho perder la cabeza con una sola mirada. Luego te he tocado, te he saboreado… y sé que tú me necesitas tanto como yo a ti.

Ella solo podía asentir con la cabeza, suspirando cuando apretó sus nalgas para deslizarle las empapadas bragas por las piernas. Sin decir nada, se quitó la chaqueta y la camisa para rozarla con el vello oscuro de su torso y luego, de repente, se levantó.

–Estás temblando. ¿Tienes miedo?

La sorpresa hizo que Ellie tragase saliva.

–Solo de que se me pare el corazón o me desmaye.

Él esbozó una sonrisa predadora, hambrienta, increíblemente excitante.

–Yo siento lo mismo. Mi corazón podría detenerse si no te tengo desnuda debajo de mí en este instante –en lugar de quitarle el vestido, se lo levantó hasta la cintura–. La próxima vez, te adoraré desde las pestañas a las puntas de los pies, pero ahora necesito estar dentro de ti. Di que tú me necesitas también. Di que no puedes esperar.

No le quedaba voz, estaba derritiéndose; el latido en su centro era un frenético martilleo. Ellie asintió con la cabeza, una lágrima le rodó por el rostro.

Cuando se inclinó para besarle el lóbulo de la oreja y morderlo después, Ellie abrió las piernas, dándole licencia para tomarla, para poseerla.

Respirando tan agitadamente como ella, se puso de rodillas en el sofá y, con apenas contenida impaciencia, se liberó del calzoncillo. El corazón a Ellie le latía frenético contra las costillas, intimidada por el tamaño de su miembro.

Cuando lo sujetó con la mano, Ellie se quedó inmóvil, esperando que hiciera lo que tuviese que hacer para satisfacer su deseo. Con el corazón acelerado, esperaba que entrase en ella para llenar el vacío que él mismo había creado, preparándose para sentir dolor.

Pero él no hizo nada. Sencillamente, cerró los ojos mientras murmuraba una palabrota. Cuando volvió a abrirlos, el brillo de deseo que había en ellos le aceleró aún más el corazón.

Separando sus piernas, metió una mano entre ellas para levantarla por las caderas. Ellie bajó la mirada y lo vio abrir los hinchados labios de su sexo y luego, sin intentar penetrarla, frotar la dura cabeza de su erección entre ellos.

El placer fue tan profundo, tan inesperado, que lanzó un grito.

–¿Sabes lo húmeda que estás por mí? –murmuró él, inclinándose para besarla.

Seguía deslizando su miembro entre los labios, rozando su parte más sensible, y Ellie volvió a gritar; el placer era casi insoportable mientras

hacía círculos sobre el hinchado capullo, hasta que todo se concentró en ese punto.

–Por favor, por favor…

No sabía qué estaba pidiendo, ni siquiera sabía si podría acomodarlo, pero aquello… aquello era lo que había estado esperando durante toda su vida. Era la razón por la que nunca había sentido la tentación de compartir su cuerpo con ningún otro hombre. Y nunca había experimentado nada parecido.

Sus labios la poseyeron de nuevo, tragándose sus ruegos mientras seguía rozándola con su erección una y otra vez.

El placer era insoportable, pero cuando creía que no podría aguantar más, él aumentó el ritmo, casi aplastándola en el sofá, sin dejar de frotar el rígido miembro contra su temblorosa carne hasta el último espasmo de placer.

Ellie, saciada, agotada, tocó su erección con mano temblorosa… y un gemido escapó de lo más profundo de su ser mientras se dejaba ir, los ardientes ojos grises clavados en los suyos.

Nunca había sentido algo así, no sabía que fuera posible.

Respirando despacio, intentó volver a la realidad mientras él le limpiaba suavemente el vientre antes de colocarse sobre ella para buscar sus labios de nuevo, devorándola una y otra vez, como si no pudiese parar.

Cada beso solidificaba la intimidad que acababan de compartir, diciéndole que el explosivo episodio era solo el preludio a una pasión aún más devastadora.

Por fin, él se apartó para encender una lamparita. Aunque la luz era suave, Ellie cerró los ojos. Cuando volvió a abrirlos, lo encontró mirándola con expresión indulgente.

–¿Qué-qué ha pasado?

–No tengo ni idea. Nunca me había pasado algo así, pero yo diría que ha sido magia –respondió él.

Ellie dejó escapar un suspiro de alivio. De modo que sentía lo mismo…

–En ausencia de otra explicación, tengo que estar de acuerdo.

Pero una vez saciado el loco deseo, la vergüenza empezaba a ahogarla. Nerviosa, se hundió más en el sofá, intentando bajarse el vestido para cubrir su desnudez.

Como si hubiera leído sus pensamientos, él se incorporó de un salto. Después de taparse, tomó sus bragas del suelo y se las puso, acariciándola y besándola sin parar. Sus sentidos se incendiaron de nuevo… y eso fue antes de que le besase el húmedo centro a través de las bragas.

Por suerte, no siguió adelante. Tiró hacia abajo del vestido y la ayudó a sentarse, pero antes de abrocharle la cremallera le acarició los pechos con esas manos enormes, saludando cada glorioso pezón con un suave beso.

Ellie se dejó caer sobre su torso y él recibió su peso dejando escapar un gemido. Luego, después de una última caricia, la ayudó a ponerse el sujetador y le abrochó la cremallera del vestido.

Apartándole el pelo de la cara, le levantó la barbilla para buscar sus labios de nuevo.

–Me duele dejar de besarte –murmuró, con los dientes apretados–. Pensé

que esto me calmaría lo suficiente para que pudiésemos presentarnos, pero parece que estaba equivocado.

–Ellie –dijo ella, abrazándolo–. Mi nombre es Ellie.

–Ellie –repitió él–. No te pega.

–Vaya, gracias.

Rafael esbozó una sonrisa.

–En realidad, mi nombre es Eliana.

–Eliana. Dios ha respondido.

Conocía el significado de su nombre… era la primera persona.

Él tomó su mano para besarla.

–Entonces, debes ser la respuesta a una plegaria de tus padres. Como eres la respuesta a todas mis fantasías.

–¿También eres poeta? ¿No es suficiente con ser todo lo que eres? Aún no nos hemos presentado, y si vuelves a besarme yo…

–Volverás a encenderte.

–Aún no puedo creer lo que ha pasado, así que dame un tiempo para…

Él le puso un dedo en los labios.

–Pensé que lo había imaginado, pero eres tímida.

–Ya sé que es absurdo después de… después de…

–¿Después de haberte encendido entre mis brazos? –terminó Rafael la frase por ella–. Tu timidez me gusta. *Meu Deus,* cómo te has entregado. Como si no pudieras evitarlo, como si te abrumase.

–No «como si». Me has abrumado por completo –dijo ella. De modo que aquello era lo que se había perdido durante toda su vida. A él. Tal vez había estado esperándolo, sabiendo instintivamente que no podría estar con nadie más–. Esto es lo que hace que la gente cometa locuras, ¿verdad?

Él sonrió.

–Una locura maravillosa.

–Sí, es verdad.

–Pero incluso estando loco, algún mecanismo mental ha hecho que no te poseyera sin preservativo.

Ellie lo miró, sorprendida. ¡Ni siquiera se le había ocurrido pensar en eso!

–Lo he hecho por ti. Algo sin precedentes, por cierto.

–¿Quieres decir que normalmente no tomas en consideración a tu pareja?

–Normalmente tomo en consideración a mi pareja y a mí mismo, pero en esta ocasión solo he pensado en ti. Ha sido tan repentino, tan rápido, que tal vez no te dabas cuenta de lo que estaba pasando, así que tenía que protegerte.

–Ah –Ellie no sabía qué decir–. Gracias.

Él la abrazó, besándola la frente.

–Cualquier cosa por ti, *minha beleza*. Prométeme que pasarás la noche entre mis brazos.

–Yo…

–Esta noche, la siguiente y todas las demás.

Con un nudo en la garganta, Ellie murmuró:

–¿No sería mejor esperar antes de comprometernos a nada? Tal vez

mañana nos hayamos cansado el uno del otro.
Él hizo una mueca.
–¿Cómo puedes pensar eso?
–Tienes demasiada confianza en mí. No sé si puedo hacer que desees pasar más noches conmigo.
–Después de lo que acaba de pasar, eso es imposible.
–Si tú lo dices…
–Venga, prométělo –al ver que vacilaba, Rafael frunció el ceño–. ¿Te preocupa que resulte ser un loco?
Ella soltó una carcajada.
–Eso es algo que no se me había ocurrido.
–¿Estás diciendo que confías en mí? –Rafael le pasó los dientes por el cuello, como un vampiro buscando el sitio más dulce para morder, y ella echó la cabeza hacia atrás.
–Estoy diciendo que solo puedo pensar en lo que me haces sentir. No sé si te has dado cuenta, pero no funciono de manera lógica desde que me has llamado.
Él levantó la cabeza, con una sonrisa de pura satisfacción masculina en los labios.
–Yo tampoco.
Era tan gratificante que confesara abiertamente su efecto.
–Estaba y sigo moviéndome por puro instinto.
–¿Y el instinto te dice que puedes confiar en mí?
–No puedo explicarlo, pero así es. Confío en ti.
–¿Del todo? –preguntó él, con los ojos brillantes.
–Sí.
–¿No te asustarás cuando te pida cosas raras en la cama?
El brillo predador de los ojos oscuros hacía que el pulso se le acelerase.
–¿Cómo de raras?
–Raras en cantidad, no en calidad. Al menos, no demasiado raras.
–Sigues con expectativas poco realistas.
–¿Crees que estoy exagerando?
–No se trata de ti sino de mí. No sé si estaré a la altura.
–Déjamelo a mí, como has hecho hasta ahora –él la sentó sobre sus rodillas, acariciándola por todas partes–. ¿Alguna queja?
–Solo una –Ellie bajó la mano para tocar el bulto bajo el pantalón–. Que has creado un monstruo.
Él esbozó una sonrisa.
–Quieres más.
–Te deseo.
–No tanto como yo a ti –le puso un dedo en los labios cuando iba a protestar–. Tienes que confiar en mí. Prométemelo.
–No puedo. Mi cerebro no funciona con normalidad y…
–¿Lamentas lo que ha pasado?
–No, no. Ha sido mágico, pero…
–Demasiado rápido. Demasiado todo.
Ella asintió con la cabeza.
Después de haberse entregado como lo había hecho, otro hombre la

acusaría de tentarlo y luego querer dar marcha atrás para hacerse la estrecha.

Pero él no era como ningún otro.

Querría besarlo por ser tan maravilloso, pero un beso destruiría el poco control que le quedaba.

–No es demasiado para mí –dijo él, su oscura voz como una caricia–. Cada segundo contigo es perfecto, pero iré más despacio por ti. Hay tantas intimidades que quiero compartir contigo, tantos placeres. Necesito seguir besándote, tocándote. Cuando todo el mundo se vaya, tú te quedarás. Prométemelo.

–Sí –Ellie frunció el ceño–. ¿Qué quieres decir con quedarme?

–Esta noche, en mi cama, entre mis brazos.

–¿Aquí?

–Sí, claro.

–¿Tú te alojas aquí?

–Por supuesto, es mi casa.

De repente, todos los detalles que le habían pasado desapercibidos de él, de las cosas que decía, se convirtieron en una gran bola.

Y el golpe fue tan fuerte que estuvo a punto de dar un salto.

–¿Tú eres… él?

Capítulo Tres

Ellie miró al hombre que le había proporcionado la experiencia más intensa de su vida.

–Se han referido a mí de todas las formas posibles, pero «él» es completamente nuevo –bromeó Rafael.

–Quiero decir que tú eres… ese hombre.

–«Ese hombre» tampoco es lo que quiero escuchar de tus labios.

–Es que… espera, déjame respirar –Ellie sacudió la cabeza, poniéndole una mano en el pecho–. ¿Tú eres Rafael Moreno Salazar?

Él le tomó la mano para llevársela a los labios.

–Para ti, soy solo Rafael –puntuaba sus palabras chupando cada dedo–. Gemirás mi nombre, lo gritarás durante toda la noche.

Ellie le echó los brazos al cuello, pero aún tenía que decir algo. Cualquier cosa.

–Has dicho que entendías mi necesidad de apartarme un poco.

–Para que respires. No quiero que pierdas la cabeza por el momento, lo prometo.

Aquel hombre parecía leerle los pensamientos.

–Pero sigue sin ser eso.

–¿Entonces qué es?

–¿Tienes que preguntarlo? Eres tú, eso lo cambia todo.

Rafael le besó el cuello una vez más.

–No cambia nada. Sigo siendo el hombre por el que has perdido la cabeza, el hombre al que deseas con todas las fibras de tu ser.

–Sí, pero eres Rafael Moreno Salazar y yo he venido a esta fiesta porque mi… jefe quiere hacer negocios contigo. Y esto lo complica todo.

–Esto no complica nada.

–Claro que sí. No se deben mezclar los negocios con el placer. No puedo pasar la noche contigo…

–¿Qué?

–Ni siquiera sé cómo va a afectarme lo que ya hemos hecho –Ellie le apartó los brazos del cuello para enterrar la cara entre las manos–. Dios mío, ¿por qué no eres solo un invitado más, un hombre normal?

–No lo soy y por eso estás conmigo. Un hombre normal no se habría atrevido a acercarte a ti. Pero da igual a qué negocios se dedique tu jefe. Estoy en deuda con él por haberte traído aquí, y si me interesa, haré negocios con él. Y eso no tendrá nada que ver con nosotros.

–¿Cómo puedes decir eso? Si haces negocios con mi jefe…

–He dicho que los haré si me interesa. Pero yo siempre gano y haré lo que tenga que hacer para conseguirte.

Ellie esbozó una sonrisa.

–Una forma muy innovadora de cortejo –bromeó–. Aunque no tienes que hacer nada para conseguirme. Solo has tenido que mirarme desde el pasillo y yo he corrido a tus brazos.

–No has corrido, pero lo harás.

Ella suspiró.

–¿Siempre serás como un imán para mí o hay alguna esperanza de que seas tú el que corra a mis brazos?

–Solo tienes que dar la orden y correré tanto y tan rápido como quieras –murmuró él, acariciándole el pelo–. De hecho, habría corrido hacia ti esta noche, pero solo quería alejarte de la multitud.

–¿No pensabas entrar en el salón?

–Fueran cuales fueran mis intenciones, te he visto, y a partir de ese momento nada más importaba.

–A mí me ha pasado lo mismo –Ellie lo miró, pensativa–. Tampoco pensabas aparecer esta noche, ¿verdad? ¿Por qué reúnes a la gente, para observarlos? ¿Es tu método para encontrar socios?

–Solo un socio, uno en particular.

–Ah, no sabía que estuvieras buscando.

–Así es –el brillo de sus ojos le decía que no quería seguir hablando del tema.

–Sabes que en cuanto me tocas dejo de pensar?

–No tocarte es como dejar de respirar, así que deja de apartarte.

Suspirando de nuevo, Ellie apoyó la cabeza en su hombro, resignada.

–¿Crees que juzgo a mis socios espiándolos en una fiesta? ¿Que los descalificaría por pisar a su pareja o por hablar con la boca llena?

–No lo sé, tal vez los juzgas por cómo se relacionan con los demás, como haces siempre.

Él enarcó una ceja.

–¿Cómo sabes lo que hago siempre?

–Las últimas horas han sido como todo un año, y estoy conectando lo que sé de ti con lo que acabo de experimentar.

–¿Y qué sabes de mí?

–Que eres un virtuoso en tu campo, que tienes un gran poder analítico y que conviertes en oro todo lo que tocas. Has llegado donde estás analizando cada situación y a cada persona con la misma precisión con la que me has juzgado a mí a metros de distancia y sin intercambiar una sola palabra.

Rafael le acarició el pelo, inclinando la cabeza para olerlo.

–Exclúyete de cualquier comparación. Ninguna cosa contigo se parece a nada que haya experimentado antes. Me has hecho perder la cabeza y lo has hecho cuando estaba de espaldas a ti.

–¿En serio?

–En serio. Estaba en la entreplanta cuando tu aparición ha sido como una descarga de mil voltios –Rafael se inclinó para besarle la frente–. Estamos de acuerdo en que ha sido algo mágico.

–Sí, es verdad –asintió ella–. Entonces, ¿no estás orquestando este evento para observar a los invitados, o al menos para descartar a aquellos que te parezcan insignificantes?

–¿Crees que me importan los currículos?
–No lo pensaría si no acabases de prometer darle trato preferente a mi jefe –Ellie le acarició la cara–. Aunque tal vez sea culpa mía que no puedas pensar con claridad.
–¿Te das cuenta de que es la primera vez que me tocas?
Ellie parpadeó, sorprendida.
–Pero si llevo tocándote desde que he puesto los ojos en ti.
–No, no me has tocado ni una sola vez. Has dejado que te tocase, pero esta es la primera vez que me acaricias voluntariamente.
Tenía razón. No lo había tocado una sola vez. Se había quedado inmóvil o le había echado los brazos al cuello para que hiciera lo que quisiera, totalmente entregada.
–Estaba demasiado abrumada, pero deja que te compense.
Ellie le deslizó los dedos por el pelo, una espesa masa de seda, y notó que él se quedaba sin aliento cuando dio un pequeño tirón.
Un segundo después, estaba tumbada de nuevo en el sofá, con Rafael encima, sus caderas entre las piernas, sus besos más apasionados que antes, si eso era posible.
Su reacción fue de sumisión y de locura. Conociendo los riesgos, quería liberarlo de su promesa, decirle que la tomase en aquel momento, pasara lo que pasara.
Pero Rafael se apartó, suspirando profundamente.
–Pensé que tocarte era increíble, pero que tú me toques a mí… me vuelve loco –había un brillo voraz en sus ojos mientras tiraba de sus manos para incorporarla–. Déjame las caricias a mí hasta que pueda soportar las tuyas.
Temblando, Ellie se sentó, cada célula de su cuerpo protestaba. Solo quería tocarlo, necesitaba que la hiciera suya. Pensar en las consecuencias no la detenía, y eso demostraba que aquello era una locura.
Pero era tan importante que hubiese pisado el freno por ella, a pesar de su evidente deseo. Y que le confesara su debilidad, algo que Rafael Moreno Salazar jamás había hecho en los ocho años de su meteórica carrera a la fama.
Que ese hombre y «su hombre» fueran el mismo seguía siendo increíble. No quería pensar en las consecuencias y, dijera lo que dijera, ella sabía que estar juntos sería un problema. Pero por el momento lo tenía a él y era perfecto. Además, no tenía sentido pensar. No se hacía ilusiones de que aquello pudiese durar. Cuando terminase aquel mágico interludio se dirían adiós.
Pero estaban allí todavía.
Sintiendo como si hubiera despertado a un dragón, pero incapaz de parar, le deslizó una mano por los hombros. El exquisito placer de tener esa libertad, ese privilegio, era embriagador.
Rafael la tomó por la cintura, aplastándola contra su costado, y Ellie buscó sus labios.
Iniciar el beso hacía que todo fuese diferente, capacitándola para marcar el ritmo. Él dejo que llevase la iniciativa durante unos treinta segundos, pero luego se levantó de un salto.

–Si no quieres que te tumbe en el sofá otra vez y me entierre en ti hasta el fondo, será mejor que no vuelvas a besarme.

–Ahora que te he besado no quiero parar.

–Deja de decir esas cosas –Rafael sonrió–. Tienen el mismo efecto en mí que una caricia.

–Lo que tú digas –murmuró ella, pestañeando coquetamente.

Rafael tuvo que hacer un esfuerzo para recuperar el control.

–Bruja –murmuró, sentándose a su lado, pero no demasiado cerca–. Estoy apuntando todas tus transgresiones y recibiré satisfacción por cada una de ellas, pero antes necesito cerrar el asunto del negocio –añadió, poniéndose serio de repente–. Le daré un trato preferente a tu jefe por encima de otros candidatos. Aunque imagino que tú no trabajarías para un inepto.

Ellie se apartó un mechón de pelo de la frente.

–No pensarás que me valgo de algo que no sea mi capacidad profesional, ¿verdad?

–¿Qué? No, claro que no, por eso sé que no trabajarías para un inepto –Rafael la tomó por los hombros–. El instinto me dice todo lo que necesito saber sobre ti. El efecto que ejerces en mí trasciende mi buen juicio, no lo anula. Sé que eres inteligente e íntegra, que solo te apoyas en tus méritos para conseguir lo que quieres, aunque otros caminos pudieran ser más lucrativos.

Ellie miró sus labios. Todo lo que decía era tan lírico. Y su hipnótica voz, con ese acento que no podía descifrar, era lo más sexy.

Nadie la había tratado así antes, y que fuese Rafael Moreno Salazar precisamente, un hombre por cuyos análisis gobiernos y grandes corporaciones pagaban millones…

Elli se incorporó un poco para besarlo de nuevo.

–No me provoques, Eliana.

Eliana era un nombre que nunca le había gustado, pero él lo pronunciaba con tal elegancia que no quería que la llamase de otro modo.

–No puedes decir esas cosas y esperar que no te bese.

–Imagino que tu jefe estaba invitado a la fiesta.

–Te aseguro que no se ha colado.

–Eso confirma mi teoría de que es un tipo inteligente. Si te ha invitado es que tienes un puesto importante en la empresa y, siendo tan joven, debes de ser muy buena en tu trabajo.

–No soy tan joven.

–Sé que tienes más de dieciocho años, pero no muchos más. De hecho, casi me siento un viejo verde a tu lado.

–¡Solo tienes treinta y dos años!

–Ah, veo que te has informado –bromeó Rafael–. Pero sigo siendo al menos diez años mayor que tú. No puedes tener más de veintiuno.

–Cumpliré veinticuatro en tres meses.

Él enarcó una ceja.

–Solo tres años mayor que mi estimación.

–Terminé la carrera hace cuatro años y ahora estoy haciendo mi segundo máster. Además, tengo experiencia profesional desde los doce

años.

–Ah, entonces mi análisis no iba tan desencaminado –Rafael tiró de ella para buscar sus labios–. Y he cambiado de opinión, olvida a tu jefe y trabaja para mí. Pídeme lo que quieras.

–No, no –Ellie se apartó–. Ni siquiera sabes a qué me dedico.

–Da igual, siempre busco mentes despiertas y talentos excepcionales para mi equipo. Así es como mi empresa ha crecido tanto, ofreciéndole a los candidatos todo lo que quieren: libertad, recursos, remuneración.

Ellie sabía todo eso, pero jamás se le hubiera ocurrido que Rafael Moreno Salazar pudiese ofrecerle un puesto en su empresa. Y que lo hiciera mientras estaban abrazados…

Intentó apartarse, pero él se inclinó para besarle el cuello.

–Eso solo complicaría las cosas aún más. La gente sigue pensando que he conseguido mi puesto por nepotismo, y si trabajase para ti pensarían que lo he conseguido…

–¿Porque me vuelves loco de deseo? –terminó Rafael la frase por ella–. No te puedes imaginar lo poco que me importa lo que piense la gente, y tú eres la clase de talento que busco.

–Por favor…

–Tú misma has dicho que sé analizar a la gente y eres exactamente lo que necesito. En todos los sentidos.

A Ellie le daba vueltas la cabeza. No tenía que intentar convencerla de nada porque ya le había prometido que pasaría la noche con él. Y tantas noches como fuera posible.

–Pero pienso ir despacio en el cortejo –añadió.

–Por favor, Rafael…

–Sí, repite mi nombre. Dilo, *minha beleza.*

–Rafael –la palabra sonó como un gemido–. Deja de hablar de negocios. Quiero que esto que hay entre nosotros sea solo algo entre un hombre y una mujer. Eso es lo único que me importa.

–Como tú digas… por el momento –asintió él–. Debes de estar muerta de hambre. Vamos a cenar algo mientras esperamos a que se vayan los invitados y luego…

–¡Tengo que volver al salón!

–¿Por qué? Ni siquiera querías venir a la fiesta.

–¿Cómo sabes que no quería venir?

–Ya te he dicho que puedo leer tus pensamientos.

La interpretaba con tal exactitud que casi le daba miedo.

Ellie le acarició la cara, y Rafael le sujetó la mano para enterrar los labios en la palma.

–Me alegro mucho de haber venido, pero tengo que hablar con mi jefe.

–Muy bien, llama a tu jefe e inventa cualquier excusa. Dile que no has podido venir.

–No entiendo por qué él no me ha llamado ya quinientas veces –Ellie tomó su bolso y suspiró al no encontrar el móvil–. Me lo he dejado en el coche. Dios mío, el pobre debe de pensar que me ha pasado algo.

Rafael tomó su chaqueta y le ofreció su móvil, pero ella negó con la cabeza.

–No, entonces tendría que explicarle por qué estoy llamando desde otro teléfono y supongo que no querrás que le diga que es el tuyo.

–No me importa.

–Pero a mí sí. No sabes el interrogatorio que provocaría tu nombre, y no quiero tener que inventar una historia, prefiero decírselo en persona.

–No voy a dejar que te vayas.

–Solo tardaré diez minutos, te lo prometo.

–No quiero estar un solo minuto sin ti. Iré contigo.

Ellie apoyó la cabeza en su hombro. No tenía sentido discutir, aquel hombre siempre conseguía lo que quería, y ella era lo que quería en ese momento.

–¿Y si alguien te reconociera? Tu plan de mover el marketing siendo esquivo se estropeará.

–Merecerá la pena.

–Pero si alguien te reconoce todos te rodearán y eso podría posponer nuestros planes –bromeó Eliana.

–Sospecho que sería así, pero los echaría a todos a patadas –Rafael buscó sus labios–. Venga, vamos.

Riendo mientras la tomaba por la cintura, salieron del estudio donde su vida había cambiado para siempre sintiendo que entraba en un universo nuevo, lleno de infinitas posibilidades. Un universo con Rafael Moreno Salazar en el centro.

Durante el tiempo que durase aquello.

–Es una casa preciosa.

Rafael miró al maravilloso ser humano que llevaba a su lado. Sentía como si su piel fuera una extensión de la suya, su sonrisa, su voz, su ojos el combustible que animaba los latidos de su corazón. Las pasadas horas habían sido más que increíbles, algo que no había experimentado nunca en toda su vida.

Rafael le besó el cuello, incapaz de dejar de tocarla.

–Era una mansión que fue convertida en hotel. Iba conduciendo por la costa cuando la vi y decidí pasar la noche. Al día siguiente lo compré y lo reformé, pero preservando las cosas que más me gustaban.

–Debe tener un gran atractivo para los turistas.

–No lo compré con propósitos comerciales.

–¿Piensas vivir aquí?

Rafael la miró a los ojos y vio toda una vida con ella, pero algo le impidió decirlo en voz alta. Probablemente por miedo a alarmarla.

–No lo había pensado –respondió. Porque solo pensaba en vengarse desde que llegó a Brasil. Hasta que la vio. A partir de ese momento, todo lo demás era irrelevante–. Era el mejor sitio para organizar la fiesta, pero aunque estoy acostumbrado a sitios espaciosos y aislados, esta mansión podría ser demasiado grande para mí solo.

–¿No tienes a nadie con quien compartirla? –le preguntó Ellie, poniéndose colorada–. No se me había ocurrido preguntarte si tienes familia.

Gracias a Ferreira, ya no la tenía.

Pero no era eso lo que Eliana estaba preguntando. Parecía horrorizada

ante la posibilidad de haber besado a un hombre que podría estar casado.

–¿Crees que soy de los que engañan a su mujer?

De nuevo, Eliana se puso colorada.

–No lo sé. Cada vez que te miro pierdo la cabeza. No sé qué pensar.

Rafael le levantó la cara con un dedo y, al ver un brillo de miedo en sus ojos, la abrazó.

–No tengo a nadie, *minha beleza.* Soy totalmente libre para cortejarte y lo haré. A partir de este mismo instante.

Eliana sonrió, claramente feliz con esa respuesta. Tan feliz como él. Lo que sentía era ilógico, absurdo, pero había estado allí desde el principio. Era como un incendio que le quemaba la sangre, erradicando el frío que se le había instalado en el corazón tantos años atrás. Confiaba en ella y Eliana confiaba en él, como si se conocieran desde siempre.

Deseando confesarle lo feliz que se sentía, la llevó al salón para terminar con aquel asunto y tenerla para él solo.

Pero en cuanto puso un pie en el salón y vio a Richard dirigirse hacia ellos lanzó sobre él una mirada de advertencia.

–Eliana, te presento a mi socio, Richard Graves.

Ella le ofreció su mano.

–Encantada de conocerlo, señor Graves.

Pero Richard no la estrechó, ni siquiera la miraba mientras se dirigía a Rafael.

–Necesito hablar contigo… ahora mismo.

–Por favor, ve –dijo Eliana, como si la grosería de Richard no la hubiese molestado en absoluto–. Yo voy a buscar a mi jefe.

Antes de que pudiese detenerla, o darle una reprimenda a Richard, algo llamó su atención.

Ferreira se dirigía hacia ellos.

Antes de que pudiese reaccionar, vio que Ferreira abrazaba a Eliana.

¿Su jefe la abrazaba?, se preguntó, apretando los puños.

–Ellie, *a minha menina, você está bem?*

«Ellie, mi niña, ¿estás bien?».

Rafael miró a la mujer por la que había perdido la cabeza en los brazos del hombre al que había jurado destruir.

Y, de repente, todo cayó en su sitio.

Eliana era la hija de Ferreira.

Capítulo Cuatro

Ellie deseó que el suelo se abriera bajo sus pies. Primero, la mirada del socio de Rafael le había helado la sangre en las venas y luego, cuando intentaba fingir que tamaña grosería no la había afectado, su padre había aparecido de repente para darle un abrazo de oso y llamarla «mi niña», algo que habían acordado no volvería a hacer en público.

Había aceptado el puesto en la empresa familiar solo cuando prometió no darle trato preferente. Aunque le encantaba su trabajo y era perfecta para él, empezaba a pensar que debería marcharse porque en cuanto descubrían que el jefe era su padre, nadie la tomaba en serio. Por eso no se lo había dicho a Rafael, temiendo que llegase a la misma conclusión que los demás. Había pensado darle esa información cuando se conocieran un poco mejor, pero era demasiado tarde.

Su padre la abrazaba con tanta fuerza que no era capaz de girar la cabeza. Lo único que podía ver era la espalda de Richard Graves, que se alejaba del grupo.

Bueno, sin él la conversación sería más cómoda, porque ese tipo daba miedo.

–Papá, no puedo respirar.

Su padre se apartó, pero sin soltarle el brazo.

–¿Dónde estabas? No podía hablar contigo por teléfono y he ido a tu apartamento, pensando que te habías quedado dormida. Me volví loco de preocupación cuando no respondiste al timbre, hija…

–Siento mucho haberte preocupado –lo interrumpió Ellie–. Es que… en fin, me perdí.

Lo cual era cierto, en parte. Se había perdido en cuanto clavó los ojos en Rafael.

Rafael, que lo miraba como si fuera un repugnante gusano, debía de estar preguntándose por qué su jefe la abrazaba de esa forma.

–Rafael, te presento a mi padre, Teobaldo Ferreira.

Rafael clavó en ella sus ojos y el corazón se le encogió de tal modo que no pudo respirar. Había algo raro en ellos, como si hubiera olvidado quién era. Pero tenía que ser su imaginación.

Haciendo un esfuerzo para recuperar la tranquilidad, su padre le ofreció la mano y Ellie hizo una mueca. Sabía que Rafael Moreno Salazar no había querido entrar en contacto con los candidatos esa noche y su padre era uno de ellos, pero en aquel momento solo era un simple saludo entre un padre exageradamente protector y Rafael, el hombre que acaba de demoler los cimientos de su existencia.

Intentó capturar su mirada, intercambiar un gesto de complicidad por la noche que los esperaba, pero el corazón se le detuvo al ver que, ignorando

la mano que su padre le ofrecía, se daba la vuelta sin decir una palabra.
–¿Quién era ese hombre, hija?
Ellie no quería revelar la identidad de Rafael. Si su padre supiera que, de repente, tenía tan estrecha relación con el hombre con el que quería hacer negocios, la sometería a un interrogatorio o pediría ser presentado oficialmente. O las dos cosas. Y ella no quería saber nada del mundo real en ese momento. No quería que dejasen de ser el hombre y la mujer que habían encontrado pura pasión en los brazos del otro y se convirtieran en el magnate y la hija de un posible socio.
¿Pero por qué se había dado la vuelta Rafael? Si no había querido estrecharle la mano a su padre porque no quería contacto con ningún candidato esa noche, podría entenderlo. Aunque no del todo.
Cómo la había mirado, cómo se había dado la vuelta cuando acababa de decirle que el hombre que la abrazaba era su padre… Era incomprensible.
No podía ser. Su mente debía estar jugándole una mala pasada. Estaba agotada, funcionando con las hormonas y pura adrenalina. Y eso no llevaba a una observación racional.
–¿Qué te ocurre, cariño?
Ellie parpadeó.
–Nada, papá, estoy bien. Siento mucho haberte preocupado. He venido en cuanto me ha sido posible, pero tengo que irme.
–Pero has llamado Rafael a ese hombre. ¿Es quien yo creo que es?
Ellie buscó a Rafael con la mirada y lo encontró en la entrada del salón. Estaba esperando que se reuniera con él y se volvió hacia su padre, nerviosa.
–Por favor, papá, no me preguntes eso ahora –murmuró, dándole un beso en la mejilla–. Te lo contaré todo más tarde.
–Mientras estés bien, hija –respondió él, con expresión preocupada.
Ellie volvió a mirar a Rafael y tuvo que tragar saliva. Una mujer se acercaba a él, con el cabello rojo cayéndole casi hasta el trasero y unas curvas peligrosas que no escondían el escotado vestido.
Haciendo un esfuerzo por respirar, respondió distraída a las preguntas de su padre mientras esperaba a que Rafael se despidiese de su admiradora.
Pero cuando la mujer llegó a su lado, Rafael levantó la mirada y clavó sus ojos en ella.
Y el corazón de Ellie se detuvo al ver un brillo helado. Esperando restablecer la conexión que su socio y su padre habían interrumpido, hizo un esfuerzo para sonreír, pero la sonrisa desapareció cuando la guapa pelirroja lo tomó del brazo y Rafael se dio la vuelta para salir del salón.
Quizá estaba intentando librarse de la pelirroja sin montar una escena y cuando lo hiciera volvería a su lado. O no. Acaso esperaba que lo siguiera. Tal vez eso era lo que había querido decirle con esa mirada fría.
Ellie se volvió hacia su padre.
–Nos vemos mañana, papá.
Antes de que él pudiese decir nada, prácticamente corrió hacia la puerta y, una vez fuera del salón, sintió como si una oscura nube hubiera descendido del cielo.

Richard Graves estaba apoyado en la pared, con un whisky en la mano, mirando a la gente como un aburrido predador decidiendo qué presa le parecía más interesante. Al verla, se apartó de la pared, era tan alto que Ellie sintió como si el mundo se hubiera encogido.

–Señor Graves…

–¿Está buscando a Rafael?

Incómoda bajo esa fría mirada, y sintiéndose atrapada, Ellie respondió:

–Esperaré aquí hasta que vuelva.

–Entonces tendrá que esperar hasta mañana. No creo que termine antes con ese misil pelirrojo.

Ellie tragó saliva. No por lo que había dicho, sino por el propio Graves. Ella no se dejaba intimidar fácilmente, pero aquel hombre era aterrador. Y, por alguna razón, parecía detestarla.

Aunque eso le daba igual. Solo le importaba la opinión de Rafael.

–Se equivoca, señor Graves. Rafael está… –Ellie no pudo terminar la frase. ¿Qué estaba haciendo Rafael?

–Rafael está con esa pelirroja –dijo él, como si obtuviese un gran placer echando sal en la herida–. Parece que le prometió una intensa noche en la cama, pero ha cambiado de planes. Yo, sin embargo, no tengo nada que hacer, y tal vez podría convencerla para que pasara un rato conmigo.

Ellie tuvo que morderse los labios.

–¿Por qué es tan grosero?

El hombre se encogió de hombros.

–En realidad, estoy ahorrándole otra humillación y ofreciéndole una alternativa para que sus esfuerzos no sean del todo en vano.

Incapaz de creer que alguien fuera tan ofensivo, Ellie se atragantó.

–No sé por qué le desagrado tanto…

–El juicio instantáneo es una de mis mejores cualidades.

–¿Está diciendo la verdad? ¿Rafael se ha ido con esa mujer?

–Por supuesto. Rafael está con la pelirroja… seguramente en la cama en este mismo instante.

Ellie apartó la mirada, suplicando en silencio que Rafael volviese para demostrarle a aquel monstruo que estaba equivocado.

Pero no iba a volver, y cualquier racionalización idealista se esfumó, reemplazada por la sórdida verdad.

Rafael había bajado al salón con ella buscando a alguien que lo atrajese más y había encontrado a una mujer muy bella que, sin duda, no le pediría que esperase o la dejase respirar. Y se había olvidado de ella, así de sencillo.

Ni siquiera había vuelto a mirarla, como si esas horas mágicas no hubieran tenido lugar.

Pero no había habido magia, todo era cosa de su imaginación. Rafael era un hechicero que la había envuelto en su embrujo, distrayéndose un rato con ella mientras tiraba de las cuerdas de cientos de personas por control remoto.

Tal vez estaba loco, como él mismo había dicho.

Graves se tomó el whisky de un trago.

–Es mejor que se vaya. Rafael no está a su alcance. Pero si está

interesada en pasar un buen rato conmigo…

–Por favor, cállese.

Ellie salió corriendo de la mansión en la que parecía haber entrado una eternidad antes, con el corazón roto por la crueldad del único hombre en el que se había atrevido a confiar en toda su vida, las primeras lágrimas rodaban por sus mejillas.

La hija de Ferreira.

Esas palabras le daban vueltas en la cabeza a Rafael hasta que sintió que le iba a estallar.

Había perdido la noción del tiempo desde que supo quién era Eliana y había tenido que marcharse antes de hacer algo catastrófico, pero la rabia y la sorpresa lo tenían desconcertado.

Eliana, la mujer a la que deseaba con todas las fibras de su ser, la que había roto todas sus defensas, era la hija del hombre que había destrozado su vida.

«Rafael, te presento a mi padre, Teobaldo Ferreira».

Teo había sido el socio y mejor amigo de su padre, una presencia constante en su casa. No había cambiado mucho en esos veinticuatro años. De hecho, había envejecido muy bien. Al contrario que su propio padre, que parecía un anciano gracias a la maldad de Ferreira, el hombre al que quería y en el que siempre había confiado.

Tío Teo, solía llamarlo. De niño, sus frecuentes visitas habían sido una fuente de gozo para él, pero durante la investigación había descubierto que, antes del secuestro, su padre había disuelto la sociedad con Ferreira. Y encontró pruebas de que solo había una persona que pudiese haberlo orquestado todo: Ferreira.

Recordando al hombre al que corría a saludar cada vez que iba a visitarlos, el que le había mostrado siempre tanto afecto, desearía poder rechazar la evidencia. No quería que fuese él, pero la investigación lo había dejado claro.

Con su secuestro, Ferreira habría matado dos pájaros de un tiro: vengarse de su padre, el hombre que lo había acusado de engañarlo; y ganar suficiente dinero para compensar las pérdidas que le había causado la disolución de la sociedad. La organización pagaba bien por sus chicos y él y sus hermanos estaban entre las más selectas y caras «adquisiciones». Quien los hubiera vendido sabía lo que valían y había pedido mucho dinero. En su caso, Ferreira.

Tenía pruebas concluyentes y había planeado la venganza perfecta. Pensaba iniciar una colaboración con él, convertirlo en multimillonario para que supiera lo que iba a perderse antes de enviarlo a la cárcel, de la que no saldría nunca.

Sin embargo, no había tenido prisa por vengarse. Aún le resultaba difícil aceptar que él era el monstruo que lo había vendido a sus captores y no el tío indulgente al que tanto había querido.

Entonces, había visto a Eliana, y todo, salvo ella, había dejado de importar. Y lo último que podría haber imaginado era que Ferreira fuera

su padre.

Rafael apretó los dientes para contener un rugido.

Algo golpeó contra la pared y, de repente, la puerta se abrió, colgando de sus goznes. Richard apareció pistola en mano. Su amigo miró alrededor antes de guardar la pistola en su funda.

Rafael miró la pared a la que había lanzado el escritorio, provocando un desastre.

–Pensé que la pelirroja te calmaría un poco.

–¿Qué pelirroja?

–¿Ya se te ha olvidado? Estás peor de lo que yo pensaba.

Rafael sacudió la cabeza. Tenía que controlarse, tenía que pensar con claridad antes de morir de un infarto.

–¿Cómo te has enterado?

–¿De que tu chica de cuento de hadas era la hija de Ferreira? ¿No lo sabías tú? Pensé que conocías su historia familiar.

–Ferreira tiene tres hijos de su primer matrimonio, y el más joven es de mi edad. Eran mis mejores amigos de niño –dijo Rafael–. Se divorció y tuvo una hija con su segunda mujer… lo sé todo sobre él, pero pensé que los detalles de su vida familiar eran irrelevantes.

–Ese es el fallo en tu plan –replicó Richard–. Que no quieres hacer daño a su vida familiar.

–Sus hijos no son culpables de los crímenes de Ferreira.

–¿Estás seguro de eso?

–Estoy seguro de que no tuvieron nada que ver con mi secuestro.

–Pero se han convertido en millonarios siendo muy jóvenes. Tal vez sepan de la villanía de su padre y se hayan aprovechado de ella.

Rafael se encogió de hombros.

–Y solo actúo como juez y ejecutor en el crimen que me atañe.

Richard asintió con la cabeza.

–Es tu prerrogativa, pero tú eres el hombre al que nunca se le escapa nada, y Eliana no es un nombre común. ¿No te ha sonado una campanita de alarma?

Podrían haber sonado mil campanitas y no se habría dado cuenta. Estaba hechizado.

–No.

–¿Te dijo su nombre inmediatamente?

–No pudimos decir mucho inmediatamente, pero me lo contó después.

–Ahí lo tienes –dijo Richard, satisfecho.

–¿Que más da que me dijera su nombre antes o después?

–Su intención era hechizarte para que no pudieras sumar dos y dos.

Lo que él había pensado. Aunque el hechizo del que hablaba Richard no tenía nada que ver con la realidad.

–¿Cómo puedes pensar que ha sido a propósito, cuando nuestro encuentro ha sido pura coincidencia?

Richard lo miró como si hubiera perdido la cabeza.

–Es la hija de Ferreira, la mujer que trabaja con él y a quien ha traído aquí para usarla como cebo. Y habría salido bien si no fuera por el pequeño detalle de que eras tú quien había tendido la trampa.

Rafael hizo un gesto con la mano.
–Eso no tiene sentido. Tú sabes que fui yo quien quiso buscarla, ella no sabía quién era.
Richard hizo una mueca.
–Sabía lo suficiente sobre ti como para envolverte en su hechizo y esperar que fueses tras ella.
–¿De verdad crees esas tonterías?
Richard se encogió de hombros.
–En la vida pasan cosas inexplicables. Como la compulsión que sentiste al verla.
–Eso se llama atracción, pero luego la toqué, hablé con ella… y todo quedó claro. Es perfecta.
Su amigo hizo una mueca.
–Estoy empezando a pensar que debo llamar a un brujo para que te libre del hechizo.
–Lo que hemos compartido…
–¿Cuánto tiempo has estado con esta mujer, dos, tres horas?
–El tiempo que hayamos pasado juntos es irrelevante cuando algo es tan poderoso.
Richard lo miró con una mezcla de angustia y desesperación.
–Tendré que buscar a alguien especializado en curar tan potente hechizo. Y yo esperando que la pelirroja lo hubiera conseguido… ¿qué has hecho con ella, por cierto?
–¿Qué pelirroja?
–¿De verdad no te acuerdas de ella?
De repente, Rafael recordó a una mujer que le hablaba mientras él miraba a Eliana al otro lado del salón, pero no recordaba una sola palabra porque solo podía escuchar la cacofonía de sus propios pensamientos. La mujer lo tomó del brazo para salir del salón, pero una vez fuera Rafael se había apartado sin decir una palabra para encerrarse en el estudio.
Alejarse de Eliana había sido lo más difícil que había hecho en toda su vida.
–Baja el volumen, amigo, puedo oír tus pensamientos –dijo Richard–. Sé que quieres volver con ella, pero antes de hacerlo permite que te recuerde que es la hija a la que Ferreira le dio todo su cariño mientras a ti te enviaba al infierno, privándote de tu familia y de todo lo que habías conocido. No puedes dejar que su hija interfiera en tus planes de venganza.
Rafael lo sabía, pero aquello era tan imposible…
Richard chascó los dedos.
–Despierta de una vez.
–¡Aparta la mano de mi cara! –exclamó Rafael, furioso–. ¿De verdad habías pensado que iba a acostarme con esa pelirroja?
–Yo lo habría hecho, pero tú no eres como yo. De hecho, no eres tú mismo en este momento, pero esto de la hija de Ferreira no puede funcionar a tu favor.
–¿Qué demonios quieres decir?
–Piénsalo. ¿Qué sabes de ella?

–Nació en Estados Unidos. Su madre, Anita Larsen, era americana de padres escandinavos –empezó a decir, entendiendo en ese momento la mezcla de etnias que había producido una belleza única–. Sus padres la llamaron Eliana, creyendo que Dios había respondido a sus plegarias cuando nació tras dos abortos espontáneos.

¿Si hubiera hecho antes esa conexión habría cambiado algo? ¿Habría dado un paso atrás? ¿Podría haberlo hecho o era demasiado tarde desde el momento que puso los ojos en ella?

–¿Qué más? –insistió Richard.

–Estudió Empresariales y Psicología Infantil en la Universidad de San Francisco. Tiene un máster y está haciendo el segundo… –siguió Rafael. Y eso era exactamente lo que Eliana le había contado–. ¿Pero por qué lo preguntas? Tú también debes saberlo.

–No has mencionado lo más relevante: que la mujer de Ferreira murió, dejándolo con una hija de tres años que le recordaba a ella. Por eso es una oportunidad de oro. Utilizar a su hija contra él haría tu venganza mil veces más potente.

La mera idea de hacerle daño a Eliana hacía que sintiera náuseas.

–Si quisiera involucrar a su familia en mi venganza, usaría a sus hijos.

–Son los hijos de un matrimonio de conveniencia. Ella, sin embargo, es la persona a la que más quiere en el mundo y esa sería un arma letal.

–No.

Richard se encogió de hombros.

–De todas formas ya no podrías usarla. Después de haberte llevado a otra mujer a la cama…

–Yo no me he acostado con nadie.

–Pero ella no lo sabe.

Rafael lo miró en silencio durante unos segundos.

–Tú le has hecho creer eso.

–Cuando te fuiste con ella pensé que el ataque de locura había pasado y te ibas con esa mujer a la cama. Y cuando la hija de Ferreira fue a buscarte me encargué de dejarle claro que ya no había nada que hacer.

Eliana había ido a buscarlo. Incluso después de haberla dejado sin decir una palabra.

–Por cierto, también le ofrecí acostarme con ella…

Un segundo después, Richard estaba en el suelo y Rafael se sacudía la mano, pensando que se la había roto.

–No me apetece mandarte al hospital, Números, pero tócame otra vez y acabarás allí.

–Inténtalo, canalla.

Richard se levantó de un salto, exasperado.

–Estás fatal, ¿eh?

–Si la has tocado, Cobra, te juro que…

–Solo quería ver cómo reaccionabas. Tu rubia salió de la casa prácticamente sollozando –Richard lo tomó por los hombros–. Olvídala.

–No puedo, debo tenerla cueste lo que cueste.

–¿Dejando a su padre sin castigo?

–Eso es lo único que no puedo hacer por ella. Aunque ella no tiene culpa

de nada, estoy seguro.

Richard exhaló un suspiro.

–Parece que tienes un serio problema con esa familia. ¿Sabías que, aparte de haber sido educada para convertirse en la mano derecha de su padre, trabaja como voluntaria en un orfanato?

–Márchate –le ordenó.

Richard se encogió de hombros, como si ya hubiera hecho su trabajo.

–Cuídate esa mano, aunque espero que esté rota. Así recordarás lo que puede costarte esa mujer si no te alejas de ella –le dijo, antes de salir del estudio.

Rafael sacudió la mano mientras miraba la destrozada habitación en la que había encontrado la perfección con Eliana.

Orfanatos y niños abandonados. Podría ser demasiada coincidencia y las implicaciones…

Un orfanato era el mejor sitio para reclutar niños a los que no defendía nadie. ¿Seguiría Ferreira enviando niños a la organización? ¿Trabajaría Eliana para él?

No podía ni pensarlo de su Eliana.

Pero su Eliana podría no ser real.

Si era cierto, si todo lo que había sentido con ella era mentira, si Eliana era cómplice de su padre, los aplastaría a los dos sin piedad.

Capítulo Cinco

Ellie sentía como si algo en su interior se hubiera aplastado. Se llevó una mano al pecho. Habían pasado veinte horas desde que salió de la mansión de Rafael a medianoche… y no se le escapaba la ironía.

Pero ella no era Cenicienta y su príncipe había resultado ser un predador como tantos otros. Y debería haberlo imaginado.

Desde que salió de la mansión contaba las horas, los minutos, esperando que el recuerdo desapareciese, pero el tiempo solo servía para magnificarlo. Lo cual era estúpido. Como era estúpido lo que había ocurrido en la mansión. Había confiado en él por completo, sin conocerlo. Le había confiado su seguridad, su corazón, todo. Se había abierto totalmente, tan confiada que el inesperado golpe la había dejado desolada.

Era patético sentir eso cuando apenas habían estado juntos unas horas, pero estaba bajo su hechizo y sentía como si lo conociera desde siempre. Sin embargo, lo que había creído un encuentro único solo había sido un fracaso.

E incluso sabiendo eso no podía dejar de llorar. Las lágrimas le rodaban por el rostro recordando cada beso, cada caricia. El hombre con el que se había sentido tan conectada había resultado ser una mentira.

Tuvo que ir al baño tres veces mientras jugaba con los niños para que no vieran sus lágrimas, aunque no podía esconder su estado a esos ojitos ansiosos, y sus frenéticas preguntas y abrazos empeoraban la situación, haciendo que llorase aún más.

Que esos pobres niños huérfanos se preocupasen por ella cuando eran ellos los que dependían de la buena voluntad de los demás, hizo que se avergonzase de aquel ataque de autocompasión.

No iba a dejar que una voz ronca, unos ojos hinchados y un corazón roto le impidieran hacer su trabajo, y cuando anunció que el cuento estaba a punto de empezar, los niños corrieron hacia sus camas.

Eran treinta y seis, de los siete a los diez años. Ella quería a los ciento veinte niños que vivían en el orfanato Casa do Sol, pero aquella planta era especial para ella. Un niño en concreto llamaba siempre su atención. Había conectado con él desde el primer momento, Diego.

El niño, de ocho años, la ayudó a sacar sus cosas de la bolsa y a enchufar el iPad antes de correr a su cama con una enorme sonrisa de anticipación.

Una vez que todos estuvieron en la cama, Ellie empezó a hacer su actuación, con música dramática y varios cambios de ropa. Siempre hacía versiones de cuentos famosos y en aquel, Blancanieves era un personaje estilo Robin Hood, con siete enanitos como ayudantes, que salvaba al príncipe azul de ser convertido en un horrible monstruo por la reina mala,

que lo quería como consorte.

Una vez metida en faena se olvidó de todo mientras saltaba de cama en cama haciendo diferentes voces, poniéndose pelucas y disfraces que hacían que los niños se partiesen de risa.

–Y vivieron felices para siempre.

Ellie hizo una exagerada reverencia ante el ferviente aplauso de los niños y luego fue cama por cama, dándoles un beso de buenas noches. Como siempre, dejó a Diego para el final y le entregó el libro electrónico que le había prometido para que pudiese leer entre las sábanas. Le encantaba leer, una de las cosas que tenían en común.

Diego le echó los brazos al cuello.

–¿Le puedes pedir a tu amigo que la próxima vez venga un poco antes?

Ellie miró al niño, pensando que había inventado un amigo imaginario para ella.

–¿Y cómo es mi amigo?

–Parece un superhéroe.

–¿Lleva un disfraz y una capa?

–No, unos vaqueros y una chaqueta negra. Y lleva el brazo izquierdo en cabestrillo.

No sabía que Diego fuese tan bueno inventando personajes.

–Eso demuestra que es vulnerable, así que no puede ser un superhéroe.

–Pero mide dos metros y parece Batman –insistió Diego–. Entró cuando estabas contando la historia y se llevó un dedo a los labios para que no dijese nada. ¿Es tu amigo o tu marido?

Ellie rio.

–¿Solo lo has visto tú?

De repente, sintió que el vello de la nuca se le erizaba, y cuando giró la cabeza vio una sombra en la entrada de la habitación.

Rafael.

Y estaba aplaudiendo como los demás, aunque llevaba un brazo en cabestrillo.

–Es la mejor versión de Blancanieves que he visto nunca. Y la más dinámica y entretenida. Deberías ser actriz.

Iba vestido como Diego había descrito, tan atractivo que resultaba doloroso. No se había afeitado desde la noche anterior y parecía un pirata.

–¿Qué haces aquí?

Rafael le pasó un dedo por los párpados hinchados.

–Te he hecho llorar.

Ellie dio un paso atrás.

–Pero ya no lloro. Responde a mi pregunta.

En lugar de responder, Rafael miró a Diego.

–Gracias por no decir nada, así he podido ver la interpretación de Eliana. ¿Siempre es tan maravillosa?

El niño asintió con la cabeza.

–Es la única que nos hace reír y la única que nos hace pensar.

Había un brillo ardiente en los ojos de Rafael cuando se volvió para mirarla.

–A mí también me hace sentir cosas –murmuró, volviéndose hacia Diego

para ofrecerle la mano–. Me llamo Rafael.
El niño la estrechó con el gesto de un joven príncipe conociendo a un nuevo y vital aliado.
–Diego.
Ellie tuvo que tragar saliva. Era como si estuviese viendo a Rafael de pequeño. Y se miraban como si se reconocieran…
Tuvo que parpadear para controlar las lágrimas. ¿Por qué lloraba? Rafael, el todopoderoso magnate, no podía tener nada en común con un niño abandonado. Aunque no sabía nada de su pasado, estaba segura de que su infancia no habría transcurrido en un orfanato.
¿Cómo habría sido? ¿Cómo se había convertido en esa compleja, irresistible fuerza de la naturaleza?
No, irresistible no. Ya no era irresistible para ella y le daban igual su pasado y su presente. No quería saber nada de él.
–Le he preguntado a Ellie si podías venir más veces, pero un poco antes, así podremos jugar un rato antes de irnos a la cama.
–Será un placer y un honor, Diego –respondió él–. Si Eliana lo aprueba, claro.
Ellie apartó la mirada. Le sorprendía que tratase a Diego con tanto afecto. Especialmente después de haber sido tan grosero con su padre y con ella el día anterior.
–¿Por qué la llamas Eliana? Nosotros la llamamos Ellie.
–Para mí es Eliana. ¿Sabes lo que significa ese nombre?
Diego negó vigorosamente con la cabeza.
–Que Dios ha respondido.
–¿A qué ha respondido?
–A una plegaria. Eliana es la respuesta a una plegaria.
–¿De quién?
–De sus padres, mía. Y tengo la impresión de que tuya también.
El brillo en los ojos de Rafael y cómo había dicho «mía» la hicieron olvidar que la noche anterior había terminado en humillación.
Diego se agarraba a su cuello con más fervor de lo habitual.
–Por favor, deja que vuelva otro día.
–Ya veremos, cariño. Venga, ahora, a dormir. O también puedes leer un rato.
Haciéndole un guiño, lo abrazó por última vez antes de levantarse. Y tuvo que hacer un esfuerzo para no salir corriendo. Era peor de lo que había pensado. Los niños estaban sentados en sus camas, observando a Rafael con gesto fascinado. Nunca habían visto a alguien así, y su interés la exasperó. Y luego él empeoró la situación haciéndoles un guiño mientras se despedía.
En cuanto cerró la puerta, Ellie se volvió hacia él.
–¿A qué estás jugando?
–Yo nunca juego. Estoy aquí para llevarte conmigo. Tenemos una promesa que cumplir.
–¿De qué hablas…?
–¿Señor Moreno?
Ellie se volvió al escuchar la voz de sor Cecilia, la monja que dirigía el

orfanato.

–Ahora que ha visto a Ellie, me encantaría enseñarle el orfanato. Sé que no ha podido ver a los niños en acción porque es muy tarde, pero…

–He visto suficiente –la interrumpió él–. Y sé que es un sitio estupendo porque Eliana lo apoya –añadió, sacando una chequera del bolsillo y entregándole un cheque–. Espero que esto sea suficiente por el momento.

La monja mostró el cheque a dos compañeras que acababan de aparecer en el pasillo y las tres lanzaron una exclamación. Seguramente sería una cantidad enorme. Al menos, para un simple mortal. Para él, un hombre que movía millones todos los días, debía de ser calderilla.

–Pero señor Moreno, esto es…

–Para que hagan las reformas de las me ha hablado –la interrumpió él, entregándole una tarjeta–. Este es el número de mi móvil. Llámeme cuando quiera discutir el proyecto en detalle y también para contarme cualquier otro problema. Si no tienen abogados, pondré los míos a su disposición.

Las hermanas no sabían cómo darle las gracias por su increíble generosidad, y Rafael se despidió estrechándole las manos a todas, asegurándoles que habría más visitas. Luego se volvió hacia Ellie, haciéndole un gesto para que lo precediera.

Sintiendo como si estuviera en otra dimensión, ella empezó a caminar, con sor Cecilia a su lado, Rafael y las otras dos monjas detrás.

–¿Dónde has encontrado a este ángel, Ellie? –le preguntó sor Cecilia en voz baja, mirando a Rafael con expresión arrebolada.

De modo que ni las monjas eran inmunes a sus encantos. Mordiéndose la lengua para no decir que era más bien un ángel caído, Ellie empezó a hablar de los planes para el fin de semana mientras salían del orfanato.

Las hermanas los despidieron en la puerta, pero en cuanto doblaron la esquina del edificio, Ellie apresuró el paso para escapar de él. Rafael llegó a su lado en un segundo. Sin aliento, Ellie se detuvo.

–¿Qué?

Como respuesta, él la tomó entre sus brazos y se apoderó de sus labios.

Como en el primer beso, no hubo preliminares, solo una pasión devoradora. Y, como en el solitario corredor, sus sentidos despertaron a la vida. El roce de su barba encendía un fuego que ni siquiera su grosero comportamiento de la noche anterior había logrado apagar.

Pero entonces lo recordó mirándola como si no la conociera, alejándose sin decir una palabra del brazo de otra mujer…

Ellie intentó apartarse, pero Rafael no la soltaba.

–¿Qué quieres? ¿Te divierte hacer promesas vacías a la gente?

–Yo nunca hago promesas vacías.

–Claro, porque piensas volver al orfanato, ¿no? Vas a poner todos tus recursos a disposición de un orfanato del que nunca antes te habías preocupado.

–Eso es exactamente lo que voy a hacer.

Hablaba con tal convicción… la noche anterior lo hubiese creído sin la menor duda. Habría creído que era un superhéroe o el ángel que las monjas decían que era. Había sido todo eso para ella, la suma de todas sus

fantasías, pero luego se dio la vuelta, como si no hubiera ocurrido nada entre ellos.

Lo más horrible era que incluso sabiéndolo no quería creerlo. Parecía sincero… y más apuesto que la noche anterior. La sombra de barba era devastadora y la ropa informal le daba un aire aún más sensual, si eso era posible.

Sujetándola con el brazo en cabestrillo, Rafael le apartó el flequillo de la frente.

–Estabas guapísima anoche, pero con esa coleta estás para comerte y yo estoy hambriento.

Ellie intentó empujarlo, pero era como intentar mover una pared.

–¿Cómo haces ese truco? Es como si me leyeras los pensamientos. Debes haberte entrenado para que las tontas como yo caigamos en tus brazos.

–Primero, tú no eres tonta. Segundo, no estoy interesado en ninguna otra mujer. Tercero, esto no es un truco. Los dos sentimos lo mismo.

–Yo no puedo decir lo mismo. De hecho, habría preferido romperme una pierna.

–Ven conmigo, tenemos que hablar. Y tenernos el uno al otro.

Eliana negó con la cabeza.

–En realidad, debería darte las gracias por lo que hiciste anoche. O más bien por lo que no hiciste. No sé por qué te diste la vuelta, pero te lo agradezco.

–Me aparté por ti.

–Habría sido peor seguir adelante, pero puedes dejar de disimular.

–No estoy disimulando nada, Eliana.

Ellie dejó escapar un suspiro.

–Y yo no quiero seguir hablando del asunto. Darse la vuelta es lo que deberían hacer todos los hombres al ver que están con una ingenua. Es natural que te fueras con una mujer sofisticada.

–Eliana…

–Pero lo que no entiendo es por qué has vuelto. Si la pelirroja con la que has pasado la noche no te ha satisfecho, lo siento por ti. Mi locura temporal ha desaparecido.

–Pasé la noche solo, sufriendo la erección más persistente de mi vida. Y tú eras y sigues siendo la única mujer que me interesa. Después de todo, yo solo elijo lo mejor.

¿Por qué era tan convincente? Furiosa consigo misma por querer creerlo después de lo que había pasado, Ellie intentó sonreír.

–Una historia muy bonita, pero déjame en paz. Como me dijo tu socio, no estás a mi alcance.

–Eliana…

–¡Taxi!

Ellie corrió hacia la calzada y el taxi se detuvo de golpe, a punto de atropellarla. Antes de que Rafael pudiese detenerla subió al coche y cerró la puerta, animando al taxista a pisar el acelerador. Y el hombre no la decepcionó.

Ellie miró hacia atrás mientras se abrían paso entre el caos que era el tráfico de Río de Janeiro y vio a Rafael bajo una farola, las piernas

separadas, las manos a los costados, la viva imagen de la frustración.

Conteniendo el deseo de decirle al taxista que parase, se echó hacia atrás en el asiento para ponerse el cinturón, pero solo veía su rostro, sus labios, sus manos dejando una huella en su espalda.

Estaba convencido de que volvería a caer en sus brazos, y como no lo había hecho, dejaría de molestarla para siempre. Eso esperaba, porque no podría mantenerse firme si volvía a verlo.

De repente, se vio lanzada bruscamente hacia delante. El taxi se había detenido frente a su edificio en Ipanema y, después de pagar al conductor y darle las gracias, Ellie bajó del taxi con las piernas temblorosas. Seguía temblando cuando entró en su apartamento, en la planta veintiséis.

Desde allí podía ver la playa de Lagoa Rodrigo de Freitas durante el día y las luces de Río por la noche. Encontrar aquel sitio había mitigado su desgana de vivir en Brasil. Dos meses antes, su padre le había suplicado que trabajase para él mientras intentaba asociarse con Rafael Moreno Salazar y ella había aceptado con la condición de no vivir con él en la villa de Copacabana. Él se había disgustado porque pensaba que era su oportunidad de tenerla de vuelta en el nido y, sabiendo que la echaba de menos, Ellie había estado a punto de claudicar, pero sabía que, mientras estuviera en Río, él estaría contento.

Aunque, en realidad, quería que se sintiera solo para que viera la gema que tenía a su lado: la guapísima Isabella da Costa, que había sido su leal ayudante durante los últimos cuatro años.

Cada vez que lo animaba a cortejarla, su padre decía que él era hombre de una sola mujer, y ya la había perdido. Y cada vez que le recordaba que veinte años eran muchos años para estar solo, él insistía en decir que no estaba solo porque la tenía a ella. Por eso se había marchado de Río, esperando forzarlo a buscar compañía en otro sitio.

Casi había logrado que admitiese su atracción por Isabella, pero su padre insistía en decir que no sería justo para ella darle menos de lo que le había dado a su madre. Aunque Ellie estaba segura de que en cuanto abriese un poquito la puerta de su corazón, Isabella la abriría del todo. Su padre era el hombre más cariñoso de la tierra y, con el tiempo, se lo daría todo a la mujer que lo quisiera.

De modo que allí estaba, esperando que saliese con Isabella. Ella no perdía la esperanza y la mujer tampoco.

Pero hasta la noche anterior, sin saber lo que era la verdadera pasión, lo veía todo de manera fría y cerebral.

Y entonces conoció a Rafael.

Apoyándose en la puerta, miró alrededor. Le gustaba aquel sitio, pero se iría sin decírselo a su padre. Una vez de vuelta en San Francisco, se lo explicaría todo. Le diría que no tenía sentido quedarse en Brasil porque Rafael Moreno Salazar no iba a hacer negocios con él. Ella sabía que mezclar los negocios con el placer era un error, pero no había pensado que fuese un error tan grave.

Suspirando de tristeza, entró en el salón… y estuvo a punto de caer de espaldas.

Rafael estaba sentado en el sofá, la chaqueta a un lado, la camiseta

destacaba su ancho torso, las largas y poderosas piernas sobre la mesita de café. Parecía llevar horas allí, pero eso era imposible.

–¿Cómo…?

–He venido corriendo. He tomado un atajo.

–¿Has venido corriendo?

–Estoy en forma.

Ellie lo miró de arriba abajo.

–¿Cómo has entrado en mi apartamento?

–Mi pasado de delincuente a veces es una ventaja.

De modo que era cierto, tenía un pasado oscuro. Se preguntó entonces si habría matado a alguien y también por qué no tenía miedo. Su presencia no la asustaba o alarmaba. Si era totalmente sincera consigo misma, la emocionaba.

Exasperada consigo misma, se cruzó de brazos.

–¿Eso es todo lo que tienes que decir? ¿Has usado tu experiencia como delincuente para abrir la puerta de mi apartamento?

Él asintió con la cabeza, con total tranquilidad.

–Sí.

–Bueno, pues ya puedes irte corriendo por donde has venido. No tengo nada que decirte.

–Pero yo sí tengo algo que decirte. No te he contado por qué desaparecí anoche.

–Encontraste a una mujer que te gustó más que yo.

–Ninguna mujer me ha gustado ni me gustará nunca tanto como tú.

–Por favor…

Rafael se levantó del sofá y en tres zancadas llegó a su lado, aplastándola contra la pared.

–Es la verdad. Lo único que deseo, en lo que único que pienso, es en darte placer.

–Rafael…

Él aplastó su boca, tragándose sus gemidos, el roce de su lengua provocando un estallido de fuegos artificiales que perturbaba sus facultades mentales.

Fue él quien por fin levantó la cabeza, tomando una de sus manos para ponerla sobre su torso y guiarla hacia abajo. Ellie siguió el movimiento con la mirada, temblando cuando la puso sobre el enorme bulto bajo el pantalón.

–¿Lo sientes? Así de excitado estaba cuando bajamos al salón anoche.

Ellie no se había dado cuenta porque estaba ocupada buscando a su padre, pero recordaba que la erección había sido evidente mientras estaban en el estudio.

–Ni siquiera verme frente a tu padre pudo calmarme. No quería ser presentado a un hombre con el que voy a trabajar en ese estado, así que me di la vuelta. Fue una falta de tacto por mi parte, pero no sabía qué otra cosa podía hacer –murmuró–. Esperaba que te reunieras conmigo para aconsejarme cómo solucionar la situación, pero no volviste.

–Te fuiste con otra mujer –le recordó Ellie, mientras él levantaba una rodilla para empujarla contra su sexo.

–No, no es verdad. Volví al estudio solo, creyendo que te reunirías allí conmigo. Cuando no lo hiciste, pensé que te habías ido, enfadada. Y casi era mejor, porque si hubieras vuelto te habría tomado allí mismo. Desde entonces, he estado investigándote…

–Pensé que los detalles de mi vida no importaban.

–Tenía que encontrarte y he descubierto muchas cosas sobre ti estando en tu casa.

–Es un apartamento alquilado.

–¿Eres coleccionista de objetos?

–¿Por qué lo preguntas?

–O eres coleccionista o viajas con tus recuerdos.

Ellie asintió con la cabeza.

–Los guardo en la maleta si voy a estar en un sitio más de un mes. Y nadie puede acusarme de ser demasiado ordenada.

–Me encanta que seas desordenada. Yo he tenido que ser ordenado toda mi vida, pero cuando entré aquí fue como si una suave brisa apartase el frío que llevo conmigo. Aquí todo cuenta una historia sobre ti: quién eres, a quién quieres, qué te importa. Y es exquisito, como tú.

Ellie se derretía entre sus brazos.

–¿Dónde has aprendido a hablar así?

–No he aprendido, me sale cuando estoy contigo. Y necesito que tú seas tan espontánea como yo. No puedo soportar que levantes un muro entre nosotros, Eliana. Necesito ver tus ojos llenos de pasión.

–Pasión…

Era demasiado. Y lo deseaba con todas sus fuerzas.

Ellie suspiró de nuevo.

–Muy bien, de acuerdo.

Rafael la miró, desconcertado.

–¿Hacer qué?

–Acostarnos juntos.

Capítulo Seis

–Imagino que esta vez llevarás preservativo.

Rafael se apartó de Eliana con el mismo cuidado con que se apartaría de una bomba de relojería.

–No lo llevo.

–Hay una farmacia aquí al lado –sugirió ella.

Rafael sacudió la cabeza, aturdido.

–¿Se puede saber qué te pasa?

Ella enarcó una ceja, retadora.

–Para eso estás aquí, ¿no? Para darme los placeres que me prometiste, así que vamos al grano.

–Deja de decir eso.

–¿Cómo quieres que lo llame: sexo?

–No digas eso tampoco. Cuando te haga mía no será solo sexo.

–Ah, bueno, entonces, ¿te gusta más hacer el amor?.

–No me refiero a ello de ninguna manera.

–Solo lo haces, ¿no? Pues muy bien.

–Eliana, no sigas –dijo él–. Pero si debemos darle un nombre, sería algo como… lanzarse a una pasión enfebrecida.

Su mueca le dijo lo que pensaba de tal definición y entendía su sarcasmo, porque él mismo estaba asombrado por las cosas que decía.

–¿Por qué ese repentino cambio de opinión?

Ellie se encogió de hombros.

–No creo que desee nunca a un hombre como te deseo a ti, y tú quieres que nos acostemos… ah, perdón, quieres lanzarte a una pasión enfebrecida conmigo. Probablemente porque ninguna mujer te ha dicho que no, pero me dan igual tus motivos. Solo quiero descubrir que es eso lo que vuelve loca a la gente. Una vez que estemos saciados, te irás y no volveremos a vernos.

–¿No has creído mi explicación?

–Da igual lo que crea o no. Tú quieres que nos acostemos juntos y yo también. Pero vamos a dejar claro que será una noche y nada más.

Rafael apretó los labios. Estaba perdiendo el control de la situación.

–¿Eso es lo que quieres?

Eliana se encogió de hombros.

–Eso es lo que va a pasar.

–¿Es por mi dinero, por mi posición?

–Es por todo lo que eres. Siempre he sido capaz de enfrentarme a cualquiera, pero contigo no puedo. No estás a mi alcance, es verdad.

–Deja de decir eso –murmuró Rafael, exasperado.

–Es lo que dijo tu horrible amigo y es la verdad.

–Parece que Richard tiene que dar más explicaciones de las que yo pensaba.

–Sencillamente dejó claro lo que yo no quería ver, pero yo necesito equilibrio en una relación, por corta que sea, y el desequilibrio de poder entre nosotros es algo con lo que no puedo lidiar.

Rafael le tomó las manos delicadamente, como temiendo que saliese corriendo.

–Me vuelves loco. No tengo poder contigo, y como eres tú quien tiene el poder de resistirse, eres tú quien manda en esta relación.

Ellie apartó las manos, abrazándose a sí misma en un gesto defensivo.

–Entre nosotros no hay ninguna relación. Y, por si no te has dado cuenta, el poder de resistir ha durado menos de una hora y aquí estoy… ofreciéndome a mí misma como lo hice anoche. Pero ahora sé lo que puedo esperar. O lo tomas o lo dejas, así de sencillo.

Parecía absolutamente convencida, y eso lo asustó.

–Anoche me creías sin reservas. ¿Por qué ahora dudas de mí?

Eliana sacudió la cabeza. Parecía tan pequeña, tan vulnerable, nada que ver con la persona que saltaba y reía mientras entretenía a los niños. Sin embargo, era la fuerza más formidable que había encontrado en su vida, su poder sobre él crecía con cada segundo y sospechaba que ya era indestructible.

–Algo cambió cuando te diste la vuelta. Supongo que desperté del hechizo en el que estaba envuelta –murmuró–. Intenté agarrarme a la fantasía, pero tu socio y tú lo hicisteis imposible. No puedo recuperar la confianza que tenía en ti, lo siento. Ya no eres el hombre en el que confío plenamente, solo uno con el que debo tomar precauciones. Por eso necesito dejar claro desde el principio qué estamos haciendo, para no volver a sentirme como me sentí anoche.

Había calculado mal. Había ido allí contando con su confianza, seguro de que Eliana lo creería sin reservas, pero no era así.

No merecía su confianza en lo que se refería a su padre, pero todo lo que le había dicho por la noche era verdad. Y sabiendo que trabajaba como voluntaria en un orfanato, era libre para rendirse a sus sentimientos por ella.

Cómo iba a estar con Eliana mientras se vengaba de Ferreira era algo que no sabía y, por el momento, le daba igual. Solo necesitaba que ella recuperase su espontaneidad.

Haría lo que fuera para tenerla de nuevo.

Rafael tuvo que sentarse en el sillón para no aplastarla entre sus brazos.

–Entonces, dame una oportunidad para hacer realidad la fantasía y borrar todo lo que pasó anoche en el salón.

–El cambio ocurrió en ti, no en mí. Y me dolió.

¿Habría intuido el odio que sentía hacia su padre? ¿Era tan sensible a sus sentimientos?

–Sé que no te conocía lo suficiente como para decir nada, pero…

Rafael tomó sus manos de nuevo.

–Tenías todo el derecho a decir lo que quisieras. Los dos sabemos que lo que hay entre nosotros trasciende el tiempo y las circunstancias.

–Acepté eso cuando estaba bajo tu hechizo.

–Entonces, deja que vuelva a hechizarte.

Ellie apartó las manos.

–No, gracias. Sexo es todo lo que quiero de ti y lo que puedo ofrecerte. Si quieres seguir jugando, lo siento, pero yo no estoy dispuesta.

–No es un juego, Eliana, nunca lo ha sido. Esto es muy serio para mí –Rafael sucumbió al deseo de apoyar la cabeza en su pecho para escuchar la música de su corazón–. Pasé la noche con fiebre, soñando con sábanas de seda empapadas del sudor de tus aterciopeladas piernas, de tus gritos en la oscuridad.

–No hay necesidad de seguir fantaseando.

Rafael se apartó. No era eso lo que quería.

–Antes has dicho que querías descubrir lo que es. ¿Te referías al sexo en general?

–Me refería al sexo contigo. Y te advierto que no debes esperar demasiado.

–Te daré más placer del que puedas imaginar –Rafael volvió a tomar sus manos–. Pero hay algo que necesito saber. ¿Eres virgen?

–¿Vamos a acostarnos juntos o no?

–No.

–Entonces te lo contaré cuando decidas cumplir tus promesas. Hasta entonces es información privilegiada –sus fieros ojos brillaban de ira–. ¿Se puede saber qué te pasa? No te comprendo.

–Si eres virgen, me parece bien. Si no, también.

–Son las dos únicas posibilidades.

Él le pasó un dedo por la mejilla.

–Y las dos me parecen bien, pero me gustaría saber la respuesta porque ella dictaría mis actos.

Ellie lo miró, petulante.

–¿Entonces, por qué no me llevas a la cama y terminas con el suspense de una vez?

–Porque prometí ir despacio.

–Y yo te digo que no quiero ir despacio.

–Solo porque quieres castigarme.

–Vaya, no sabía que acostarte conmigo fuese un horrible castigo.

Rafael esbozó una sonrisa.

–No puedes perdonarme y quieres acostarte conmigo para olvidarte de mí –murmuró, sellando sus labios con los de ella–. Pero no vas a poder librarte de mí, *minha* Eliana.

El beso hacía que se derritiera, como si una parte de él que no sabía que le faltara hubiera vuelto a su ser. Pero antes de olvidar la promesa de ir despacio, la soltó.

–Te he perdonado –dijo Eliana.

–¿De verdad?

–Por lo de anoche, pero no puedo perdonarte por lo de hoy.

–¿Por ir al orfanato sin avisarte? ¿Por haber visto tu actuación sin tu permiso?

Ellie se apartó, con los ojos llenos de lágrimas.

–Por engañar a esos pobres niños, especialmente a Diego, que necesita desesperadamente una figura masculina en su vida. Apareces como un genio que puede hacer realidad todos sus deseos, tratándolo como si te importase y prometiendo cosas que no vas a cumplir. ¿No se te ha ocurrido pensar en el daño que podías hacerle?

Eso fue como una bofetada para Rafael.

–Voy a cumplir mi promesa.

Ellie se levantó de un salto.

–¿Vas a visitarlo una vez, dos? ¿Y luego qué? ¿No te das cuenta de las esperanzas que un niño como él puede poner en un hombre como tú?

Rafael se levantó también.

–¿Me estás pidiendo que no vuelva a verlo?

–Te estoy diciendo que es peligroso e insensible y que podrías hacerle mucho daño. Demostrar interés a un niño por el que nunca se ha interesado nadie… podrías romperle el corazón y no voy a permitir que lo hagas.

Tenía razón. Daba igual que aquel niño le recordase a él mismo a su edad, cuando también se había encontrado sin familia. Había sentido una conexión increíble con Diego, casi tan fuerte como la que había sentido con Eliana, y aunque tenía intención de cumplir su promesa, aún no tenía un plan claro al respecto, de modo que se limitó a asentir con la cabeza.

Creyendo que le daba la razón, Ellie suspiró.

–Sobre el cheque que le has dado a sor Cecilia, ¿te importaría decirme cuál era la cantidad? Solo para saber si han fallecido de un infarto.

–Un millón de dólares –respondió él.

–¿Qué?

–Creo que eso es lo que necesitan de inmediato para hacer reformas en las zonas del edificio que resultaron dañadas por la última tormenta tropical.

Ellie lo miraba, incrédula.

–Gracias.

Rafael volvió a tomarla por la cintura para buscar sus labios. No podía dejar de tocarla.

–Gracias a ti.

–¿Gracias a mí por qué?

–Por llevarme hasta Casa do Sol. Suelo hacer donativos a organizaciones infantiles, pero algunas usan a los niños para recibir un dinero que termina en los bolsillos de los corruptos. Siempre hay que lidiar con la ineficacia o la corrupción antes de que los niños se beneficien. Cuando descubrí que trabajabas en Casa do Sol desde que llegaste a Río, investigué un poco y descubrí que era un orfanato por encima de toda sospecha. Por eso les he dado un cheque.

–Ha sido un detalle por tu parte. Gracias.

–Solo es el principio. Si tienes alguna idea para mejorar el orfanato o algún deseo específico de los niños, haz una lista y yo lo haré realidad.

–Gracias –de repente, Ellie solo quería esconder la cara en su torso–. No sabía que tuvieses interés en ayudar a los niños. Siento haberte acusado de…

Rafael le levantó la cara con un dedo.
–No importa.
–No debería haber interpretado tus actos de la peor manera solo porque estaba enfadada contigo. Lo siento mucho.
El mundo se oscureció para Rafael cuando los ojos se le llenaron de lágrimas. Estaba realmente disgustada consigo misma por haberlo juzgado mal…
–Te preocupaba que pudiera pisotearte sin miramientos y lo entiendo. Tú no podías saber lo que hago porque esas actividades son secretas. Nunca se han publicitado.
Ellie enterró la cara en su pecho.
–Pero no debía haber sacado conclusiones precipitadas.
Rafael le levantó la cara de nuevo.
–Eres dolorosamente justa. Me encanta eso de ti… mientras no te hagas daño a ti misma.
–¿No te importa si te lo hago a ti?
–Puedes hacerme lo que quieras. Además, todo esto es culpa mía.
–Diego te ha entendido de inmediato. Dijo que parecías Batman en su identidad secreta, y Batman también es un filántropo como tú.
–Con la diferencia de que Bruce Wayne publicita su filantropía y yo ni siquiera soporto esa palabra.
–¿No crees que lo que haces sea filantrópico?
–Tengo medios para conseguir cosas, nada más. No requiere ningún esfuerzo por mi parte.
–Y escondes tu altruismo mientras filtras información sobre un pasado oscuro. Quieres que todo el mundo piense que eres implacable, pero no sepan nada sobre ese corazoncito que escondes, ¿eh?
–¿Lo ves? Tú me conoces mejor que nadie. De nuevo, tu instinto es infalible. Saber leer a la gente, ese es tu superpoder.
–Tal vez por eso haya poca gente en mi vida.
–Solo hacen falta unos cuantos, los que son de verdad –Rafael la apretó un poco más–. Aunque me gustaría que solo me necesitases a mí.
El rubor que le cubrió el rostro era adorable.
–¿No vas a preguntar qué me ha pasado en la mano?
–No.
–¿Te da igual cómo me la haya roto?
–¿Vamos a hacer el amor?
–No.
–Entonces me da igual.
Rafael rio. Nunca reía de esa forma, tan ligero, tan feliz, tan despreocupado.
Sin dejar de reír la tomó en brazos. La llevó al dormitorio y la dejó sobre el edredón de color vino y se colocó sobre ella, apoyándose en la mano sana.
–Me vuelves loco.
Eliana se arqueó hacia él.
–Te lo mereces.
–Pero tú no.

Riendo, Ellie tiró de él hasta colocarlo entre sus piernas.
–Yo tenía razón, eres una bruja.
–Y yo estaba equivocada; tú no eres un hechicero, eres un demonio.
Riendo, Rafael se apartó. Era inaudito en él esperar para tener algo que quería, pero hacerlo con ella era lo más placentero que había experimentado nunca.
Si alguien le hubiera dicho la noche anterior que estaría tumbado en su cama, charlando, cuando nunca había deseado a una mujer de esa forma en toda su vida, habría pensado que estaba loco. Pero en aquel momento no podía imaginar nada mejor.
Suspirando, Rafael tomó un marco de la mesilla. Era la foto de una mujer y una niña, las dos sonrientes, abriendo los brazos como para abrazar al fotógrafo. El objeto de su afecto tenía que ser su padre.
Otra prueba del cariño que sentía por aquel hombre. Aquel monstruo.
Intentando apartar a Ferreira de sus pensamientos, se concentró en esa pieza de su pasado, otro detalle que lo acercaba a ella.
–Te pareces mucho a tu madre.
Eliana asintió con la cabeza, enredando los dedos en su pelo.
–También me parezco a mi padre.
Odiaba admitirlo, pero era verdad. Exteriormente Ferreira era perfecto, pero Rafael estaba seguro de que Eliana no había heredado su maldad.
–Te parezcas a quien te parezcas, te has convertido en tu propia persona, una amalgama de perfección.
Ella soltó una carcajada.
–Te gustan las comparaciones hiperbólicas, ¿eh?
–Es un vocabulario que nunca había necesitado usar, pero tú te beneficias de ello.
–Me guste o no, ¿eh?
–Pero te gusta.
–Sí.
Rafael la besó en la frente.
–¿Te acuerdas de ella?
–¿De mi madre? Sí, claro. Todo el mundo piensa que no puedo recordarla porque murió cuando yo tenía tres años, pero sí que me acuerdo. Muy bien.
Rafael la besó en la cara una y otra vez, para borrar el dolor de los recuerdos.
–¿Es por eso por lo que te dedicas a los huérfanos? ¿Porque te sentías huérfana de pequeña?
–Si me sintiera huérfana cuando he tenido el mejor padre del mundo sería una desagradecida –Eliana suspiró–. Pero no puedo imaginar la pena de los que nunca han conocido a sus padres.
«El mejor padre del mundo». El hombre que lo había enviado al infierno…
Pero ella no tenía nada que ver con los crímenes de Ferreira, y jamás le haría daño. Aunque tuvo que hacer un esfuerzo para tragarse la bilis.
–La próxima vez que vea a sor Cecilia le diré que tú eres el ángel.
–¿La has oído?

–Tengo muy buen oído.
–Todo en ti es muy, pero que muy bueno.
Rafael le sujetó la lengua con los dientes, dando un suave tirón.
–Me encanta que pienses eso de mí… como puedes notar.
Empujó su mano contra su erección y tuvo que contener un gemido; el deseo de olvidar la promesa y tomarla de inmediato era urgente, pero tenía que esperar. Debía conseguir que Eliana dependiese de él tanto como él dependía de ella.
Eliana le apretó la erección con una rodilla, haciendo que apretase los dientes.
–Sor Cecilia tenía razón al decir que eres un ángel, aunque estuve a punto de decirle que eras más bien el ángel caído –murmuró.
–Es verdad, he hecho cosas malas. Sigo haciéndolas cuando es necesario.
Eliana se puso seria entonces.
–Pero no a una persona inocente.
Era una afirmación, no una pregunta, y Rafael se sintió orgulloso porque confiaba en él de nuevo.
–No, pero la ley sigue diciendo que lo que hago es ilegal.
–A veces hay que saltarse la ley –dijo ella–. Mientras no se haga daño a personas inocentes…
–Nunca.
–Tú atacas a los corruptos para salvar niños, así que lo que haces es heroico –Eliana suspiró–. A veces me gustaría poder hacer lo mismo, pero es muy difícil. Me alegra que tú uses tu poder de esa manera.
¿Si Eliana descubría que había sido él quien había enviado a su padre a la cárcel y el porqué, encontraría heroicas sus acciones? ¿Al menos excusables o comprensibles?
–No te imaginas lo impotente que me siento muchas veces. Intento ayudar a la mayor cantidad posible de niños, que alguien los escuche al menos o que tome parte en sus actividades, pero por mucho que haga siempre me parece insuficiente. Gracias a Dios por gente como sor Cecilia, pero tú puedes hacer aún más.
A Rafael se le hizo un nudo en la garganta.
–Lo que tú haces cambia por completo la percepción del mundo para esos niños, yo solo pongo dinero. Nunca he hecho nada por ellos personalmente… de hecho, ni siquiera había hablado con un niño hasta hoy.
–Pero sin tu dinero no habría orfanatos para niños abandonados.
–Nos complementamos. Ya lo sabíamos, ¿no?
–Tú pareces saberlo todo sobre mí y yo sigo sin saber nada de ti.
Rafael se apoyó en un codo para mirarla a los ojos.
–¿Qué quieres saber?
–Háblame de tu familia.
Rafael tenía una historia prefabricada sobre su infancia, pero no quería mentir más de lo necesario. Le contaría una versión edulcorada de la verdad.
–Mis padres se divorciaron cuando yo tenía diez años. Mi madre volvió a casarse y tuvo tres hijos más, dos chicas y un chico. Mi padre también

volvió a casarse, aunque mucho más tarde, y tiene dos hijos, un chico y una chica. Desaparecí de sus vidas muy pronto y no hemos vuelto a tener relación.

–¿Por qué?

–Con la clase de vida que llevo es mejor que no me acerque demasiado.

–¿Cómo puedes decir eso? No lo entiendo.

Rafael le hizo cosquillas, intentando animar la conversación, que se había vuelto opresiva.

–Es complicado y no quiero hablar de eso ahora.

Eliana suspiró.

–No me gusta que te hayas exiliado de tu familia, que hayas decidido estar solo.

–No estoy solo. Soy parte de una… hermandad, por decirlo así.

–Y uno de los miembros es ese horrible socio tuyo, ¿no?

–Richard es nuevo en la hermandad. Es mi mentor.

–Pero se cree tu padre o tu hermano mayor.

Rafael esbozó una sonrisa.

–Lo analizas todo con gran precisión.

–No hacía falta mucho análisis. Él es claro como el agua.

–Te aseguro que no quedará sin castigo, pero hablando de familia… yo insulté a tu padre casi tanto como Richard a ti.

–No hay comparación. Mi padre estaba tan nervioso por mi tardanza que apenas se fijó en ti.

–Pero me gustaría disculparme de todas formas. ¿Te importaría organizar un encuentro? Podríamos comer juntos, por ejemplo.

Ellie lo miró, sorprendida.

–¿Quieres conocerlo como mi padre o como un potencial socio?

–Las dos cosas.

Ella hizo una mueca.

–No quiero arriesgarme a que vuelva a pasar lo que pasó anoche.

–No será así, te lo prometo.

Eliana asintió con la cabeza antes de apoyarla en su pecho.

Mientras la recibía entre sus brazos, la confianza que Eliana le estaba dando otra vez le pesaba como una losa en el corazón a Rafael. Ya no era un privilegio, sino una responsabilidad.

Una que, tarde o temprano, tendría que traicionar.

Capítulo Siete

La reunión con Ferreira tuvo lugar al día siguiente, durante la hora del almuerzo, para que fuese breve, como Eliana le había pedido.

Rafael eligió Casa de Feijoada, un restaurante abarrotado en la zona más exclusiva de Ipanema, a un kilómetro del apartamento de Eliana y de la oficina de Ferreira.

Rafael llegó un poco antes para pedir una mesa frente a la playa y evitar retrasos. Ellos llegaron a la una en punto y Eliana lo saludó con el mismo beso ardiente con el que se había despedido cuando se marchó de su apartamento a las dos de la mañana.

Aunque sabía que se lo había contado todo a su padre, Rafael vio un brillo de ansiedad en los ojos de Ferreira ante tal gesto de intimidad. Pero, como el caballero que todo el mundo creía que era, no hizo comentario alguno. Ni sobre eso ni sobre el ofensivo comportamiento de Rafael durante la fiesta.

Comieron con aparente cordialidad. Aparte de que Rafael se encargó de sentarse lo más lejos posible de Ferreira, el hombre al que una vez había querido como a un tío y que lo había traicionado de la manera más infame, fingiendo que era la primera vez que hablaba con él, no ocurrió nada notable.

Irónicamente, al hombre que había intentado verlo durante los últimos dos meses no parecía importarle que su futuro profesional estuviera en manos de Rafael, solo que eso pudiera afectar a su hija.

Ferreira pasó todo el almuerzo observándolos, hablando poco. Ni una sola vez sacó el tema de la posible sociedad y la única pregunta que le hizo, cuando Eliana fue al lavabo, fue para conocer sus intenciones, advirtiéndole que no jugase con ella. Rafael le hizo saber que en lo que se refería a Eliana no tenía nada de lo que preocuparse, porque también para él era lo primero.

Y eso pareció molestar a Ferreira en lugar de animarlo, porque le parecía una exageración, ya que apenas se conocían. Por suerte, cuando le dijo que la fuerte conexión que había entre ellos hacía que eso fuera irrelevante, Ferreira por fin se relajó un poco. Aunque, por lo que había oído de él, no lo creía capaz de encariñarse de tal modo con nadie, le confesó que lo entendía por experiencia propia. Había sido igual para él y la madre de Eliana. Se habían casado una semana después de conocerse y habían vivido felices desde entonces, hasta que un cáncer de páncreas se la había robado.

Cuando Eliana volvió del lavabo, la conversación versó sobre sus hermanastros y la madre de estos. Ferreira había tenido dos experiencias completamente diferentes, la primera un matrimonio concertado con la

hija del socio de su padre, que terminó siendo una guerra fría, y luego el matrimonio con la madre de Eliana, el amor de su vida.

El almuerzo duró media hora más de lo que Rafael había esperado, y mientras le estrechaba la mano a Ferreira, el hombre lo miró a los ojos. «No le hagas daño a mi hija» estaba diciéndole, y Rafael respondió con otra mirada: «nunca, nunca le haría daño».

Esperaba que no hubiese entendido el «pero te haré daño a ti».

En cuanto su padre desapareció, Eliana le tiró de la corbata para darle un beso en los labios.

–No debería besarte después de tomar esa feijoada. Me he enjuagado la boca, pero borrar el sabor a ajo no es tan fácil.

Aquel restaurante, adorado por los cariocas, decía servir la mejor feijoada de toda la ciudad, un plato cargado de especias.

Rafael tiró de ella de nuevo, buscando sus labios.

–Lo único que detecto es tu dulzura, el sabor agrio del maracuyá y la fruta de la pasión que hemos tomado de postre. Aunque esa fruta no puede compararse contigo.

–Siempre me quemo cuando te beso, pero ahora ocurre literalmente. Esos pimientos que te has comido me queman los labios –Ellie soltó una carcajada–. Gracias.

–¿Por qué?

–Por ser tan amable con mi padre.

–Es un hombre agradable.

No tenía que mentir, era cierto. Aparte de la tristeza que había visito en sus ojos, que según Eliana estaba allí desde la muerte de su madre, y el nerviosismo por cómo el todopoderoso Rafael Moreno Salazar podría afectar a la vida de su hija, Ferreira seguía siendo el hombre amable al que recordaba. La maldad no había dejado huella en su rostro.

Eliana suspiró.

–Creo que no te gusta mucho, pero has sido amable con él, así que gracias.

Antes de que pudiese decir algo para aliviar sus sospechas, Eliana añadió:

–Pero era de esperar en un primer encuentro. Mi padre ha estado todo el almuerzo observándote y a ti no te gusta que te juzguen.

Aliviado, Rafael exhaló un suspiro.

–Es natural que esté preocupado por lo rápido que ha ido esto entre nosotros, pero espero haber aliviado un poco su ansiedad.

–Lo sé –Eliana sonrió–. ¿Por qué crees que fui al lavabo?

–Y yo pensando que no eras manipuladora…

–Mi padre me pidió que lo hiciera para hablar contigo a solas. Y me suplicó que no fuese tan sincera como suelo ser. He conseguido no decir cosas como: «no te preocupes, Rafael no me ha seducido, papá, me pasé la noche besándolo y suplicándole que se acostase conmigo y fue él quien dio un paso atrás».

Rafael soltó una carcajada.

–Menos mal que tienes autocontrol. Le habría dado un infarto.

Ella rio también.

–Pero estuvo a punto de sufrirlo cuando te saludé con un beso. El pobre siempre decía que yo era la única hija que no le daba problemas con novios porque no he tenido ninguno y, de repente, conozco a uno que es más peligroso que todos juntos.

–O sea, que soy una pesadilla pospuesta.

Y ella no sabía que era cierto.

–Exactamente –Eliana rio–. También quiero darte las gracias por no hablar de negocios.

–Quiero hablar contigo antes de hacerlo con él. Tengo informes, pero necesito saber cosas que solo puede saber alguien que trabaja allí.

–Mi padre tampoco ha mencionado el asunto y, ahora que nos ha visto juntos, no creo que lo haga.

–Sé que tiene problemas, Eliana.

Ella suspiró.

–En fin, imagino que era mucho esperar que no hubieras investigado la empresa, pero estamos buscando una solución y la encontraremos pronto.

–Sé que asociarse conmigo resucitaría su negocio, pero aunque no sea posible me gustaría ayudarlo –dijo Rafael. Pensaba salvar el negocio de Ferreira por ella, para preservar el legado. Daba igual lo que sintiera por su padre, no dejaría que Eliana heredase una empresa fracasada–. Deja que os ayude.

Ella le acarició la cara con mano temblorosa.

–Da igual que no puedas ayudarnos, te agradezco que quieras hacerlo.

–Puedo hacer cualquier cosa, ¿recuerdas?

–Ya lo sé –ella se levantó de repente.

–¿Adónde vas?

–A trabajar, al orfanato.

Rafael la ayudó a ponerse el abrigo, a juego con el vestido azul que había fantaseado quitarle mientras comían.

–¿Nos vemos en mi casa más tarde o prefieres que vaya a la tuya?

–Yo iré a tu apartamento. No quiero que vuelvas a conducir sola por esa carretera. ¿A las ocho?

–Mejor a las nueve –su sonrisa iluminó el mundo entero y el beso que le dio hizo que todos los clientes se volviesen para mirarlos.

Salieron a la calle, llena de turistas. Río era una ciudad llena de hermosos paisajes y todo el mundo tenía la impresión de que los cariocas estaban perpetuamente de vacaciones.

Rafael respiró el olor a mar de la ciudad en la que había pasado su infancia. Río era el sitio donde lo habían secuestrado y donde había vuelto para vengarse del hombre que lo vendió a la organización. Había esperado casi medio siglo para hacerlo. Tres cuartos de su vida.

Y entonces, en tres días, Eliana había puesto su mundo patas arriba, trastocando sus prioridades.

Pero sus planes solo estaban siendo pospuestos, no habían sido cancelados. Castigaría a su padre por lo que había hecho, pero no sin antes asegurarse de que Eliana fuera suya.

A las nueve en punto sonó el timbre y Ellie corrió a la puerta esperando ver a Rafael. Y allí estaba, pero no iba solo.

–Te vuelvo a presentar al patán de mi socio, Richard Graves.

–No deberías llevarlo sin correa –le espetó ella.

Rafael soltó una carcajada.

–Prometo que lo tengo controlado. ¿Podemos entrar, querida?

–No.

–¿Ni siquiera ahora que ha recibido su merecido? –Rafael empujó a Richard hacia el interior del apartamento y Graves puso los ojos en blanco mientras giraba la cara para que viese que tenía un ojo a la funerala.

–¿Le has pegado? –exclamó Eliana.

–¿Qué otra cosa podía hacer al descubrir lo que había hecho?

–¿Se lo has contado?

–Por supuesto.

De repente, Ellie se dio cuenta de algo.

–¿Él te ha roto la mano?

–En realidad, me la rompí yo al darle un puñetazo. ¿Crees que algo menos que el cemento podría romperme un hueso?

–¿De verdad está rota?

–No, solo es una fisura en el hueso metacarpiano.

Ellie les hizo un gesto para que pasaran.

–Y yo riéndome del cabestrillo. Pensé que era un esguince o algo sin importancia.

–Después de años enseñándole a pelear sin romperse ningún hueso –se burló Graves–. Y ni siquiera le he dado un besito en la herida a este mal alumno.

Ellie lo fulminó con la mirada.

–Yo se lo daré, no te preocupes. Todos los que haga falta.

Rafael se volvió para mirarlo con una sonrisa de triunfo.

–Para tu información, no usé tus técnicas porque quería hacerte daño. A ti y a mí mismo. Fui yo quien te hizo creer que podías ser grosero con Eliana cuando me alejé de ella.

–¿Siempre es tan grosero con las mujeres o lo es con todo el mundo? –preguntó Ellie–. No me sorprendería, no parece humano.

Graves se volvió hacia Rafael.

–Es muy sincera. Puede que tengas que quedártela.

–Voy a quedármela, no te preocupes –dijo Rafael, comiéndosela con los ojos.

–Nadie va a quedarse conmigo hasta que yo lo decida. ¿Por qué no os vais a molestar a otro sitio con vuestra testosterona?

–De verdad creo que vas a tener que quedártela –insistió Richard.

Rafael exhaló un suspiro.

–Ojalá ella quiera quedarse conmigo.

–Te he entrenado mejor que eso, Números.

–Parece que tus esfuerzos no han servido de nada, Cobra.

Ellie miró de uno a otro.

–¿Números? ¿Cobra? ¿Tenéis nombres en clave en esa hermandad vuestra?

Graves miró a Rafael, como sorprendido de que se lo hubiera contado.
–Números… no sé por qué te llaman así, pero entiendo lo de Cobra –siguió Ellie–. Aunque yo le habría puesto Veneno directamente.
Eso hizo reír a Graves.
–Definitivamente para quedarse con ella. Qué fiera.
–Pídele disculpas a Eliana por ser tan grosero o te parto la cara aunque me rompa la otra mano.
Richard hizo una mueca.
–Habla mucho, pero sabe que sigue de una pieza porque le tengo cariño. Dicho eso, te pido disculpas por mi grosería.
–¿Está perdonado? –le preguntó Rafael.
–No del todo. Está a prueba –respondió ella–. Nada de romper huesos hoy, ¿de acuerdo?
–No puedo hacerte ninguna promesa.
–Al menos, no os peleéis por mí.
Richard hizo una irónica reverencia.
–Haré lo que tenga que hacer para mantener a tu chico en óptimas condiciones.
De modo que tenía sentido del humor después de todo. Tal vez terminaría cayéndole bien, pensó.
–Si sois buenos, os invitaré a cenar. Incluso podéis ayudarme a preparar la cena.
–Yo seré muy bueno –dijo Rafael.
–Y yo estoy a punto de vomitar –protestó Richard.
Rieron mientras iban a la cocina y la noche resultó ser un éxito. Eliana era la perfecta anfitriona, encargándose de cada detalle y lidiando con ellos con confianza y simpatía. Richard, milagrosamente, mantuvo sus irónicos comentarios al mínimo e incluso hizo de pinche mientras Eliana preparaba el pescado, que resultó ser estupendo.
El tiempo voló y después de cenar tomaron mate y comieron cocadas. Y luego, apoyándose en el pecho de Rafael, Ellie empezó a bostezar.
Besándole en la frente, Rafael le hizo un gesto a Richard, que se levantó de un salto.
–No, quédate –dijo Eliana cuando Rafael se levantó también.
–Tienes que dormir.
–Necesito dormir contigo.
–Mañana vendré solo.
Ellie miró a Richard.
–Puedes irte solito a casa, ¿no?
–Es Rafael quien no puede. Tengo que arroparlo y contarle un cuento.
–Debería haber imaginado que no serías de ayuda –bromeó ella, volviéndose hacia Rafael–. Al menos, llévame a la cama.
–Si te llevo a la cama no podré marcharme –murmuró él, besándole la nariz–. Cierra la puerta con llave cuando nos vayamos.
–¿Qué vas a hacer con ella? –le preguntó Richard mientras se subían al ascensor.
Rafael exhaló un suspiro.
–No es asunto tuyo, Cobra. Tu trabajo ha terminado.

–Un consejo… una advertencia en realidad: esa mujer va a hacer que pierdas la cabeza.

–¿No crees que lo ha conseguido ya?

–Ahora que he visto de cerca lo que hay entre vosotros sé que había sido demasiado optimista. Lo que sientes ahora no es nada comparado con lo que sentirás dentro de una semana. Y en un mes estarás perdido del todo.

Rafael enarcó una ceja.

–¿Ahora te cae bien?

–A mí no me gusta nadie, pero ella… esa mujer es letal.

–¿Sigues pensando que es cómplice de su padre? ¿Que trabaja en el orfanato con motivos ocultos?

–No, no lo creo, pero eso es lo que la hace letal. Es auténtica y tú no tienes defensas contra ella.

–¿Quién dice que las necesite?

Richard guardó silencio cuando dos personas entraron en el ascensor, pero una vez en la calle le preguntó:

–¿Has decidido no vengarte de Ferreira?

–No.

–¿Entonces sabes cómo vengarte y tener a Eliana al mismo tiempo?

–Aún no lo sé, pero encontraré la manera.

Richard lo miró, irónico, antes de darse la vuelta.

Rafael observó la espalda de su amigo durante unos segundos, pensativo.

Destruiría a Ferreira, tenía que hacerlo. Pero si Eliana sospechaba que había sido él la perdería para siempre, y eso era algo que no podía contemplar.

* * *

Corrieron desde las puertas de la mansión hasta la suite de Rafael, quitándose la ropa, besándose, abrazándose.

Tardaron un rato en llegar, pero al menos se había asegurado de que la mansión estuviera vacía, dando el día libre al personal. Todos los empleados los habían pillado besándose alguna vez en las últimas tres semanas.

Una vez en la suite, la tiró sobre la enorme cama y Eliana se deslizó sobre las sábanas de satén mientras Rafael se lanzaba sobre ella, haciéndola suspirar de gozo cuando, de nuevo, se apoderó de sus labios, besándola ardientemente mientras se colocaba entre sus piernas.

Eliana se incorporó para quitarse las bragas de un tirón y abrir las piernas para él sin la menor timidez. Rafael le quitó el jersey y levantó sus brazos sobre el cabecero para enterrar la cara entre sus pechos.

Él murmuró algo, el sonido de su voz clavándose en su corazón mientras le quitaba el sujetador, liberando unos pechos de pezones hinchados y ansiosos de sus besos.

Aprisionando las manos sobre su cabeza, Rafael la miró a los ojos. Cuando empezó a acariciarle los pechos, ella se arqueó hacia delante, ofreciéndose, y Rafael le pellizcó los pezones, despertando un río de lava

entre sus piernas.

En un segundo se libró de la camisa, descubriendo un torso que avergonzaría a los dioses griegos, y contra el que Ellie se frotó sin vacilación.

–Querida… –Rafael se lanzó sobre ella para devorarla, dándole placer con cada roce de su lengua hasta que temblaba de arriba abajo.

Se sentía impotente ante la avalancha de deseo que sus manos le provocaban. Rafael se tomaba las libertades que quería, los fuertes y sensibles dedos perdiéndose en sus zonas más íntimas. Mientras la besaba, abrió su feminidad para colarse entre los pliegues, empapándose de su deseo.

Solo tuvo que rozarla con esos dedos de virtuoso para hacer que cayese por el precipicio gritando de placer. Pero no estaba dispuesto a parar. Mientras Ellie intentaba volver a la tierra, siguió haciendo círculos sobre el capullo escondido entre los rizos y el deseo la quemó de nuevo.

–Tómame –le pidió, frustrada.

Rafael apretó su entrada con el canto de la mano, haciendo que se arquease hacia arriba.

–Ahora –insistió–. No puedo más.

–Solo estás excitada.

–Vaya, ¿no me digas?

–Quiero decir que estás demasiado excitada como para pensar con claridad. Hace tres semanas no querías volver a verme.

–Hace tres semanas te pedí que me hicieras el amor y llevo pidiéndote lo mismo desde entonces.

–Entonces estabas intentando librarte de mí.

–Tal vez estaba deseando hacer el amor, como ahora. ¿No se te había ocurrido?

–Quiero este cortejo, querida, la anticipación, explorar las rutas del placer hasta que unamos nuestros cuerpos. Quiero estar completamente seguro de que me deseas dentro de ti.

Enredó los dedos en su pelo, rogándole con los ojos.

–Estoy segura. He estado segura desde el momento que te vi.

–Pero cuando podías pensar con claridad y sabías lo que era mejor para ti querías que fuese despacio.

–No tan despacio.

–Lo dices como si llevara meses atormentándote.

–A mí me parecen años.

Rafael esbozó una sonrisa de pura satisfacción masculina.

–Me encanta verte encendida.

Ellie estuvo a punto de decir «te quiero», pero se contuvo.

No se hacía ilusiones sobre la naturaleza de su relación y no quería que sus apasionados sentimientos lo alarmasen. Un hombre como él solo sería suyo de manera temporal y cuanto más tiempo pasaba menos tiempo tenían para la intimidad.

Además, Rafael tenía que irse a Japón con uno de sus hermanos. Aunque había prometido que solo serían unos días, eso acortaba aún más el tiempo que estuvieran juntos.

Ellie dejó de pensar cuando abrió sus piernas para colocarse entre ellas.
–Deja que te encienda la sangre, querida –murmuró, sobre su sexo.
Había estado haciéndole el amor de todas las maneras posibles salvo como ella quería, pero cuando intentó cerrar las piernas, Rafael no se lo permitió.
–¿Y tu sangre?
–Puedes apagar el incendio, si quieres.
–Ojalá pudiese hacerlo, pero no me dejas.
Le encantaba que la dejase tocarlo, pero el miembro, de enormes proporciones, casi la asustaba. Incluso se preguntaba si de verdad podría caber dentro de ella. Sin embargo, estaba deseando comprobarlo, sentirlo dentro de ella, hasta el fondo.
Aunque la intimidad entre ellos era una liberación, hacía que Ellie quisiera cada día más.
–Entonces cumpliré tu deseo… después de cumplir el mío.
Cuando inclinó la cabeza para acariciarla con la lengua, el mundo se desvaneció…

–¿Podrías contener un poco la angustia? Estás haciendo agujeros en el casco del avión.
El tono sarcástico de su amigo hizo que Rafael levantase la cabeza. Raiden, sentado en el jet privado que los llevaba de vuelta a Río, estaba poniéndose el cinturón de seguridad.
–Lo haría si tu maldito piloto hubiera elegido una ruta con cobertura para el móvil.
Raiden, o Relámpago, le había pedido que lo acompañase a Tokio unos días antes porque tenía una pista sobre su familia y necesitaba que examinase unos informes secretos. Gracias a su capacidad de análisis, por fin habían encontrado lo que buscaban, pero Rafael empezaba a entender el significado de la palabra agonía. Richard había predicho que el tiempo empeoraría la situación, y estaba en lo cierto. Solo había pasado un mes desde que conoció a Eliana y había perdido la cabeza por completo.
Desde que salió de Río la llamaba una docena de veces al día y hablaban por Skype por la noche, pero llevaban doce horas sin cobertura y no poder hablar con ella lo tenía al borde de la histeria.
Raiden había sido respetuoso al principio, pero empezaba a burlarse de su situación.
–El piloto dice que ya debería haber cobertura –le informó tocándose el pelo que se había cortado por primera vez en la vida para entrar en la conservadora sociedad japonesa–. Pero no puedes encender el móvil ahora porque vamos a aterrizar.
Rafael lo fulminó con la mirada.
–¿Por qué estás hablando si no tienes nada interesante que decir?
–Vaya, Números, tú eres el último al que esperaba ver en ese estado por una mujer.
–Y en este estado soy capaz de hacer las cosas que el Números que tú conoces no haría nunca, así que cállate, Relámpago.

Sin importarle las órdenes, Rafael sacó el móvil para llamar a Eliana, pero le saltó el buzón de voz.

–Rafael… he tenido un accidente… me llevan al hospital Copa d´Or. Dios mío, ¿dónde estás?

Después sonó un ruido, como si se le hubiera caído el teléfono.

Y luego nada más.

Capítulo Ocho

Rafael perdió la cabeza.

Y siguió perdiéndola a medida que pasaban las horas y no encontraba a Eliana.

Su teléfono estaba fuera de servicio y no la encontró en el hospital, lleno de heridos después del accidente.

Un camión había chocado contra un puente, que se había derrumbado sobre una docena de coches, le contaron. Había cuatro fallecidos y docenas de heridos…

Rafael puso el hospital patas arriba, buscándola, preguntándole a todo el mundo por ella. Pero nadie podía decirle dónde o cómo estaba.

Según Richard, eso significaba que estaba bien, que podía caminar, pero no poder verla, no poder protegerla, tenía a Rafael fuera de sus casillas.

Sus hombres y los de Richard estaban buscándola por toda la ciudad. No estaba en su apartamento, ni en la villa de su padre en Copacabana, ni en la oficina. Y su teléfono estaba fuera de servicio.

Trastornado, decidió ir a su mansión. Estaba lejos del hospital, a más de dos horas, y no había ninguna razón para que Eliana fuese allí estando él fuera de la ciudad y teniendo su apartamento tan cerca, pero no se le ocurría otro sitio.

Sintiendo que el mundo se derrumbaba a su alrededor, llegó a la mansión cuando empezaba a atardecer. Los guardias le dijeron que no había ido nadie y la casa estaba vacía porque le había dado la semana libre al personal.

Aun así, la buscó por todas las habitaciones como loco y cuando llegó a su dormitorio estuvo a punto de caer al suelo.

Eliana estaba en su cama.

Tumbada de lado, de espaldas a la puerta, el pelo una masa de rizos sobre la almohada, la falda verde pastel rasgada y manchada de ceniza y sangre.

Y no se movía.

Rafael corrió hacia ella, con el corazón encogido, y cayó de rodillas al lado de la cama.

No podía tocarla. No quería descubrir que…

No, no podía ser. Había llegado hasta allí y debía de estar agotada después de la experiencia.

Pero estaba tan quieta. Y no respiraba.

Con el corazón en la garganta, Rafael susurró mirando al cielo:

–*Eu imploro,* por favor, *meu amor…* Eliana, te suplico que despiertes. Despierta, *meu amor*.

Si no despertaba, él no quería seguir viviendo. Con esa certeza, y

sabiendo que no sufriría demasiado tiempo sin ella si no estaba, por fin tuvo valor para tocarla. Le puso una mano temblorosa en el cuello y descubrió que estaba caliente…

Eliana abrió los ojos entonces.

–Rafael…

Su trémula voz fue como una descarga de mil voltios en su corazón, reanimándolo después de haberse encogido. Rafael se lanzó sobre ella con manos temblorosas, tocándola por todas partes, buscando heridas, comprobando que estaba intacta, que estaba allí… con él.

–Eliana…

Le dolía en el alma no haber estado a su lado, y la besó por todas partes, murmurando plegarias y palabras de pesar.

Lo único que podía hacer era estar piel con piel, sin barreras por primera vez, exponiéndose totalmente para absorber su dolor.

Ella levantó los brazos, apretándose contra él mientras intentaba hablar entre sollozos.

–Mi conductor… quedó aplastado … intenté ayudarlo a salir del coche, pero no podía… de repente estaba en el suelo y me llevaban. Y yo solo te buscaba a ti… tenía que llegar a ti, pero alguien me quitó el teléfono de la mano.

Rafael la abrazó con fuerza, besando sus lágrimas, dando las gracias una y otra vez en silencio.

–Estoy aquí y nunca volveré a dejarte, Eliana.

–Cuando por fin salí del hospital, tomé un taxi. Había perdido el bolso y no tenía dinero para pagar la carrera… tuve que darle el móvil al taxista, pero me dejó a medio camino.

Rafael apretó los dientes.

–Encontraré a ese hombre y le haré pagar por lo que ha hecho.

Eliana dejó de llorar.

–No, no… no importa.

–Se llevó tu teléfono, tu única forma de comunicación, y te dejó en medio de la carretera, herida y sola. Pagará por ello, te lo aseguro.

Rafael se enfureció consigo mismo al ver que Eliana se apartaba como asustada. Era tan frágil…

¿Y si tenía heridas internas?

–*Deus, meu amor…* tengo que llevarte al hospital.

–No me pasa nada.

–No lo sabes. Podrías sufrir una hemorragia interna… tienes que ir al hospital.

–Mi lado del taxi quedó intacto.

–Pero esas magulladuras…

–Cuando intenté sacar al taxista, me golpeé con algo.

–Pero has dicho que te encontraste tirada en el suelo, que perdiste el conocimiento.

–Fue una reacción al ver las heridas del taxista y luego, cuando murió ante mis ojos.

Rafael cerró los ojos, deseando con todas sus fuerzas haberle evitado ese mal trago.

–De todas formas, tienes que volver al hospital.

–El médico que me atendió dijo que estaba bien, por eso vine aquí. Estaba tan angustiada pensando que podría haber muerto… encontré un agujero en el muro y entré por allí porque la verja de entrada estaba demasiado lejos y tenía que llegar a tu cama…

Suspirando de emoción, Rafael la apretó contra su pecho.

–Estoy aquí, preciosa. Te he encontrado y nunca más voy a apartarme de tu lado. Te mantendré a salvo a partir de ahora, siempre.

–No puedes controlar el destino –dijo ella–. Cuando el puente cayó y pensé que iba a morir solo lamentaba una cosa: no haber hecho el amor contigo del todo.

La insoportable idea de que pudiese haber perdido la vida en un segundo, de haberla perdido, lo volvía loco.

–Eliana…

–No se puede controlar el destino, Rafael, pero podemos tener el presente. Deja que te tenga ahora. Tómame y demuéstrame que estoy viva, *meu amor*.

Meu amor. Lo había llamado «mi amor».

Y algo dentro de él se rompió.

Se colocó sobre ella, sintiendo que su corazón latía al mismo loco ritmo que el suyo. Sabía que no quería preliminares o dulzura, que necesitaba reafirmar la vida con ferocidad.

Tirando de su pelo hacia atrás, como sabía que le gustaba, se incorporó para colocarse entre sus piernas y apretar su rígido miembro contra la húmeda entrada… y empujó hacia delante.

Sintió que ella intentaba apartarse de la invasión y su grito resonó mientras apartaba la barrera; su cuerpo se doblaba en un arco de agonía mientras asentía frenéticamente con la cabeza. Quería aquello, la posesión total. Y él le entregaría todo lo que tenía.

Se apartó un poco y luego empujó de nuevo, llevándose el resto de su inocencia.

Sus gritos de placer se convirtieron en gemidos de protesta cuando se apartó, hasta que solo la cabeza de la erección permanecía enterrada en su carne. Luego volvió a empujar, abriendo un nuevo camino en ella, haciéndola solo suya, su único hogar.

Inclinándose, selló sus labios con los de ella, tragándose sus gemidos mientras los músculos de Eliana empezaban a relajarse, tragándoselo, provocando un infierno de sensaciones.

La carnalidad, la realidad de aquello, la importancia de estar dentro de ella… era demasiado. Necesitaba dárselo todo, perderse a sí mismo, romper su esencia y consumirla.

Empujó más mientras ella levantaba las caderas, empalándose, hasta que el placer fue como una explosión que lo dejó sin oxígeno.

–No puede haber placer como este, es imposible. Tómalo todo, Eliana, dámelo todo…

–Sí, Rafael, sí…

La aplastó de nuevo, catapultándose, frenético. Empujaba una y otra vez, viendo cómo se agitaban sus voluptuosos pechos, cómo separaba aún

más las temblorosas piernas, abriéndose mientras lo recibía.

La fricción lo enloquecía y el deseo de liberarse era imparable, pero se contuvo. Tirando hacia arriba de sus caderas para hundirse en ella del todo, ajustó su posición, buscando encenderla de nuevo hasta que lo consiguió.

Gritando, Eliana se rompió, apretándolo con sus convulsiones, liberando un río de lava que lo hizo perder la cabeza por completo.

Explotó dentro de ella lanzando un grito de éxtasis mientras el caudal de su semilla la llenaba.

Todo empezó a desaparecer, solo quedaba Eliana, su ser mezclándose con el suyo…

Rafael recuperó el conocimiento, sobresaltado. Era la primera vez que le ocurría en toda su vida. La descarga de deseo había sido brutal. No había sido una simple pérdida de conocimiento, sino un descenso a un mundo donde se mezclaba con Eliana a todos los niveles.

Se apartó un poco para no aplastarla, pero el movimiento hizo que ella despertase y la involuntaria contracción de sus músculos hizo que dejase escapar un último suspiro de placer.

Tenía los ojos hinchados y el recuerdo del accidente le encogió el corazón.

Pero cuando esbozó una sonrisa, como si hubiera descubierto un gran secreto, el corazón de Rafael se volvió loco.

Un segundo después, la vergüenza por la ferocidad con que la había tomado aguó esa satisfacción.

–No te apartes, quédate dentro de mí.

–Pero, debe de dolerte…

–No, no importa, no me duele –Eliana clavó los talones en sus nalgas, empujándolo hacia ella–. De haber sabido que era tan increíble habría encontrado la manera de hacerlo antes, pero he tenido que sufrir un accidente para convencerte –sus ojos se oscurecieron–. No sé si podré soportar tanto placer.

Con el corazón temblando por la enormidad de todo lo que había ocurrido en las últimas horas, Rafael dijo:

–Tú también a mí, y yo no tengo la excusa de ser novato.

–¿De verdad?

–He perdido el conocimiento por primera vez en mi vida. Nunca me había pasado, ni siquiera cuando… me peleaba. Richard solía decir que tengo la cabeza de cemento armado, pero tú me has dejado noqueado.

Rafael rio al ver su cara de felicidad, su corazón hinchándose de gratitud. Eliana era suya en todos los sentidos.

Agotado, se tumbó de espaldas, llevándola con él, y Eliana apoyó la cabeza en su torso, su brillante melena como una caricia de seda.

Rafael trazó el exquisito perfil apoyado en su corazón.

–Pensar que una vez te pregunté si eras virgen para no hacerte daño… y luego me llevo tu inocencia con la finura de un cosaco.

Ella levantó la cabeza.

–Yo necesitaba que fuera así. No podía soportar más ternura. Necesitaba que me tomases con todas tus fuerzas, que me dieras toda tu ferocidad, sin

barreras. El dolor ha hecho que fuese más placentero… creo que me he muerto un poco.

Rafael la abrazó con fuerza.

–Tú siempre estarás viva conmigo. Viva y feliz.

Ella asintió con la cabeza.

–Y quiero vivir todo el tiempo contigo dentro de mí.

–Lo difícil va a ser no estar dentro de ti –Rafael empujó un poco más, y Eliana echó hacia atrás la cabeza, con los ojos llenos de lágrimas.

–Te necesito otra vez.

–Pero no quiero hacerte daño.

–No me dolerá, te lo prometo.

Sus ojos estaban cargados de deseo. Siempre haría lo que tuviese que hacer para darle placer.

Tumbándola de espaldas, le abrió las piernas y se colocó encima. Necesitaba más pruebas de que estaba viva, y solo una experiencia tan intensa podría hacerlo.

Ellie le echó los brazos al cuello. Necesitaba que la tomase de nuevo, que la dominase y le hiciese experimentar esas sensaciones.

Y Rafael empezó a moverse de nuevo, intentando buscar la ferocidad que ella anhelaba, sabiendo que le haría daño a pesar de lo que dijera.

Entonces se dio cuenta de que la primera vez no había usado preservativo y estaba haciéndolo de nuevo. Pero no podía pensar en las consecuencias. De hecho, las agradecería. Quería, necesitaba, que Eliana estuviera embarazada de él.

Eliana, la mujer a la que amaba con todas las fibras de su ser, la mujer por la que daría la vida. Ya no quería vivir sin ella. La quería atada a él y estar atado a ella para siempre.

Habían tenido placer y éxtasis, pero ansiaba lo que más podría unirlos: amor y un hijo.

Así sería suya para siempre, en todos los sentidos. Y si descubría que había sido él quien envió a su padre a la cárcel, no la perdería.

Ellie abrió las piernas para Rafael, clavando las uñas en sus nalgas, urgiéndolo a seguir. Le dolía tenerlo dentro, pero estaba segura de que explotaría de frustración si se apartaba. Necesitaba que la llenase de nuevo, estar con él en el sentido más íntimo.

Lo que había descubierto sobre su infancia, los horrores que había sufrido, la tenían conmocionada.

Cuando no respondió al teléfono había perdido la cabeza y el deseo de estar con él la había empujado a la mansión, donde sabía que volvería tarde o temprano.

Y allí estaba Rafael, envolviéndola en su pasión, en su capa de protección. Era aterrador cómo dependía de él, pero también era emocionante saber que él existía; el único que podía hacerla sentir viva de verdad.

Todo lo que había creído saber sobre la intimidad quedó hecho añicos. Desde el momento que recibió su invasión, desde que sus cuerpos se unieron, la había llevado al límite. No podía describirlo, pero la había transfigurado; ella era su mujer y él era suyo.

Sabiendo ya lo que era el placer de verdad, el placer profundo, abrumador, necesitaba más. Necesitaba esa unión, esa dominación.

Rafael, luchando para mantener el control, se apartó y luego entró de nuevo con una fuerte embestida.

Paralizada, Ellie lo miró a los ojos mientras un grito escapaba de su garganta.

La ensanchaba hasta un punto que había creído imposible, aparentemente tan cautivado como ella, con una sonrisa orgullosa en los labios mientras creaba esa tormenta de placer.

–Eliana, el placer que me das…

Rafael se apoyó en los brazos para apartarse de nuevo, haciéndola gritar. Eliana se agarró a él, cegada, loca de placer mientras se enterraba en ella hasta el fondo.

Cuando volvió a apartarse perdió lo que le quedaba de cordura y levantó las caderas, buscándolo. Él tiró hacia atrás de su pelo, clavándole los dientes en el cuello.

–¡Sí, Rafael! –gritó–. Devórame.

–Lo haré, siempre.

Se enterró en ella de nuevo, demostrándole que su inexperta carne había impedido su avance la primera vez. Pero en aquella ocasión sus embestidas llegaban hasta el fondo, creando una increíble, casi insoportable, expansión… hasta que lo sintió en el epicentro de su ser, esperando que Rafael liberase su esencia dentro de ella.

Pero no lo hizo.

Parecía inseguro, indeciso.

Ellie le suplicó:

–Dámelo todo.

Y cuando lo hizo, su liberación fue como un géiser que azotaba su carne, provocando un clímax inesperado. Ellie sacudía la cabeza de un lado a otro, llorando, incapaz de soportar tanto placer, mientras todo lo que no fuera él se esfumaba…

Suspiró cuando Rafael la abrazó con todas sus fuerzas, sin apartarse, el sudor mezclándose con los espasmos de gozo.

Cerrando los ojos, dejó que ese momento se grabase en su memoria. Necesitaría esos preciosos recuerdos para el resto de su vida.

Cuando aquello terminase.

Pero aún no había terminado y disfrutó de cada momento, celebrando estar viva y ser deseada por él.

–Si hubiera sabido cómo sería… –le dijo Rafael al oído–. Si hubiera sabido que sería mejor que mis más increíbles fantasías, lo habría hecho hace semanas.

Eliana levantó la cabeza, maravillándose de su belleza y de lo hermosos que eran sus cuerpos unidos.

–¿Lo ves? La próxima vez me harás caso.

Él esbozó una sonrisa.

–Desde luego que sí. Pero creo que necesitábamos este tiempo para conocernos mejor y para llegar a este nivel de intimidad.

–Si tú lo dices.

–El bolsillo de mi chaqueta está lleno de preservativos que no he usado.

Ella le puso una mano en el torso. De nuevo, no había pensado en ello. ¿O sí?

De repente, imaginó un niño de pelo negro y ojos de color plata como su padre…

Se incorporó, sintiendo su semilla dentro de ella transformándola de niña a mujer; una mujer que daría lo que fuera para que echase raíces en su útero.

Pero tal vez él no sentiría lo mismo.

–Podrías estar embarazada.

Eliana apartó la mirada.

–No tienes que preocuparte por eso.

Rafael le levantó la cara con un dedo.

–Mírame, *meu coraçao.*

Ella lo miró y lo que vio en sus ojos hizo que los suyos se llenasen de lágrimas.

–Espero que no lo estés, porque me gustaría que tuviésemos un poco más de tiempo antes de ser padres, pero nada deseo más que tener un hijo contigo.

A Ellie se le hizo un nudo en la garganta.

–Rafael…

–*Eu te amo,* Eliana, eres la respuesta a todas mis plegarias.

Ella lo miró, asombrada. ¿De verdad había dicho que la quería?

–Creo que fue amor a primera vista. De hecho, creo que había estado esperándote toda mi vida. Y ahora sé que no puedo vivir sin ti –Rafael suspiró pesadamente–. Hoy, cuando pensé que te había perdido… ya no quería vivir. Te quiero conmigo para siempre, *meu amor.* Y quiero que ese para siempre empiece ahora mismo –añadió, acariciándole la cara–. Dime que tú deseas lo mismo. Dime que me quieres.

Ella intentó decirlo, confesar lo que había en su corazón, pero no podía respirar. Sus palabras, esa pasión en su mirada… eran demasiado.

–¿No me quieres? –parecía asustado, pero enseguida levantó la cabeza, orgulloso–. Puede que aún no hayas aprendido a amarme, pero lo harás. Yo haré que me quieras.

–¿No es evidente que te quiero desde el primer momento? –Eliana tomó su cara entre las manos–. Te quiero tanto que me duele y me da miedo.

–¿Miedo por qué?

–Porque pensé que tú no sentías lo mismo. Pensé que un día te alejarías de mí y no volvería a verte jamás.

–¿Cómo has podido pensar eso? ¿No te he demostrado desde el primer día que eres imprescindible para mí? Nunca te dejaré, Eliana.

Ella asintió con la cabeza, pensativa.

–Hay algo que lamento.

–¿Qué?

–Me habría gustado ver hasta dónde llegabas para hacer que te quisiera.

–Habría hecho lo imposible. Y para eso necesito que seas mi esposa –Rafael se apoderó de sus labios en un beso que casi le robó el alma–. Cásate conmigo, Eliana.

Capítulo Nueve

Ellie se inclinó para saborearle el poderoso pulso en el cuello a Rafael, mordiéndole los hombros, el cuello, el torso, susurrando palabras ardientes, explícitas.

Entonces le tocó una cicatriz por encima del riñón izquierdo, bajo las costillas. Solo le había dicho que había sido una operación de urgencia cuando era más joven, pero no quiso contarle nada más.

Le dolía cada vez que la tocaba, pero a él no parecía importarle. Y cuando la tocaba, con los labios o la lengua, se volvía loco.

Sintiéndose poderosa por despertar tal deseo en él, apretó sus nalgas de acero mientras se colocaba entre sus piernas, empujándole la erección con la rodilla.

Nunca dejaría de asombrarle el deseo que compartían. Estaban encendidos de nuevo y solo habían pasado unos minutos desde que hicieron el amor.

Como siempre, perdió la noción del tiempo. Habían pasado seis semanas desde que le pidió que se casara con él, y le habían parecido como seis años. Tantas cosas habían pasado desde entonces, tantas experiencias, tanto placer. Tanto amor.

Amor. A veces no podía creer que aquel hombre insistiera en decir que la amaba. Y Eliana decía que tenía una vida entera para demostrarle lo contrario.

Se había mudado a su casa ese mismo día, pero Rafael insistía en que no condujera, de modo que un helicóptero la llevaba a la oficina de su padre todos los días.

Eliana permitía esas extravagancias, por el momento. Rafael aún estaba angustiado por el accidente, pero poco a poco intentaría volver a la normalidad, porque esos caprichos le parecían innecesarios.

Aunque en un aspecto esperaba que nunca dejase de ser excesivo: en la cama. Si alguien le hubiera dicho que algún día iba a disfrutar de las insaciables demandas de un dios del sexo como Rafael se habría reído.

Lo que había entre ellos no podía ser posible, pero era mejor que posible. Era real, indescriptible.

Y la intimidad era más incendiaria porque no se cansaban el uno del otro. Rafael estaba en conversaciones con su padre y visitaba el orfanato, dándole entrada en su mundo, presentándole a sus «hermanos» y hablándole de su trabajo.

Ellie había descubierto que era un genio y entendía el seudónimo Números, aunque él había dejado claro que no debía contárselo a nadie porque no quería que nadie supiera de sus capacidades.

Sabiendo que «nadie» incluía a su padre, Eliana dejó claro que cualquier

cosa sobre él sería un secreto entre los dos.

Esa era la única sombra en el mundo maravilloso que era su vida con Rafael: que el hombre al que amaba tardase más de lo que había esperado en aceptar a su futuro suegro. Aunque su padre, viendo que Rafael era tan cariñoso con ella, también empezaba a pensar que era la respuesta a sus plegarias.

Rafael no mostraba claramente su desagrado. Siempre era atento y amable con su padre y se tomaba en serio los problemas de la empresa. Incluso le había pedido a Eliana que le contase todos los detalles para encontrar una solución, y ella no tenía duda de que lo haría. Al fin y al cabo, Rafael era capaz de todo. Pero, por alguna razón, parecía desconfiar de su padre.

Aún no podía creer que en dos semanas sería la señora de Rafael Moreno Salazar. O, como le había dicho, riendo, Eliana Ferreira Larsen Moreno Salazar.

Rafael había puesto el mundo a su disposición para la boda, pero ella había insistido en una ceremonia íntima. Solo ellos, su padre, sus hermanastros y los hermanos de Rafael.

Solo quería tener su anillo en el dedo y hacer los votos matrimoniales frente a sus seres queridos antes de seguir adentrándose en la pasión. Sí, esa era la única forma de describir lo que había entre ellos.

Eliana rio al notar que sus caricias le hacían temblar.

–Espero que sepas lo que haces con ese acto de provocación.

–¿A qué acto te refieres? –murmuró ella, mordiéndole los pezones y encendiéndolo aún más.

Había creado un monstruo, desde luego.

Rafael la tomó por la cintura, levantándola como si no pesara nada, para colocarla a horcajadas sobre su cuerpo.

–Llevo una lista de tus transgresiones y cada una de ellas tendrá una consecuencia.

Eliana se apretó contra él, deslizando su húmedo centro arriba y abajo, bañándolo con su placer.

–Consecuencias terribles, espero.

–Insoportables –Rafael la empujó hacia abajo para empalarse en ella hasta el fondo.

Eliana murmuró su nombre una y otra vez, perdida en el orgasmo, hasta que toda su existencia convergía en él y en lo que le estaba haciendo.

Pero pronto fue demasiado y gritó, sin voz, hasta la explosión final. Como siempre, sabiendo cuándo hacerlo, él aumentó el ritmo de las embestidas hasta que por fin se liberó en su útero, llenándola con su semilla.

Las olas de placer provocaban tales convulsiones en su interior que sintió que perdía el conocimiento.

Todo se volvió negro durante unos segundos… o tal vez habían sido horas, porque cuando abrió los ojos Rafael estaba vistiéndose frente al espejo.

–¿Qué haces? –susurró, con esa voz que ya no reconocía como suya.

–No quería despertarte, estabas tan dormida. Lo único que quería era

corromper tu inocencia, pero lamentablemente tengo una reunión.

Ellie apartó el edredón, estirándose lujuriosamente.

–¿Una que no puedes posponer media hora?

–Tentadora –murmuró él, acercándose a la cama–. Me lo cobraré cuando vuelva, pero por el momento me llevaré uno para el camino –añadió, besándola hasta dejarla sin aliento–. Deja que cuide de ti, *minha alma.*

–Incluso cuando tiene prisa mi prometido sabe dejarme esperando más.

–Es mi plan diabólico –de repente, Rafael se puso serio–. Y hablando de planes, quería comentarte algo.

–¿Sobre qué?

–Sobre Diego y el lazo que hay entre nosotros. Me gustaría discutir la posibilidad de adoptarlo. Sé que es un poco mayor, pero…

Ellie se levantó de un salto para echarle los brazos al cuello.

–Sí, Rafael, sí. Diego es un ángel y te adora.

–¿De verdad?

–Dios mío, te quiero tanto que me duele.

–Mientras sea un dolor bueno…

Enterrando la cara en su cuello, Ellie sonrió, emocionada.

–Eres el mejor.

–No debería haber sacado el tema cuando tengo que irme, pero piénsalo. Piensa en cuestiones prácticas. Sé que es una gran responsabilidad, pero me gustaría hacerlo. Por Diego, por nosotros.

Ellie asintió con la cabeza, feliz mientras le daba un beso de despedida.

–*Eu te amo, minha* Eliana –susurró–. Mi plegaria respondida, la plegaria que nunca había hecho.

Ellie se quedó dormida en cuanto Rafael salió de la habitación y tuvo un sueño maravilloso, algo vago e inconexo que no recordaba después. Pero despertó casi segura de algo.

Una hora después, tras haberse hecho la prueba que le enviaron de la farmacia, el «casi» había desaparecido.

Estaba embarazada.

Con el corazón acelerado, miró una vez más el puntito rosa.

Aquello era demasiado. Todo era tan perfecto, demasiado perfecto. El amor de Rafael, su futuro con él y con Diego… ¿y un hijo?

Estaba segura de haber concebido la primera vez que hicieron el amor. La había hecho suya completamente y ella se había rendido de tal forma que la semilla de Rafael había echado raíces en su interior. Iban a tener un hijo, un precioso milagro.

Estaba deseando contárselo y se levantó de un salto, vistiéndose a toda prisa para darle la sorpresa. Pero cuando llamó al conductor para que fuese a buscarla, Daniel le dijo que la reunión ya había terminado y Rafael estaba de vuelta en casa.

Ellie corrió, emocionada, a su encuentro. Había invitado a tres de sus hermanos a cenar esa noche, pero eran las seis y no llegarían hasta las ocho, de modo que tenía tiempo para darle la noticia y tal vez para otra sesión amorosa.

Cuando llegó a la puerta del estudio oyó voces. Ah, de modo que sus hermanos ya estaban allí. Después de conocer a Raiden Kuroshiro y

Numair Al Aswad, Graves casi le parecía humano.

Iba a entrar cuando uno de ellos dijo algo que la detuvo. Era Numair. Reconocería esa voz helada en cualquier sitio.

–Hemos aparcado nuestros planes para que tú pudieras venir a Brasil y encargarte de Ferreira. Lo hemos hecho solo porque querías la satisfacción de mirarlo a los ojos mientras lo destruías.

Antes de que Ellie pudiese encontrar una explicación a esas palabras, Rafael respondió:

–Destruirlo anónimamente me dará la misma satisfacción.

–Sigue con tu plan original, Números –intervino Raiden–. Una vez que esté pudriéndose en la cárcel le dirás quién lo ha metido allí y él no podrá hacer nada ni contárselo a nadie.

–En realidad, tu plan original no es nada comparado con este –dijo Numair–. Hacer que su hija te cuente todos los secretos de la empresa es tu mejor arma, y después de la boda podrás usarla para cargártelo.

–Entonces podrás decírselo –asintió Raiden–. Con su hija en tu cama, a tu merced, Ferreira guardará silencio para siempre.

Graves soltó una amarga carcajada.

–No sabéis la bomba que acabáis de soltar.

Ellie entró en el estudio y todos se levantaron a la vez. Y la sorpresa que vio en los ojos de Rafael confirmó sus miedos.

–¿Quieres destruir a mi padre? –su voz era apenas un susurro–. ¿Vas a casarte conmigo para meterlo en la cárcel?

–Eliana, no… –Rafael se levantó para mirar a sus hermanos–. ¿A qué esperáis? Fuera de aquí todos.

Una vez solos, se acercó a ella con la precaución que usaría para acercarse a una gacela asustada.

–Siento mucho que hayas escuchado eso.

–¿Eso es todo lo que tienes que decir?

Rafael apretó los labios.

–Habría dado cualquier cosa para que no lo supieras. Especialmente ahora.

–¿Ahora? ¿Ese es tu único problema?

–No quería disgustarte…

–¿Disgustarme? ¿Quieres enviar a mi padre a la cárcel, pero no quieres disgustarme?

Los ojos del hombre al que había amado con todas las fibras de su ser hasta diez minutos antes brillaban de furia.

–Tu padre merece ir a la cárcel, pero no quería hacerte daño a ti.

Por fin, Ellie lo entendió todo. Su vida con Rafael le había parecido demasiado buena para ser verdad. Porque lo era.

Aquella era la verdad.

De repente, su corazón pareció envuelto por una capa de hielo.

–Todo lo que ha habido entre nosotros todo era mentira.

–No –Rafael intentó abrazarla, pero ella se apartó–. Yo no sabía quién eras hasta que te vi con él, por eso me aparté.

Angustiada, Ellie se dejó caer en el sofá.

–Entonces te diste cuenta de que podías utilizarme y volviste a mí con

un nuevo plan. Todo desde entonces ha sido mentira. Todo.
–No, Eliana. Lo que hay entre nosotros es real.
Ella negó con la cabeza.
–Ahora lo entiendo todo. Sabía que eras calculador, pero no encontraba una razón para que lo fueses conmigo. No podía imaginar por qué me deseabas tanto, pero solo soy un arma que quieres usar contra mi padre.
–Siempre te he deseado, siempre te he querido –insistió él–. Y no pensaba usarte contra él.
–Por eso no lo soportas –siguió ella, como si no lo hubiese oído–. Por eso me has sacado información sobre la empresa, para destruir a mi padre –los ojos de Ellie se llenaron de lágrimas que ya no podía contener.
–Nunca he actuado contigo, no te he mentido.
–No te creo… no creo una sola palabra.
–Tienes que hacerlo, Eliana. Te amo y esa es la única verdad. Y cuando recuerdes todo lo que hemos…
–Lo recuerdo –lo interrumpió ella–. Cada caricia, cada beso, pero ahora todo está manchado, sucio.
–Estás enfadada y lo comprendo…
Ellie empezó a sollozar.
–No estoy enfadada. Estoy desolada, destruida…
–No, Eliana, no digas eso. Yo no quería hacerte daño, solo me importas tú. Nosotros…
–Ya no hay un nosotros. Se acabó.
–Mis planes para tu padre no tienen nada que ver contigo. Cuando nos hayamos casado…
–No habrá boda –lo interrumpió ella–. ¿Crees que voy a casarme contigo sabiendo lo que sé? ¿Crees que sigues siendo el hombre al que amaba?
Rafael apretó los labios, angustiado.
–Esto no cambia nada…
–Lo cambia todo. Aunque llevásemos diez años casados, esto habría sido el fin.
–Te juro que lo que hay entre nosotros no tiene nada que ver con mis planes para tu padre. Nunca te he mentido sobre mis sentimientos y nunca he querido hacerte daño.
–Entonces, demuéstralo. No le hagas daño a mi padre.
El fuego desapareció de sus ojos, reemplazado por una terrible frialdad.
–Tu padre tiene que pagar.
–¿Por qué? ¿Qué te ha hecho? –exclamó ella.
El rostro de Rafael se convirtió en una máscara.
–No tiene nada que ver con nosotros, nada que ver contigo.
–Tiene todo que ver conmigo. Mi padre es la persona más importante del mundo para mí.
–Pensé que esa persona era yo.
–Ya no te conozco siquiera, pero sí conozco a mi padre, el hombre que ha estado a mi lado desde el día que nací –Eliana empezó a tirar del anillo que llevaba en el dedo, temblando de arriba abajo.
–No te quites el anillo, por favor.
Sosteniendo su mirada, Eliana se levantó del sofá con piernas

temblorosas y tiró el anillo al suelo.

El sueño más increíble de su vida había resultado ser la más terrible de las pesadillas.

–Si eres el enemigo de mi padre, también eres mi enemigo.

Temblando, salió del estudio, de la mansión, de su vida.

Donde no había estado nunca en realidad, porque todo era mentira.

Capítulo Diez

Doblada en la cama de un hotel, como un juguete roto, Ellie tenía que hacer un esfuerzo para respirar.

No había exagerado cuando le dijo a Rafael que estaba destruida. Él había destrozado su vida y sus esperanzas. Horas antes era la mujer más feliz del mundo, segura en el amor del hombre al que adoraba, embarazada de él, a punto de casarse con él. Y, de repente, todo había terminado.

Todo había sido mentira.

¿Cómo había podido creer que era real? Rafael le había pedido todos los detalles del trabajo de su padre, de modo que solo había sido un medio para llegar a un fin.

Eso sí tenía sentido.

¿Cómo había podido creer que un hombre como Rafael era capaz de amarla?

No había sido nada para él. Peor que nada. Había sido el cuchillo que pensaba clavar en el corazón de su padre y solo podía dar gracias por haberse apartado antes de que tuviese oportunidad de usarlo.

De repente, se incorporó de un salto, aterrada.

Su padre.

Rafael era poderoso y despiadado. Fuese ella el arma o no, no habría modo de pararlo. Si pudiese entender la razón por la que quería meter a su padre en la cárcel… había visto en sus ojos que no iba a contárselo, pero él no era la única fuente de información.

–¿Seguro que solo es un resfriado?

Era la quinta vez que su padre le preguntaba eso en cinco minutos. Y el resfriado había sido la única forma de explicar el terrible estado en que se encontraba.

Ellie asintió con la cabeza.

–Lo peor ya ha pasado, estoy bien.

Su padre seguía mirándola, angustiado. Los problemas digestivos de su madre habían resultado ser un cáncer terminal y desde entonces se preocupaba por todo. Durante toda su vida había estado obsesionado por su salud.

–Papá, por favor, respóndeme.

Le había preguntado si había cometido alguna indiscreción y él pensaba que preguntaba porque no creía que una mala decisión comercial o la crisis fuesen la razón de los problemas en su negocio.

No sabía que Rafael intentaba enviarlo a la cárcel ni por qué y al menos

eso le aseguró que no iba a descubrir a un padre al que no conocía.

Teo se dejó caer en el sofá, mirando el mar por la ventana. Le había comprado esa villa a su madre como regalo de boda y ella la había decorado en tonos claros, con muebles alegres. Nada había cambiado desde entonces.

–Siento mucho no haber encontrado valor para contártelo antes, Ellie. No quería perder tu respeto.

Con el corazón acelerado, ella apretó su mano.

–Nunca te querré menos, papá, pero cuéntamelo.

Él exhaló un suspiro.

–La empresa perdía dinero y tuve que evadir impuestos para compensar, pero la situación ha empeorado y puede que tenga que declararme en bancarrota –empezó a decir, enterrando la cara entre las manos–. Mi niña, lo siento, pero tengo que confesarte algo más.

–¿Qué? –exclamó Ellie, con el corazón encogido.

–Estaba tan desesperado como para pedirle a Rafael que me ayudase. Sé que tú no quieres mezclar los negocios con tu matrimonio, pero pensé que para él sería fácil resolver mis problemas.

Aunque evadir impuestos era un delito, Ellie seguía sin entender qué tenía eso que ver con el odio que le profesaba Rafael. Sabía que su padre no podría haber hecho nada para ganarse tal rencor, pero estaba claro que aquel era un callejón sin salida.

Levantándose, se inclinó para darle un beso.

–No vuelvas a ocultarme nada, ¿de acuerdo?

–Te lo prometo, hija.

Su padre la acompañó a la puerta, sin saber el peligro que corría o que la vida de su hija había cambiado para siempre.

De vuelta en el hotel, Ellie cayó en la cama, agotada. Tenía que ver a Rafael. Todo estaba en sus manos: su mundo, su futuro, su hijo.

Rafael, siempre Rafael.

Un calor delicioso la hizo revivir. Sin abrir los ojos, un gemido escapó de sus labios.

–Rafael…

–Sí, *meu amor,* estoy aquí, soy tuyo.

Esa promesa fue como una resurrección tras la muerte espiritual que había sufrido.

Ellie suspiró, incrédula. Era un sueño, pero parecía tan real…

Cuando sintió el roce de unos dedos entre las piernas abrió los ojos de golpe.

¡Era real! ¡Estaba allí!

–¡Rafael!

–No te apartes de mí, *minha alma…*

No quería apartarse de él, pero una repentina oleada de náuseas hizo que se incorporase, asustada.

–Tengo que ir al baño…

Perdida en un tumulto de emociones, sintió que Rafael la llevaba en

brazos al baño con infinito cuidado y la sostenía, acariciándole el pelo, mientras vomitaba en el inodoro.

Luego, después de quitarle la ropa y desnudarse a sí mismo, la llevó a la ducha y la sujetó bajo la cascada de agua, acariciándola con paciencia. No intentaba excitarla sino calmarla, pero el roce de sus manos era tan abrumador…

–Eres mía, Eliana. Mía para darte placer, mía para protegerte, mía para amarte –susurró–. Mía del todo.

No hizo falta nada más. Ellie enredó las piernas en su cintura y él la tomó, apretándola con fuerza, como si no quisiera soltarla nunca, mordiéndole el cuello mientras la embestía, intensificando el orgasmo.

Eliana temblaba de arriba abajo, mirándolo a los ojos mientras se dejaba ir con un grito de agonía.

Después, temblando, Rafael la sacó de la ducha y la secó con una toalla antes de llevarla en brazos a la cama.

–Estás embarazada de mí –murmuró, acariciándole el vientre.

Eliana hizo una mueca de burla.

–¿Cómo te has dado cuenta?

Rafael esbozó una sonrisa.

–Que vomitases lo ha confirmado, pero ya había empezado a notar ciertos cambios en tu cuerpo… –murmuró, acariciándole los pezones–. Se han vuelto más oscuros y te dan más placer que antes…

–Rafael…

Él los chupó por turnos, haciendo que se arquease hacia él, rindiéndose a su pesar.

–Y respondes con más pasión cuando pensé que eso era imposible.

–Has enseñado a mi cuerpo a esperar más placer cada vez hasta que lo tienes perpetuamente dispuesto al menor roce.

Su confesión fue recompensada por una mirada de suprema satisfacción masculina mientras se levantaba de la cama.

Ellie lo oyó moverse al otro lado de la habitación y cuando volvió a reunirse con ella tomó su mano y le puso el anillo en el dedo.

–No vuelvas a quitártelo, no vuelvas a marcharte. Te dejé ir para que te calmases, pero no voy a permitir que te hagas esto a ti misma –Rafael apretó los dientes al ver que sus ojos se llenaban de lágrimas–. ¿No ibas a decirme lo del niño?

–Claro que sí. ¿Es que no me conoces?

La miraba con tal adoración… seguía pareciéndole genuina, aunque sabía que no era así.

–Te conozco bien, por eso soy tuyo –respondió él, con expresión dolida–. Debiste descubrirlo ayer e ibas a decírmelo cuando entraste en el estudio.

Como siempre, lo sabía todo. Así era como la había manipulado.

–Llegué justo a tiempo para ver cómo te felicitaban por tu plan.

–Si hubieras esperado un poco más me habrías oído reprenderlos por negarse a creer que tú nunca habías sido parte del plan. Richard es el único que sabe lo que hay entre nosotros, pero me da igual lo que piensen. Solo me importas tú y estoy aquí para llevarte a casa, *meu amor.*

–No puedo… ya no puedo estar contigo.
–Acabas de estar conmigo. No podemos estar separados.
–Soy incapaz de resistirme, pero me mataría estar contigo ahora.
–No digas eso –Rafael le acarició el pelo–. Te daré tiempo para que te acostumbres a la idea, con la condición de que no vuelvas a dejarme fuera de tu vida.
–Claro, porque soy más valiosa como instrumento contra mi padre, ¿no? Un arma para vengarte de él y un recipiente para tu hijo… pero solo lo haré si prometes no destruir a mi padre.
Él negó con la cabeza.
–No puedo hacer eso. Y no me preguntes por qué, ya te he dicho que no tiene nada que ver contigo.
Vencida, Eliana se levantó de la cama para buscar su ropa.
–¿Adónde vas?
–No puedo detenerte, Rafael, pero sí puedo detenerme a mí misma.
–No puedes hacerlo, nunca dejarás de amarme.
–Da igual, lo que había entre nosotros se ha terminado.
–Nunca terminará. Siempre serás mía para protegerte y cuidarte, durante toda mi vida. Estaré ahí cada segundo del embarazo y nuestro hijo nacerá cuando estemos casados.
Su convicción era tan abrumadora que Ellie tuvo que salir corriendo. Estaba en la puerta cuando Rafael dijo algo que la hizo tropezar.
Daniel, el conductor, estaba esperando, y Ellie subió al lujoso coche sin saber qué hacer o adónde ir.
Las últimas palabras de Rafael se le repetían en la cabeza, aumentando su desesperación: «Nuestra boda tendrá lugar el día que habíamos decidido».
Sabiendo que era absurdo intentar escapar de él, que iría a buscarla estuviera donde estuviera, Ellie volvió a la mansión.
Pero no iba a compartir su cama.
Eligió otra habitación, tan lejos del dormitorio principal como era posible, y fue un alivio que no intentase invadir su refugio.
Aparentemente, estaba «dándole tiempo para hacerse a la idea», como él mismo había dicho.
Pero no podía acostumbrarse a la idea sin conocer sus motivos. No sabía el porqué del odio hacia su padre y esperaba una catástrofe en cualquier momento.
Después de un día infernal, anhelándolo y sabiendo que sería una pérdida de tiempo pedir que le contase la verdad, Ellie decidió hablar con sus hermanos.
Estaba segura de que Graves, Raiden y Numair querían a Rafael, al menos, tanto como esos hombres podían querer a alguien. Pero nunca le harían daño.
De modo que pidió verlos, amenazando con dejarlo plantado frente al altar si decían una sola palabra de esa reunión.
Raiden y Numair, que no la apreciaban demasiado, aceptaron para no arriesgarse. Graves no la creyó ni por un momento, pero también acudió a la reunión.

Y allí estaba, en la suite de Richard en el hotel Copacabana, mirando a los tres hombres, el tribunal que decidiría su destino, y preguntándose por qué tenían tanto en común con Rafael.

Era como si hubieran sido forjados en el mismo crisol, moldeados en la misma horma.

Raiden la miraba con frialdad, como decidiendo la estrategia de ataque. Ellie no tenía la menor duda de que cuando golpease lo haría sin piedad, como su nombre, Relámpago, indicaba. Numair, Fantasma, era como su nombre clave: esquivo e imposible de entender. Con él no sabía dónde estaba y tenía la impresión de que podría ser el más letal de todos.

Pero Graves la miraba con cierta benevolencia y, por fin, Ellie se echó hacia delante.

–¿Ya me habéis observado bien? Pues entonces hablemos. Destrozasteis todas mis ilusiones el otro día, pero ahora debéis terminar la tarea y contarme lo que Rafael no me quiere contar.

Graves sacudió la cabeza.

–Déjalo. Saber la verdad te haría mucho daño.

–¿Más daño que no saberla? ¿Más que saber que el hombre al que amo, el padre de mi hijo, quiere enviar al mío a la cárcel?

Los hombres se miraron. El embarazo era una noticia para ellos, porque Rafael la consideraba territorio prohibido y no la compartía con nadie.

Pero Ellie estaba segura de que eso lo cambiaba todo, y el cambio en la actitud de los hombres era casi palpable.

–Siempre hay más dolor, señorita Ferreira –dijo Numair–. Hay cosas que es mejor no tocar.

–Esta cosa se ha tocado, y sé que estáis aquí para evitarle problemas a Rafael, pero yo no puedo vivir sin saber la verdad.

De nuevo, intercambiaron otra elocuente mirada antes de que Graves por fin diese un paso adelante. Parecía ser el elegido como portavoz.

Conteniendo el aliento, sabiendo que lo que estaba a punto de escuchar iba a partirle el corazón, Ellie se preparó.

Y unos minutos después, entendió lo que habían querido decir con «siempre hay más dolor». Aquello era peor que una pesadilla. Peor que la peor de las pesadillas.

Lo que le había pasado a Rafael, a todos ellos, el sufrimiento que habían tenido que soportar siendo niños… era imposible.

Tenía que evitar el horror, proteger su psique para no imaginar a Rafael de niño, secuestrado, aprisionado, golpeado. Aquello era… no podía describirlo con palabras, no podía soportarlo.

El mundo empezó a girar a toda velocidad, haciendo que cayese hacia atrás en el sofá. Pero, de repente, estaba en una cama. Tenía que ser la cama de la habitación de Graves…

–Maldita sea –Ellie intentó incorporarse, pero alguien la sujetó–. Nunca me había mareado en mi vida y ahora lo hago todos los días.

–Debes prometernos que nunca le dirás a Rafael lo que sabes –le pidió Graves–. Y tampoco puede saber que has estado en mi cama.

Ella lo miró, con los ojos llenos de lágrimas. No podía dejar de llorar y los hombres se miraban, consternados.

Esos hombres que habían sido secuestrados y maltratados se derrumbaban ante las lágrimas de una mujer. Intercambiaban nerviosas miradas y estaba claro que preferirían lidiar con una bomba de relojería.

Pero Ellie no podía evitarlo. Cuanto más imaginaba las atrocidades a las que habían sido sometidos, más lloraba.

Pasaron horas hasta que pudo calmarse un poco, pero apenas era capaz de respirar. Los tres hombres parecían agotados, sentados alrededor de la cama como en un velatorio.

–Por favor, deja de llorar –le suplicó Raiden.

Ellie contuvo el aliento, haciendo un esfuerzo para calmarse.

–¿Cómo es posible que una mujer de tu tamaño tenga tanta agua dentro? –intentó bromear Graves.

–No puedo ni pensar en lo que sufrió Rafael… todos vosotros, sin que yo pudiese hacer nada.

–Le quieres –dijo Raiden entonces.

Ellie miró de uno a otro.

–Pues claro que le quiero, voy a tener un hijo suyo, pero un momento… ¿Rafael cree que mi padre tuvo algo que ver con su secuestro?

De nuevo, los hombres intercambiaron una mirada y, como si hubieran tomado una decisión, fue Numair quien le explicó los detalles.

En aquella ocasión no hubo lágrimas. Furiosa, Ellie se sentó en la cama.

–¡Mi padre jamás hizo eso!

Raiden se encogió de hombros.

–Rafael tiene pruebas.

–¿Qué pruebas? Es imposible. Mi padre jamás haría algo así.

Graves, que había permanecido en silencio hasta entonces, dio un paso adelante, y Ellie le apretó la mano.

–Necesito saber más.

–¿Qué necesitas saber?

–Los nombres que usáis no son vuestros verdaderos nombres…

–No, pero son los que usamos ahora.

–¿Cómo eligió Rafael el suyo?

Graves suspiró.

–Fue herido en una misión. Huesos, nuestro experto en medicina, tuvo que operarlo a vida o muerte. Le extirpó un riñón para evitar una hemorragia interna, pensando que moriría de todas formas, pero se recuperó.

–Rafael. Dios ha curado…

Graves asintió con la cabeza.

Esa cicatriz, todo lo que había perdido, todo aquello a lo que había sobrevivido…

–Yo elegí Kuroshiro, que significa «castillo negro» en japonés, como una especie de retorcido tributo al sitio en el que fuimos hechos prisioneros.

–Y Rafael me ha estado usando para vengarse…

–Rafael se enamoró de ti –la interrumpió Graves–. Yo estaba ahí la primera noche. No sé qué pasó, pero perdió la cabeza. Nunca lo había visto así. Y no creo que necesites pruebas de su amor, porque envejeció cuando tuviste el accidente.

Era cierto, le habían aparecido algunas canas en las sienes desde entonces. Rafael decía que era una coincidencia, pero Ellie creía lo mismo que Graves hasta que escuchó la terrible conversación en el estudio.

Pero creerlo de nuevo, creer que la amaba, empeoraba la situación. Si eso era posible.

–Si Rafael es brasileño, ¿por que no hizo de Brasil su base de operaciones?

–No quería estar aquí –le explicó Numair–. Es el único que conoce a su familia, pero cuando escapó no quiso ponerse en contacto con ellos por miedo a que la organización estuviera vigilando. Luego descubrió que sus padres se habían divorciado y tenían otros hijos… en fin, no quiso interrumpir sus vidas.

Eso era lo que le había contado, sin hablarle de las razones que le impedían ponerse en contacto con su familia. Pero no había sido una elección sino una necesidad.

–Sigue pensando que están mejor sin saber en quién se ha convertido. Durante años los observó a distancia, pero se puso en contacto con ellos hace dos años, con su nueva identidad. Siguen sin saber que es el hijo que perdieron.

Había buscado a su familia solo para verlos de cerca, como un extraño.

–Y ahora está en Brasil buscando justicia –siguió Raiden–. Porque fue aquí donde lo secuestraron, donde todo empezó, y donde quiere vengarse para que todo termine.

Ellie no podía aceptarlo, era imposible. Su padre no podía haber hecho algo así.

–Rafael…

Casi podría jurar que había sentido a Eliana antes de que apareciese en la puerta, pero contuvo el deseo de correr hacia ella. Si no se entregaba voluntariamente, no significaría nada.

Pero había ido a buscarlo. Estaba en la puerta, mirándolo como a punto de echarse a llorar.

–Lo sé todo.

–¿Qué?

–Lo sé todo… tu pasado…

Él se levantó, despacio, apretando los dientes.

–Los despellejaré vivos.

Eliana se acercó y Rafael tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para no aplastarla entre sus brazos.

–Les dije que no me casaría contigo si no me lo contaban. Ellos no tienen la culpa –murmuró, deteniéndose a un metro, con los ojos llenos de dolor, reproche y comprensión–. Cometiste un error al no contarme nada.

–Prefiero que me odies a mí y no a tu padre. Pensé que con el tiempo me perdonarías, que lograría hacerte entender, pero no quería que dejases de querer a tu padre. Incluso cuando lo castigase… quería que me vieras a mí como el villano, no a él.

Eliana le agarró por los brazos.

–Pero tienes que estar equivocado. Mi padre no es un villano y se moriría antes de hacerle daño a un niño.

Sus protestas le decían que si insistía en lo contrario se arriesgaba a romper lo que quedaba del lazo entre ellos.

Todo entre ellos pendía de un hilo. Eliana no podía dejar de amarlo, pero tenía miedo de perderla para siempre.

Porque moriría.

Solo había una salida.

–Estoy dispuesto a darle a tu padre el beneficio de la duda y buscar nuevas pruebas. Tarde lo que tarde en encontrarlas. ¿Eso es aceptable para ti?

Ella lo miró, con esos ojos que eran todo su mundo, y asintió con la cabeza.

Rafael la aplastó entre sus brazos, desesperado.

–¿Te casarás conmigo ahora?

Capítulo Once

Eliana había aceptado seguir adelante con los planes de boda, pero su confianza estaba dañada o no la había recuperado del todo porque no habían vuelto a dormir juntos y Rafael no quería presionarla.

Seguía pensando que era un simple instrumento para lograr sus propósitos. Primero la venganza y luego el hijo que tanto deseaba tener; un hijo al que le daría la vida de la que a él le habían privado.

No podía hacer más que seguir amándola y esperar que el tiempo demostrase lo que él no podía demostrar en ese momento.

Ellie iba por la mansión, inspeccionando las habitaciones. La boda tendría lugar al día siguiente y sus hermanastros llegarían de Estados Unidos por la mañana, pero los hermanos de Rafael estarían en la cena de ensayo y pasarían la noche allí.

Rafael le había dado carta blanca para todo, aunque eso no la hacía sentirse la dueña de la casa. Antes se había sentido allí como en su propio hogar, pero en aquel momento se sentía como una intrusa y se preguntaba cuándo desaparecería esa sensación.

Por el momento, tenía que concentrarse en que todo estuviera preparado para la llegada de Richard y los demás, de modo que fue asignando habitaciones, algunas con vistas al mar, al jardín o la laguna.

Pero ninguna tenía una ducha al aire libre, terraza y spa como la suite de Rafael. La que solía ser su habitación y lo sería de nuevo a partir del día siguiente.

¿Pero cómo iba a compartir cama con él sabiendo lo que sabía? Aunque él había dicho que buscaría nuevas pruebas, ¿cómo iba a encontrarlas? Aunque hubiese retrasado su venganza, ¿qué clase de vida iba a ser la suya con esa espada de Damocles entre ellos?

Incapaz de seguir pensando en ello, Ellie siguió con las tareas, ayudada por la legión de empleados que habían contratado para la ocasión.

A partir del día siguiente, sería la esposa de Rafael y la madre de su hijo. Y esa idea la llenaba a la vez de felicidad y de tristeza.

En el jardín, frente al Atlántico, Rafael observaba a Eliana, que se acercaba con su padre, el hombre al que había sentenciado al infierno.

Solo era el ensayo de la ceremonia y solo había acudido la gente que tendría un papel en ella. Los demás, sus hermanastros y la ayudante de Ferreira, Isabella da Costa, llegarían al día siguiente.

Pero lo único que importaba era ella, y mientras se acercaba con su

vestido de color pistacho, el pelo sujeto en una coleta, que era uno de los placeres de su vida deshacer, Rafael sintió que el corazón se le llenaba de amor.

Había tantas emociones en sus ojos que no podía entenderlas todas.

Y, de repente, el hombre al que había odiado durante tantos años, incluso antes de conocer su identidad, estaba entregándole su mano. Rafael miró a Ferreira durante unos segundos… y entonces se dio cuenta de algo.

Ya no lo odiaba.

Ya no le importaba nada más que Eliana.

Aunque aquel era un ensayo y no tenía que pronunciar los votos hasta el día siguiente, Rafael no podía esperar para compartir ese descubrimiento con ella, de modo que tomó su mano y la puso sobre su corazón.

–Eliana, la respuesta a todas mis plegarias… voy a liberar todo el rencor que guardo en mi corazón. Solo me quedo con tu amor, no quiero nada más que tu felicidad y tu tranquilidad, *meu coraçao.*

Esa promesa había sido lo último que Ellie esperaba y había dado vueltas en su cabeza desde entonces, tirando todas las barreras, terminando con todas las inseguridades.

Deseando estar a solas con él, lo miró a los ojos cuando terminó el ensayo, el corazón le latía de anticipación.

Todos sus hermanos estaban allí. Todos salvo uno del que no hablaban nunca. Rafael estaba charlando con ellos, pero Eliana solo podía verlo a él.

Había adelgazado en las últimas semanas, y eso le hacía parecer aún más alto; su rostro era más anguloso; la piel bronceada le intensificaba el brillo de los ojos. Los discretos toques de plata en su pelo negro, el testamento de su amor, le añadían un toque varonil.

Rafael la tomó en brazos entre los gritos y aplausos de sus hermanos, que le pedían que no anticipase la noche de boda. Sin avergonzarse, Eliana le echó los brazos al cuello mientras la llevaba al dormitorio, pero en cuanto la dejó sobre la cama y se tumbó a su lado, la inquietud volvió a hacer su aparición.

Jugando con su coleta, su deseo apenas contenido, Rafael le levantó la cara con un dedo.

–¿Qué te pasa?

–No lo sé.

–No más distancia, *minha vida,* nunca más.

–No es eso… oh, Dios, Rafael, muéstrame las pruebas contra mi padre.

Él apretó los labios.

–He decidido olvidarme del asunto. Encontrarte a ti me compensa de todo, es más de lo que me hubiera atrevido a soñar.

–¿Pero lo que tienes contra él son pruebas sólidas?

Rafael exhaló un suspiro.

–Esto es lo que me temía. No quiero que pierdas la fe en él, no quiero hacerte daño.

Eliana tragó saliva.

–Todo en mí se rebela ante la idea de que mi padre pudiera hacer algo así, pero no es por eso por lo que estoy angustiada. Es por ti. Lo que

tuviste que sufrir es impensable.

–Es el pasado.

–Pero esto es el presente y el futuro. ¿Cómo voy a compartir mi vida, mi cuerpo, mi hijo contigo si existe una posibilidad de que mi padre haya cometido tan impensable crimen? Aunque tú decidieras mirar hacia otro lado por mí, yo no puedo hacerlo. No puedo vivir pensando que mi padre podría haber hecho algo así.

–¿Tú crees de corazón que no pudo hacerlo?

–Estoy segura de que no lo hizo, Rafael. No es posible.

–Entonces no hay más que hablar. Estoy dispuesto a olvidar las pruebas. Solo quiero creer en el veredicto de tu corazón, que nunca se equivoca. Ese corazón tuyo atravesó la capa de odio que había en el mío, me hizo olvidar la amargura y el dolor y experimentar algo de lo que jamás pensé que sería capaz: un amor sin barreras. Confío en tu corazón, Eliana, y solo en tu corazón.

Ella lo miró, sin saber qué decir. Lo amaba tanto.

–Rafael…

–Haré lo que sea para encontrar más pruebas a favor de tu padre. Para eso, y con tu permiso, quiero hablar con él. Él es el único que puede darme información sobre lo que pasó hace veinticuatro años.

La aterraba que una confrontación aportase pruebas definitivas contra su padre, pero sabiendo que aquello debía ser resuelto, Ellie aceptó.

Pero con una condición.

–Si resulta que mi padre hizo lo que tú dices, quiero que lo metas en la cárcel. Da igual que sea mi padre. Si te hizo eso, ya no lo es.

Fueron juntos a su habitación, y Teo, que ya se había metido en la cama, parecía no creerse que estaba despierto del todo cuando Rafael le dijo quién era en realidad.

Con expresión asombrada, empezó a sollozar.

–Dios santo, ¿de verdad eres tú? *Meu caro*… tu desaparición fue un golpe tan terrible para mí como para tus padres. El dolor consiguió que tu padre y yo hiciésemos las paces después de esa absurda pelea. Lo apoyé mientras te buscaban, hice todo lo que pude, pero al final la policía dio el caso por cerrado. Pusimos el mundo patas arriba buscándote, pero cuando tu padre supo que estabas perdido para siempre, que nadie iba a ayudarnos a buscarte, se apartó de todo –Ferreira apretó los labios en una mueca de dolor–. Por eso se divorció de tu madre. Cada uno lidiaba con el dolor de diferente manera y… yo intenté seguir en contacto con tu padre, pero él no quería saber nada de nadie del pasado, de nadie que le recordase a ti.

La reacción de Ferreira era tan genuina, tan sentida, que Rafael no podía seguir pensando que había tenido algo que ver con su secuestro. Sus lágrimas eran reales, su dolor era real.

Solo había una explicación: el auténtico culpable había dejado pruebas falsas que apuntaban al padre de Eliana. Todo era una trampa que ni siquiera la policía había logrado desentrañar.

Y cuando supo que Rafael pensaba que había sido él quien orquestó el secuestro, la perplejidad y el horror de Ferreira solidificaron la convicción

sobre su inocencia.

–No fue él, *meu amor*. Como siempre, tu corazón es mi compás.

Después de un largo beso, Eliana se volvió hacia su padre.

–¿Tienes idea de quién podría haber intentado culparte a ti, papá?

–No lo sé –Ferreira miró a Rafael–. Solías llamarme tío Teo.

–Y te quería casi tanto como a mi padre –Rafael intentó sonreír, aunque una garra le apretaba el corazón–. Pero no creo que pueda llamarte así ahora.

–¿Qué tal si solo lo llamas Teo? –sugirió Eliana.

–Lo que tú digas, *minha alma*.

De repente, Teo lo agarró del brazo.

–Acabo de recordar algo. Cuando conocí a la madre de Ellie, había un tipo que la perseguía y no la dejaba en paz. Anita estaba muy asustada y contraté a un especialista en seguridad para que lo detuviera. Era un tipo raro, misterioso. No se me ocurre nadie más que tenga contactos con el mundo del crimen… –Ferreira se quedó en silencio unos segundos, como conectando otros eventos–. Debió verte en casa alguna vez, tal vez se dio cuenta de que eras lo que esa organización buscaba y consiguió pruebas que me incriminasen.

–Dame su nombre.

Teo lo hizo y Rafael se inclinó para besar a Eliana.

–Voy a iniciar la investigación ahora mismo.

–Gracias, *meu amor* –susurró ella.

–Todo por ti, *minha* vida. Siempre.

Una hora después, Rafael volvió a la habitación de su futuro suegro y se detuvo en la puerta, observando al amor de su vida hablando con su padre.

Sintió una emoción abrumadora, y no solo por Eliana sino por Teo, que, de nuevo, era el tío al que tanto había querido. Y el hombre que le había dado a Eliana, un ser hecho de amor.

Emocionado, entró en la habitación y, al ver el cariño con que lo recibían, Rafael sintió que toda traza de amargura o dolor desaparecían para siempre.

–Gracias por creer en mi padre –dijo Eliana–. Aunque no puedas encontrar pruebas, es suficiente con que quieras hacerlo.

–¿Has encontrado algo? –le preguntó Teo, angustiado.

Rafael asintió con la cabeza.

–Teniendo un nombre en conexión contigo, todo ha caído en su sitio. Me he puesto en contacto con nuestro experto en seguridad para comprobar sus transacciones bancarias desde el día que me secuestraron y no hay ninguna duda, fue él.

El gemido emocionado de Eliana le rompió el corazón. Se sentía tan aliviado. Ya no tenía que vivir con aquella horrible pesadilla, ya no tenía que sentirse culpable.

–Te suplico que me perdones por creer que tú podrías haber hecho algo así, Teo. No quería que fueras tú, pero las pruebas solo me llevaban a ti.

El hombre apretó su mano.

–Era imposible que tú supieras nada sobre ese hombre. Anita tenía tanto

miedo que no pude contárselo a nadie, ni siquiera a tu padre –el hombre suspiró, apenado–. Irónicamente, fue la fortuna que me costó contratar a ese hombre lo que hizo que tu padre rompiera su sociedad conmigo. Luego perdí a mi mujer y ese hombre desapareció de mi recuerdo.

–No debes volver a pensar en ello. Nosotros nos encargaremos de él.

–¿Quieres decir…?

Eliana apretó el brazo de su padre.

–Rafael se encargará de que lo entreguen a la justicia.

–Pero no…

–No te preocupes, sé que hará lo que debe. Ese monstruo merece pagar por lo que ha hecho.

Rafael sonrió.

–¿Le has dado la noticia?

–No, aún no. No sabía si querías que alguien lo supiera.

–«Alguien» no incluye a esos seis patanes que han estado tomándome el pelo todo el día con bromitas sobre pañales, ¿no?

–Tuve que contárselo mientras les sacaba información. Y ya veo que no pueden tener la boca cerrada.

–¿Estás embarazada? –exclamó su padre–. ¡Voy a ser abuelo!

Eliana le dio un sonoro beso.

–Y no vas a tener solo un nieto sino dos.

Él la miró, sorprendido.

–¿Vas a tener mellizos? ¿Cómo puedes saberlo tan pronto?

–No, no es eso –Eliana miró a Rafael–. Vamos a adoptar a Diego.

–¿Alguna sorpresa más?

Rafael soltó una carcajada.

–Creo que es suficiente por el momento.

–Más que suficiente para una vida entera –los ojos a Teo se le llenaron de lágrimas–. Si muriese en este momento, sería el hombre más feliz de la tierra.

–El hombre más feliz de la tierra soy yo, que quede claro –dijo Rafael.

–Si tú lo dices… –Teo sonrió, comprensivo.

–¡De eso nada!

Ellie rio cuando su hermano mayor, Leonardo, negó vehementemente que le gustase ver esas fotos suyas colgadas en la Red. Unas fotos que tenían a millones de mujeres babeando.

–¿Todos esos músculos, el sudor, las poses provocativas? –Santiago, su otro hermano, le hizo un guiño–. Esas obras maestras no se han hecho sin tu consentimiento.

–Estaba haciendo ejercicio –protestó Leonardo–. ¿Y desde cuándo hacer sentadillas es una pose provocativa?

–¿Has visito las fotos, Leo? –Ellie se moría de risa.

Su hermano suspiró.

–Los móviles e Internet van a destruir la civilización.

–Disfruta de la notoriedad, Leonardo. Es inofensiva –Rafael hizo una mueca–. O eso espero.

–Gracias por reconocer que el mundo está lleno de locos.

Preocupada de repente, Ellie tomó a su hermano del brazo.

–¿Alguien ha hecho algo raro?

–Aparte de entrar en mi despacho y llenarlo de corazones de chocolate, o la colección de bragas que he encontrado en mi maletín con fotos y números de teléfono, no.

Todos rieron y Carlos, su hermano pequeño, le dio una palmadita en la espalda.

–¿Y no has compartido esos teléfonos con tu hermano?

Leonardo hizo una mueca.

–Muy gracioso.

–¿No deberías exportar bragas, ya que las mujeres te las regalan?

Mientras sus hermanos se peleaban, Ellie se sentía eufórica.

Todos sabían ya la verdadera identidad de Rafael y lo trataban como si fuera uno más de la familia…

Pero, de repente, le sonó el móvil y, disculpándose, se alejó un poco con expresión seria.

Con el corazón acelerado, Ellie se acercó a él unos minutos después. Estaba frente al mar, bajo la pérgola en la que tendría lugar la ceremonia unas horas más tarde.

La noche anterior habían terminado en la cama y después de dos semanas separados la pasión había sido un cataclismo. Le dolía todo después de hacerlo una y otra vez, y tenía que hacer un esfuerzo para caminar. Pero no le importaba.

–¿Qué ocurre, mi amor?

–Ven conmigo –dijo Rafael.

Entraron en la mansión y el pulso se le aceleró cuando se acercaron al hombre y la mujer que esperaban en el vestíbulo.

Sus padres.

Ella le había suplicado que los invitase a la boda y que les contase la verdad sobre su identidad. No podía soportar que siguieran sufriendo pensando que su hijo había muerto y, por fin, Rafael sucumbió a sus ruegos.

Sus hermanastros llegarían por la tarde para la ceremonia, pero antes tendría que darles una explicación porque, aunque habían tenido relación durante los dos últimos años, no sabían que entre ellos había lazos de sangre.

Para Ellie resultó casi irreal conocer a su padre, Andrés Ríos Navarro, que había sido una vez el mejor amigo del suyo. Bianca Franco Molena, su madre, también había sido una vez amiga de su madre.

–Lo siento tanto… –empezó a decir Andrés, con los ojos llenos de lágrimas, cuando les contó la verdad. La madre de Rafael lloraba también.

–Soy yo quien siente no habéroslo contado antes –Rafael los abrazó y los tres lloraron en silencio durante unos segundos.

Cuando la tormenta de emociones se calmó un poco, le tomó la mano a Ellie para presentársela a sus padres.

–Ella ha hecho que recuperase el sentido común. Mi prometida es quien ha dado sentido a mi vida.

Sus padres la abrazaron, dándole las gracias por ese milagro.
–Soy yo quien debería daros las gracias por haberme dado al único hombre al que amaré en toda mi vida. ¿Pero os ha dicho mi nombre?
–No…
–Es la hija de Teo –se adelantó Rafael.
–¿Cómo es posible? –exclamó su padre–. ¿Dónde está Teo?
–Está aquí, en el jardín –respondió Ellie–. Y lleva años esperando volver a veros.

Ellie estaba contenta con su vestido de novia. Blanco como la nieve, con perlas bordadas en el escote palabra de honor y una falda que caía hasta el suelo, se sentía como una princesa.
La ceremonia transcurrió tal y como habían ensayado.
Aparte de conocer a los padres de Rafael, el encuentro entre los dos hombres y que su padre por fin le diese un beso a Isabella, lo más monumental ya había ocurrido durante y después del ensayo.
Todos se retiraron a sus habitaciones después del banquete y, cuando estaba entre los brazos de Rafael, no pudo contener las lágrimas.
–*Deus, coraçao,* no soporto ver tus lágrimas, aunque sean de alegría… –Rafael la miró fijamente, con el ceño fruncido–. Pero no son lágrimas de felicidad.
–Lo siento, *meu amor,* pero no sé cuándo dejaré de llorar por el niño que fuiste, por todo lo que perdiste.
–Piensa en lo que he ganado: a ti, a nuestro hijo, a Diego. Y he recuperado a mis padres… en realidad, me siento bendecido. Juntos le daremos a nuestro hijo y a Diego todo lo que a mí me faltó y lo que te faltó a ti también sin tu madre –Rafael la apretó con fuerza–. ¡Y no perderemos de vista a los niños ni un segundo!
–¿Piensas tenerlos entre algodones?
–¿Te parece mal?
–No –Eliana se sentó en su regazo–. Pero no quiero que conmigo hagas lo mismo.
–Bruja.
Mientras hacían el amor, Ellie acarició la cicatriz.
–Ojala pudiese hacer magia, *meu amor.* Así borraría esta cicatriz y todos los recuerdos de tu sufrimiento.
–Ya lo has hecho. Me has visto por lo que soy, me has hecho tuyo y has curado todas mis heridas –Rafael la apretó con fuerza contra su pecho–. No solo tienes magia, tú eres mágica.
Eliana le echó los brazos al cuello, sintiéndolo hasta en lo más hondo de su ser mientras susurraba:
–Mira quién habla…